

MARTÍN H. SMUD

LENGUA DE MUJER

HISTORIA CONDICIONADA
DEL GOCE SEXUAL

Página Legal

INDICE

INTRODUCCIÓN X

Libro I

1 LA HISTORIA ESCOLÁSTICA DEL CLÍTORIS Y LA VAGINA	X
1-1 Finales de la Edad Media (mediados del siglo XIV)	X
1-2 La conquista erótica de las Indias (comienzos del siglo XVI) X	
1-3 La Edad de Oro del libertinaje (mediados del siglo XVIII) ...	X
1-4 Echar mano a la masturbación (comienzos del siglo XIX)	X
1-5 El goce que ciñe al poder (comienzos del siglo XX)	X
2 LOS DIFERENTES GOCES EN LA ACTUALIDAD	X
2-1 La historia de Mariana y el goce del falo	X
2-2 Marcela y el goce de la nada.....	X
2-3 Gabriela y el goce del objeto.....	X

Libro 2

INTRODUCCIÓN X

1 EL CUENTO DE LA MUJER	X
1-1 De la oruga con pipa a la identidad de Alicia.....	X
1-2 El cuento de <i>La Cenicienta</i> , una historia turbulenta entre madre e hija.....	X
1-3 Magdalena, una mujer que sufre	X
1-4 Un cuento condicionado para adultos	X
2 LOS TRES CAMINOS DE UNA MUJER	X
2-1 Baño hombre-baño mujer	X
2-2 Ir a la cama o las pre-posiciones del amor y del goce	X
2-3 Espejito, espejito... ¿quién es la más bella?.....	X

2-4 El cuento fílmico de Madeleine, del Marqués de Sade y una lengua de mujer	X
2-5 Jugar a nada	X
2-6 Se dice de las mujeres.....	X
2-7 El mordisqueo de la cotorra en la solapa	X

3- ACERCA DEL MASOQUISMO FEMENINO

¿UN SUEÑO FREUDIANO?	X
3-1 Golpearse la cabeza contra la pared	X
3-2 El sueño del masoquismo del analista.....	X
3-3 Freud y la conferencia de la mujer.....	X
3-4 Las imprecaciones a la mujer	X
3-5 El complejo del analista	X

BIBLIOGRAFÍA CITADA	X
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA	X
ILUSTRACIONES	X

INTRODUCCIÓN

Estos textos nacen de varias frases, escuchadas en distintos lugares, una de ellas la escuché en reiteradas ocasiones dentro del ámbito psicoanalítico, sostiene que “la mujer no existe”. Siempre me había llamado la atención esta frase, sobre todo teniendo en cuenta que quienes la decían eran mujeres, y que la mayoría del auditorio también lo era. Evidentemente, la clave del juego era diferenciar el plural del singular, la mujer de las mujeres, pues de mujeres estaba repleta la sala.

Otra frase, esta vez dicha por un paciente de 19 años hablando de la sexualidad de su novia: “Yo puedo sospechar que se masturba pero cuando ella me dijo que se la hace... no lo puedo tomar como algo normal. No me cae bien. La masturbación femenina es un tema que *existe pero no existe*”.

Estas dos fueron algunas de las frases que escuché, ambas poseían una semejanza que residía en una suerte de inexistencia, pero creí intuir que debía haber otras razones para que me decidiera a tomar el tema de la sexualidad femenina para este nuevo emprendimiento de escritura.

Al rato de pensar aparecieron dos: una ligada a la vergüenza y otra a una curiosidad epistemológica. La más pegada a mi cara roja trataba de la dificultad de nombrar al órgano femenino delante de un público reunido especialmente para hablar de la sexualidad femenina, y me divertía intentando exorcizar esa palabra que tiene un peso diferente a otras palabras.



Me acuerdo cuando fui al teatro a ver *Monólogos de la vagina*¹ a las actrices, les pasaba lo mismo, comenzaban diciendo:

—Vamos a ver como nos suena. Vagina.

Las actrices lo hacen decir por todo el público del teatro de pie delante de sus butacas y no son 30 o 35 personas sino 400 diciendo: ¡Vagina!

—Por suerte suena como un instrumental quirúrgico. Suena como un remedio. ¡Pasame una vagina que se me parte la cabeza!

Y no solamente importa la sonoridad sino cómo nombrarla:

—Se la llama: pochola, cachucha, almejita, coño, cholga, la cola de adelante, cotorra, cajeta, y también se le dice: concha.

Ahora lo repite todo el teatro de pie: ¡Concha! Decir “concha” merece un calentamiento previo, no es cualquier palabra. Eso era mi cara roja que hablaba de la existencia de la vergüenza.

Con respecto a la curiosidad epistemológica, se trataba de una pregunta acerca de un concepto freudiano que hablaba de un tipo de masoquismo llamado femenino, un masoquismo aparentemente propio de la mujer, ¿es que las mujeres disfrutan el dolor de una manera que podría merecer generalizar ese placer en el dolor como propio de todo el sexo femenino?

Si bien estos fueron los motivos del porqué de la elección de la temática a desarrollar, rápidamente caí en la cuenta que hablar de sexualidad era entrar a un campo en el cual hablaban muchos tipos diferentes de discursos y no valía la pena escuchar a uno solo. Había discursos que podríamos llamar de súper acción que mezclaban sexo, dinero y poder, también se escuchaba un discurso exótico que mostraba las maneras más raras en que el ser humano se las arregla para tener sexo en los lugares y con los seres vivos más inverosímiles. También hablaba un discurso de sexología que bregaba por darle mayor sensibilidad a las manos, a la pareja, a las partes erogenezables de uno mismo y, por supuesto, se escuchaba un discurso de autoayuda que permitiría superar los límites de nuestros miedos, de nuestra educación y de nuestra forma de ser.

¿Y había más discursos? Sí, claro. Se escuchaba y quizás un

1. Ensler, Eve, *Monólogos de la vagina*, Planeta, Buenos Aires, 2000.

poco demasiado fuerte como un altoparlante en campaña, un discurso político sobre el sexo y también, como “oreja entrenada”, escuchaba un discurso psicológico-psicoanalítico que hablaba del sexo, el amor y el deseo.

Además de discursos que se ocupan de la sexualidad, estaban las críticas que aparecían para quien se ocupara del sexo: una que decía que hablar de sexualidad sería como masturbarse, nos ocuparemos de esta crítica que tiene una historia que nace en nuestra Modernidad y que reaparece sin cesar en nuestra actualidad. ¡Cómo se meten con nuestro placer y nuestro goce! En la reafirmación de nuestra individualidad debemos justificar lo que hacemos a favor de objetivos que concilien con intereses generales pues si no, seremos tratados de obscenos, de exhibicionistas de la intimidad cada vez más espectacular y polimorfa de la escenificación sexual.

Otra crítica decía que hablar de sexualidad en estos momentos en que nuestra Tierra vive una época de crisis es poco relevante, insignificante. Esta crítica es particularmente dura, sobre todo en la Argentina, país que pasa por un momento particularmente duro. Esta crítica segunda es a la primera que responderemos ubicando en la historia la relación tan íntima entre sexo y política, lo cual nos lleva a sostener que hablar de sexo es una manera directa de hablar de política, cómo el Poder se mete en nuestras sábanas y sobre todo, en nuestros órganos genitales.

Nos ocuparemos de esto en la primera parte del libro; en cambio, en la segunda parte nos iremos de viaje y hablaremos de los cuentos que nos han contado sobre la mujer, cuentos de chicos, cuentos de adultos, cuentos de viejos.

Pero todo este comienzo no son más que palabras, en el fondo todas las razones expuestas chocan contra una emoción. Hablar de sexualidad femenina me emociona, se puede decir algo nuevo, hay muchos que ya han hablado del tema y podemos ir a preguntarles o leer lo que han escrito y sobre todo porque este tema despierta nuestra imaginación, porque se obstina en nuestra clínica y en nuestra “cuestión personal” y porque, como dice el Marqués de Sade, entre “polvo y polvo” de algo hay que hablar, y hablar de esto nos asegura que pronto dejaremos de hablar..

Libro I

Capítulo 1

LA HISTORIA ESCOLÁSTICA DEL CLÍTORIS Y LA VAGINA

La temática de la mujer nos lleva a plantear dos planos que si bien se pueden pensar uno al lado del otro, uno cerca del otro, están separados por distancias difícilmente atravesables para nuestra capacidad descriptiva-explicativa. Hablaremos en un primer momento de dos niveles que llamaremos el nivel del clítoris y el nivel de la vagina.

Esta separación de niveles intenta tanto explicar como mostrar, aseverar como problematizar, resolver como crear sin perder la brújula del nivel político así como el enigma que representa el otro sexo para cada uno de nosotros.

El objetivo de esta separación en dos planos es más que una delimitación geográfica, una marcación de la imposibilidad de suprimir uno o subsumir uno en el otro.

- 1 -

El nivel de la vagina y el del clítoris son niveles no muy escolásticos, sin duda no los hemos visto ni estudiado en la escuela primaria, pero nos permiten adentrarnos en la historia y en nuestro deseo de conocer cómo se construía la sexualidad en otras épocas, cómo se hacía el sexo en cada momento histórico.

Esta separación de niveles refiere por un lado a la historia de la política-sexual pero al mismo tiempo no taponar el enigma que representa el otro sexo para cada uno de nosotros, vivamos la época que vivamos, pertenezcamos al género que sea.

Freud separó la vagina del clítoris en el surgimiento de una mujer, si el clítoris es lo más parecido al falo; la vagina es un lugar desconocido hasta para la misma mujer. Ese agujero conlleva un goce, como dice Freud “propiamente femenino que es aún desconocido” para las mujeres.

a) El nivel del clítoris es el intento de control de esa porción que sobresale del otro, que nos permite dominarlo, aprehenderlo, percibir su cara de goce que muestra nuestro poder. Este nivel permite ver con crudeza la dimensión política donde el género femenino lucha por la igualdad de derechos económicos, familiares, laborales, sexuales. Una lucha que se desarrolla al compás de una historia de sometimientos y donde las mujeres como género plantean un objetivo que excede la igualdad de derechos y apunta a que otra política sea posible.



b) El nivel de la vagina funciona como el saber no todo, el agujero en el saber; la vagina no la tomamos como el órgano femenino sino como lo que representa al otro sexo, el enigma tanto para hombres como mujeres, un goce desconocido aún para las mismas mujeres.

Un goce que nos impulsará a plantear en el nivel de la vagina que la mujer reconoce ese goce de La mujer por medio de un recorrido, de un viaje, de caminos que van y vienen y en el que se descubren sus distintas caras, sus distintas máscaras.

En cambio, el nivel del clítoris intenta no sólo el dominio del otro, en tanto sus pertenencias, sus derechos, sus proyectos sino, ante todo, el dominio de su goce.

Realizaremos un breve recorrido por distintas épocas históricas que han marcado a las mujeres y su goce, las épocas seleccionadas estarán centradas en nuestra Modernidad y apuntan hacia nuestra actualidad.

El descubrimiento del clítoris no acontece sino a la entrada de la Modernidad y guiará todo lo concerniente a la política moderna que agrega a la noción clásica de lazo social la cuestión del acto de dominio del otro.

Ese descubrimiento más que un descubrimiento es un hallazgo, el hallazgo de un topos donde se ubica un cosquilleo puntual en una parte especial de la mujer. Lo encuentra un científico, un anatomista que, por un equívoco de la fortuna, sin buscar el hecho científico en sí, encuentra un punto clave para dominar el volátil carácter de una mujer.

Este hallazgo es, en realidad, el del deseo de dominio del otro, el deseo de meter mano en un punto del cuerpo del otro que lo haría entrar en las vías de la normatividad conductual y sexual. Este tema ha sido desarrollado por Michel Foucault quien en *La historia de la sexualidad* estudia las estrategias de dominio, seducción y multiplicación del poder como propias de la noción de la política moderna.

Hay un libro llamado *El anatomista*² donde se cuenta el momento de descubrimiento del clítoris. El científico-descubridor fue ajusticiado por el poder religioso –mostrando la virulencia del debate entre ciencia y religión a comienzos de la Modernidad a finales del siglo XVI– pero más allá de este final casi siempre previsible en las historias humanas, lo interesante es señalar que ese hallazgo no tuvo que ver con un descubrimiento científico sino con un fracaso amoroso y el intento de dominar el capricho de una mujer.

Fue la Modernidad un cambio “progresista” en la historia de las relaciones humanas. Si una mujer en la Edad Media encontraba el centro de sus inervaciones clitoridianas era acusada de bruja y

2. Andahazi, Federico, *El anatomista*, Planeta, Buenos Aires, 1997.



Figura 1

mandada a la purificación del fuego más deslumbrante. La Modernidad, en cambio, se dedicaba más bien a acallarla y por lo tanto a meterse –previo juicio negativo– en esa relación del sujeto con su clítoris de las más diversas maneras. Además de las formas brutales, a la mujer se le dice lo que tiene que hacer o se le dan funciones que no puede declinar.

La mujer no solamente será la bruja quemada en la hoguera como cuenta Escohotado en su libro *De los orígenes a las prohibiciones*, al grito de masturbadora por sus tratos *non santos* con su propio cuerpo

sino que ahora sus caras se multiplican creando nuevas identificaciones, profesiones, funciones.

Una de las caras de la mujer en la Modernidad será la de quien predice el destino. Ella será la encargada de acercar a los hombres su fortuna. Serán las brujas modernas que despertarán la desconfianza y el miedo sobre la verdad de sus decires y que constituirán el comienzo de una profesión aún hoy muy querida.

Otras de las caras será la identificación de la mujer con la madre, función que la legalizará dentro de la ascendente familia burguesa. En la unidad familiar, las mujeres quedarán adheridas a un “instinto de maternidad” que fijará los límites de sus posibilidades y renunciadas pues, en la separación entre lo racional y lo animal propio de la Modernidad, una mujer convertida en madre no puede dejar a sus hijos sino con el mote de “inhumana”.

La tercera cara es la de quien no dice toda la verdad en el confesionario sobre lo más íntimo de su sexualidad. Son las histéricas modernas que hablarán lenguas difíciles para las ciencias moder-

nas. Éstas serán las nuevas caras femeninas de la Modernidad: la bruja, la madre, la histérica; tres nuevas lenguas, tres nuevos discursos que se desplegarán desde comienzos del siglo XVI.

En el intento de asentarse en bases sólidas e indubitables, este tiempo histórico encuentra una nueva tecnología de poder, una manera original de “hacer política”: la de meterse en lo más íntimo del otro. El nivel del clítoris representa esa manipulación del poder que se mete en lo más íntimo del otro.

En cambio, el nivel de la vagina es el enigma que la conciencia de la Modernidad encuentra en su búsqueda de cimientos no engañosos. En la totalidad del saber aparece una inconsistencia angustiante, allí donde se esperaba la “piedra de toque” se encuentra un agujero en el saber.

- 3 -

Nuestra actualidad es el comienzo de un nuevo milenio, de un nuevo siglo pero la historia viene de lejos, pasando por el siglo XX, atravesando toda la Modernidad, sacudiéndose en la Edad Media. El carácter de la actualidad viene de un punto de comienzo aún más atrás que la crucifixión de Cristo o las tragedias griegas, un carácter que muestra un punto de arranque enigmático y nebuloso pero que, en el camino por los siglos y las geografías, ha mostrado en cada encuentro con los hechos políticos de cada época, cómo ha sido marcada y cómo hemos sido marcados nosotros.

Se encuentran un hombre y una mujer en nuestra actualidad, ese encuentro tiene una historia, un carácter, una relación con el otro sexo y con el propio.

Se encuentran un hombre y una mujer en el siglo XVIII, el hombre se acerca y le pide esos lugares prohibidos que ella tiene reservados para su vergüenza. El hombre le habla, ella fascinada con sus palabras le entrega todo lo que le pide, que era simplemente la mayor exaltación de la imaginación al acercarse a esos lugares prohibidos. Por eso se trata de una alumna que quiere con voracidad

aprender todo sobre el goce sexual que un profesor le intenta enseñar. Ese hombre es un libertino y le dice que prefiere sortear la entrada por adelante, que el goce sexual está por atrás.

También un hombre y una mujer se encuentran en el siglo XV y la mujer que no tiene voz pone a prueba el amor de un hombre, ofreciéndole su cuerpo desnudo pero con la condición de contener los impulsos de descarga sexual. Se trata del amor cortés de la Edad Media donde la vagina de la mujer se vuelve un lugar casi imposible de arribar, un lugar inexpugnable donde pocos fondean.

El nivel de la vagina merece ser leída a lo largo de la historia, tanto la vagina inexpugnable de la Edad Media como la evitación de la vagina por sus consecuencias por el libertinaje en el siglo XVIII muestran cómo la vagina, más allá de ser el órgano genital femenino, construye la manera de relacionarnos ubicando un goce que angustia, que inhibe, que sintomatiza.

También un hombre y una mujer se encuentran a comienzos del siglo XVI. Él es un conquistador europeo, ella una nativa americana que pasa a ser el botín sexual del hombre que comienza una maratónica actividad folladora con el objetivo de descargar el goce absoluto de los triunfadores. El resultado es el mestizaje y una historia de sometimientos en el “Nuevo Mundo”.

Hombres y mujeres que se encuentran en distintas épocas, diferentes tiempos donde está construida la forma de relacionarse, lo que se espera del otro, el lugar del objeto del goce sexual, el lugar de angustia que debe ser evitado, sorteado, dejado virgen, cerrado con mil cerrojos, clausurado, suprimido, desterrado.

Hombres y mujeres en cinco épocas diferentes, épocas que trataré en forma breve y fragmentaria resaltando algunos elementos que continuaré utilizando a lo largo del libro. Entonces este paneo histórico necesitará la ayuda del lector que complete cada época histórica con su saber, estudio, investigación. Sólo diré cual es mi plan en este pantallazo por la historia, diré también cuales son los libros en cuya lectura encontré tantas apasionantes letras y textos sobre literatura erótica y qué elementos me permitieron seguir escribiendo.

- 1- El pecado de la lujuria y el amor cortés en los finales de la Edad Media (mediados de siglo XIV, Europa Occidental)
- 2- El descubrimiento, conversión, y “pacificación” en la conquista erótica de las indias (comienzos de siglo XVI, América Central)
- 3- El siglo del libertinaje (finales de siglo XVIII, Europa, Francia)
- 4- Echar mano a la masturbación. El pasaje de la familia relacional a la familia nuclear (comienzos del siglo XIX, Europa Occidental)
- 5- El goce que ciñe al poder (comienzos del siglo XX)

En este pantallazo por la historia marcaremos los dos niveles: el nivel del clítoris, donde las mujeres luchan por la igualdad de derechos de géneros y si luchan por eso es porque fueron y siguen siendo expuestas a múltiples discriminaciones; el nivel de la vagina, donde hombre y mujer no son iguales, son indefectiblemente desparejos y más allá de la vagina como órgano genital propio de la mujer, hay un punto donde nuestro ser no se acomoda a su sexo.



La vagina es el agujero en el saber acerca del otro sexo y la representación del fondo de angustia que acontece en un hombre cuando mira por entre las piernas de una mujer que se acerca a su actualidad y buscando su goce encuentra diferentes historias condicionadas.

1-1 Finales de la Edad Media (mediados del siglo XIV)

La noción de lujuria se desarrolló en la Edad Media, consistía en entregarse sin moderación a los placeres sexuales: "...en la separación entre espíritu y carne, la lujuria elegía la carne, aun si ello dificultara la salvación del alma. Se distinguían diez tipos de lujurias, tres eran contra natura, ellas eran la masturbación, la sodomía, la zoofilia".³

Remarquemos esto de la masturbación pues veremos más adelante en el punto: "Echar mano a la masturbación" qué consecuencias históricas tuvo este tipo de "lujuria".

Se quiso mostrar a la lujuria como uno de los pecados capitales, aún más nocivo que la ambición y la gula y tenían razón pues en esa época había costumbres muy disolutas. La Edad Media permitió licencias extremas entre sus tropas pues fue una época muy combativa donde se enfrentaban un feudo contra otro. Las hazañas y odiseas caballerescas estaban a la orden del día y la muerte en batalla era considerada honorable y apetecible para un verdadero hombre.

He leído cuentos de la época en un libro de Alexandrian llamado *Historia de la literatura erótica* que cuentan acerca de las costumbres licenciosas del clero. Uno de ellos trata de un hombre que tenía un anillo mágico que al ponérselo en el dedo producía que el miembro fálico creciera. Un día este anillo se le pierde lavándose las manos, un obispo lo encuentra y al ponérselo su miembro se comienza a empinar. La obra discurre sobre los contratiempos del obispo y su miembro parado, afligido por esa erección tan poderosa que hasta "los calzones se le rompían".

3. Alexandrian, *Historia de la literatura erótica*, Planeta, Buenos Aires, 1990.



Figura 2

Pero también en la Edad Media aparece lo que se dio en llamar el amor cortés que sostiene el principio de que dos seres humanos no deben unirse solamente por una inclinación sexual sino para mejorarse el uno al otro. Este tipo de encuentro fue una reacción contra las costumbres rudas y violentas de los militares, más preocupados por las proezas de su caballo y de ellos mismos que por las delicadezas del encuentro con una mujer que era considerada, por aquella época, una criada del hombre, un objeto que se disponía desde los doce años y cuyo casamiento se pactaba entre las autoridades familiares.

El amor cortés contrarrestó esa misoginia convirtiendo el sentimiento amoroso en una virtud comparable al honor. Así, a la mujer se la comparaba con el soberano y al amante con el vasallo. El amor cortés tomaba en general una mujer inaccesible y el amante se sentía exaltado de amor, inspirado por las flechas de Cupido. Así comenzaba el goce del deseo que lo elevaba a una exaltación deliciosa y desesperada a la vez.

Había pasos para el amor cortés: el primero era el *delsuspirante*, aquél que se contentaba soñando con ella sin decirle nada. Luego aparecía el *suplicante*, aquél que declaraba su amor. La mujer se hacía suplicar y si llegado el caso lo aceptaba como amante todavía seguían las pruebas, aparecía el *contenedor*, la mujer le ofrecía el espectáculo de su desnudez y llegado el caso lo ponía ante la dura prueba de compartir una noche en la cama. Allí permanecerían desnudos en su lecho, con autorización de acariciarse pero sin consumir el acto sexual. Si el hombre no se contenía eso demostraba que no amaba lo suficiente.

El amor cortés apuntaba a diferir el acto sexual porque se temía que después de eso acabaran las exquisitas maniobras del hombre y de la mujer de hacerse desear.

El amor cortés no hace el elogio del adulterio pero desprecia el matrimonio. Sostiene que no puede haber amor cortés entre esposos porque los amantes se dan todo el uno al otro sin que nada los obligue a ello. Los esposos, en cambio, están obligados, sobre todo la mujer, a obedecer los deseos y a no negarse a nada. Los esposos no tienen que conquistar sino tienen derecho al otro.

La Edad Media nos las pintaron como una época aburrida pero había de todo: sexo con olor a caballeriza, olor a lascivia lujuriosa que se entrega sin moderación y también ese olor a mujer con piel suave y desnuda en la cama pidiendo contención.

No podemos hablar de supremacía de un género hacia el otro puesto que en la Edad Media la construcción del sexo estaba regida por el deseo masculino, la voz de la mujer sólo podía escucharse a través de las místicas que ponían su cuerpo para ser atravesadas por la presencia divina. Pero a pesar de esta falta de voz aparece, tanto para el amor cortés como para los lujuriosos, una presencia inquietante: la vagina que para unos era un lugar inexpugnable, de complicadísimo acceso y para otros un lugar peligroso porque allí se encontraba el llamado “mal del hoyo”.

Para los lujuriosos la vagina estaba llena, no era ningún agujero, su representación de completud venía asociada a pensarse la enfermedad ligada a ella. En esa época se creía que la sífilis moraba en la vagina y entrar por allí traía como consecuencia el “mal del hoyo”, la manera en que popularmente se conocía esta mortal y degradante enfermedad que volvía loco a quien la padeciera.

En cambio, para el amor cortés la vagina era tan inexpugnable como el castillo mejor construido. Había que asediarla por meses, luego de un proceso de acciones tan largas como arriesgadas que pocos podían describir se llegaba hasta el final, que era por fin el encuentro del amor y del goce.

Un verso de la época nos cuenta esta subida ascensional del hombre, el cual podía perder todo en el camino, pero que si llegaba al final ganaba todo el juego.

*Si la besáis, contad quince,
Si tocáis los pezones, contad treinta,
Si cogéis el vellón, cuarenta y cinco hicisteis,*



*Mas si te metéis en la hendidura,
A los cuales las mujeres acostumbran
iganáis el juego entero!*

¡Es el triunfo! El amor cortés no deja de ser una tarea para hombres que, aguantando el deseo, atraviesan la hendidura, tarea con final feliz para pocos y en la que se puede, muchos lo han vivido, desfallecer ante de llegar a destino.

En cambio, para los lujuriosos, la vagina era el lugar al que no deberían haber entrado, un lugar lleno de enfermedades. Un hombre en su lecho de enfermo por las consecuencias del “mal del hoyo”, le escribe a la mujer que lo contagió:

*Ah, la hermosa que por quien más males llevo
Que toda las mujeres de la tierra que coño llevan,
Oíd las quejas que presentar me conviene
Por el gran mal que a mí de vuestro coño viene.
Soporto grandes males sin esperar consuelo
Por haber adorado a coño mochuelo...⁴.*

El nivel de la vagina muestra el espíritu de la Edad Media. Para los lujuriosos, su atravesamiento estaba lleno de consecuencias, el sexo y la muerte no parecen ser ideas contemporáneas; sí, en aquellos tiempos, la muerte era mejor vista y conducía a que muchos se animaran al “mal del hoyo” y a contarla en su lecho de enfermo.

Por otro lado, para el amor cortés la vagina era inexpugnable, en su conquista se podía perder todo pero si se ganaba, la hazaña de atravesar la hendidura era el encuentro con la felicidad, el deseo y el goce juntos.

4. Molinet Jean, *Les faits ei dits de Jean Molinet*, publicados por Noel Dupire, T.II, París, Societé des Ancians Textes Francais, France, 1937.

1-2 La conquista erótica de las Indias (comienzos del siglo XVI)

Cambio de página, cambio de historia, cambio del mundo: la conquista de las Indias. Muchos ubican al texto cartesiano de *Discurso del método*, de 1637, como la letra inicial de la Modernidad aunque no se puede refutar que el descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo constituye la fase preparatoria que tuvo enormes consecuencias en la diagramación económica y política del porvenir moderno.

Nos interesa la conquista de las Indias porque, además de hablar de nuestra actualidad, muestra de manera inmejorable aquel punto donde el hombre intenta el control de lo más íntimo del otro y esto constituye la base de la política no sólo en actos de poder y acumulación de riquezas sino por lo que conlleva en tanto libido sexual.

La libido sexual es acallada en los manuales de historia y se resalta la mucho más aceptable lucha por el poder; los intereses de grupo y hasta los actos crueles resultan preferibles de ser contados antes que la política ligada a los “bajos instintos” del hombre que toma como brújula su “polla” y los lugares donde descargar su contenido apremiante.

Comenzamos a hablar en castizo, pues bajo el reinado castellano, allá por finales del siglo XV, llegaron algunos de los conquistadores más conocidos que tomaron nuestras páginas americanas y también a las nativas que vivían en ese ahora llamado Nuevo Mundo.

Estos hechos históricos nos permitirán hablar del nivel del clítoris donde se mete mano en ese punto reconocible, señalable, objetivable del goce del otro como fundamento político y esto en las Américas se torna evidente pues la actividad sexual no fue una conducta individual de un grupo de conquistadores obsesos sexuales sino una política de dominación que marcó una forma de conquista.

En la Edad Media pudimos circunscribir el nivel de la vagina como lugar del agujero que aparecía en forma evitativa, casi como un elemento fóbigeno para los lujuriosos y como lugar inexpugnable para los hombres del amor cortés. Este nivel, en la conquista de América desaparecerá, bajo el signo de una manía, de una lla-

mada por Ricardo Herren “actividad maratónica folladora”⁵ de los conquistadores de las Indias.

Con la llegada al Nuevo Mundo el comportamiento sexual de los conquistadores nos aporta, además del descubrimiento de la moralidad de la época, el conocimiento de las estrategias de “normalización” de la sexualidad ligadas a la intimidación del otro. Estrategias que Freud ha investigado en la constitución de la subjetividad y que Foucault ha investigado en las encarnaciones del poder.

El nivel del clítoris es la política sexual que mete mano en una cantidad de pequeños nervios que inervan una saliente que cobra un lugar de altar, de importancia política que explota en los mismos vientres de las mujeres que aseguran a la historia de las Américas la descendencia de mestizos, el entrecruzamiento de razas, el verdadero Nuevo Mundo.

Acerca del entrecruzamiento de razas en Hispanoamérica podemos afirmar que, si bien se hizo bajo el signo de la dominación y la explotación, la población no fue aniquilado como en la conquista anglosajona sino que hubieron procesos de transculturación.

Los conquistadores no eran sólo de tierras sino también de mujeres que se convertían en botín, de cuyos vientres nacían mestizos que a la larga poblarían gran parte de Iberoamérica.

De chicos nos han contado o no nos han contado acerca de la aniquilación de culturas indígenas en la conquista de América pero lo que seguro no nos han contado, lo extraescolar, son esos encuentros piel a piel que no hablan solamente del yugo de la destrucción de uno por el otro sino también de ese encuentro carnal que lleva en sus coordenadas el acto sexual, el dominio, la procreación, el amor y la saciedad.

Hablaremos de finales del siglo XV y comienzos del siglo XVI, que empieza con Cristóbal Colón; una historia que será de apenas cuarenta años pero en los cuales se produjo la “primera globalización política” del mundo que condujo a la supresión por distintas causas de una gran parte de la población nativa.

5. Herren Ricardo, *La conquista erótica de las Indias*, Sudamericana, Bs. As., 1996.

Sólo cuarenta años que separaremos en tres etapas siguiendo la lectura de un libro muy interesante de Ricardo Herren llamado *La conquista erótica de las Indias*.⁶

- a- La “confusión” del encuentro.
- b- La “conversión” de los españoles.
- c- La “pacificación” de los españoles.

- 1 -

El primer momento de llegada de Cristóbal Colón a las Américas es “la confusión”. La llegada a un continente que cree otro del que es y su posterior muerte sin llegar a aclarar su equívoco. Confusión también en el encuentro de dos culturas totalmente distintas. Cuando llegan los españoles ven a nativos casi desnudos, la llegada de los españoles es al Caribe, clima tórrido y calor abrasador, ¿para qué la ropa? No hubiera sido igual haberse encontrado con nativos de Alaska, Canadá o Tierra del Fuego. Pero los españoles llegaron al Caribe y a su clima tropical después de meses de andar en barco, de hambruna donde las ratas eran un bocado tan rico como el más exquisito plato de comida, con la incertidumbre de esperar la llegada del punto límite del mapa, del punto donde todo se cae, el infierno de donde no se puede volver. Los españoles llegan a una tierra donde los nativos van desnudos y los reciben con hospitalidad.

Ellos con sus ropas quejumbrosas de tanto salitre, deshilachadas pero con sus atuendos de conquistadores, arriban al Nuevo Mundo. En la confusión del encuentro lo primero que se miraron fue las ropas, porque mirar la ropa es mirar la vergüenza, el pudor; resaltemos que la vergüenza y el pudor no son lo mismo, la vergüenza es un indicador fundamental en la clínica y una de las formas de aparición de la angustia, en cambio el pudor está más

6. Herren Ricardo, *La conquista erótica de las Indias*, Sudamericana, Buenos Aires, 1996.

ligado a la moral de cada época. También miraron si el otro tenía una posición guerrera o pacífica y observaron las costumbres sexuales para ver qué podían esperar unos de otros.

Ambos tenían sus historias por detrás, que al momento de mirarse se hicieron presentes.

Los nativos miraron a los extranjeros venir con esas ropas, ese aspecto y creyeron que eran seres no terrenales. Ellos tenían mitos queregonaban la llegada por mar de dioses que hasta tendrían ese aspecto que tenían los castellanos.

A los españoles también se les hizo presente toda su cultura férreamente jerarquizada donde el mundo se separaba en tres caras distintas de mujer: una mujer-madre, virgen de todo contacto sexual; una mujer-infernal que si bien sale de la costilla del hombre siempre está tentándolo con la fascinación de lo prohibido y una mujer-arrepentida que ha llegado cerca de Dios a condición de expiar todos los pecados.

Esos españoles miran a las indias cuyas costumbres sexuales eran poligámicas –no existía la propiedad privada de las mujeres–, una mujer pasaba de un hombre a otro y no existían los celos tal como los conocemos aquí y ahora. Era la llegada a un Nuevo Mundo y los españoles comienzan una “maratónica actividad folladora”.

Se trataba de una actividad de política sexual que dio como resultado una experiencia genésica de transculturación.

- 2 -

En el encuentro, las nativas se sienten atraídas por los que recién llegan y esto nos lleva a preguntarnos sobre esa atracción.

El continente americano era un continente que no tenía grandes corrientes inmigratorias como Europa, estaba habitado por poblaciones que se habían desparramado desde el norte hacia el sur, originalmente provenientes de Asia. Eran de raza mongoloide, de allí sus rasgos, su estatura; características importantes a tener en cuenta porque en el encuentro de culturas se empiezan a dar contactos entre indios y españoles y va a ver distintas hipótesis acerca

de cómo son esos encuentros cara a cara, lengua a lengua, órgano sexual a órgano sexual y en este caso, penes castellanos con vaginas americanas.

Una hipótesis marcadamente falocéntrica y cuantitativista, habla de que las nativas prefieren a los españoles por el tamaño del pene; esta hipótesis, si bien tiene bases fisiológicas, que hablan de distintas razas y tamaños, no deja de ser una teoría discriminatoria que ubica a las indias eligiendo un hombre por el tamaño del pene.

Otra hipótesis sostiene que las nativas apuestan a sus vientres como estrategia de supervivencia, pues teniendo hijos mestizos, éstos se adaptarían mejor al Nuevo Mundo.

Hay una tercera hipótesis que acentúa la visión política: las civilizaciones y poblaciones americanas estaban muy centralizadas en jefes supremos, por ejemplo, a Moctezuma se le contabilizaban más de 3.000 mujeres y no se lo podía tocar porque era un cuasi Dios. Esto produjo que al ser los castellanos quienes tenían poder, las nativas se sintieran atraídas por ellos.

Es muy difícil certificar una hipótesis como única y lo cierto es que había multiplicidad de comunidades en América como multiplicidad de colonizadores y esto volvería inoperante la demarcación de cualquier intento de explicación única.

Porque ¿qué tienen que ver los nativos pacíficos que Colón nombra como “gente de amor y sin codicia y convenientes para toda cosa que certifico a vuestras Altezas que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra” con los caribes guerreros que eran antropófagos, comían el cuerpo de sus enemigos suponiendo que de esta forma introyectaban la fuerza de éstos?

Las comunidades americanas eran diferentes como también lo eran los españoles. Colón habla de los primeros colonizadores: “la mayoría de los españoles que han venido aquí son de baja calidad, violentos y viciosos y si a tales personas se les diera permiso para ir libremente a los pueblos de los indios, convertirían a los indios a sus vicios”. Hombres en una gran proporción criminales y convictos, hombres que después de largos meses de navegación, hambre, abstinencia sexual, saliendo de la cárcel, lo más bajo de la jerarquía social; llegan a otra tierra donde las mujeres son bonitas –

esto lo marcan continuamente en las crónicas de la época– con piel blanquecina, mujeres desnudas, poligámicas quienes los recibían como dioses, en son de paz y se entregaban con tanta prodigalidad y oportunidad que los castellanos se sintieron convocados a la misión sexual.

Los castellanos venían de un mundo muy jerarquizado, desde finales de la Edad Media había una idea que atravesaba a todas las castas sociales: las historias de caballería. Se trataba de conseguir escenarios para demostrar la valentía y el heroísmo y las Américas era el lugar adecuado para llevar adelante esa gesta: una misión secular, la misión de defender la fe de Cristo. Así, la misión sexual y la misión secular hicieron lo suyo para que los conquistadores mostraran toda su potencia sexual y política en tanto dominio del otro.

Eran hombres que estaban en el último escalón de la férrea jerarquía social y moral, esa gente puesta como tripulación en las carabelas a disposición de Colón, era lujuriosa. Esa gente llega a un Nuevo Mundo y la moralina represiva del Viejo Mundo cambia su operatividad y su perspectiva; los españoles comenzaron con esa incesante actividad sexual y política.

Había que salvar el pellejo al mismo tiempo que disfrutar todas las posibilidades de acceso al oro, la plata, el territorio, las indias en la cama y los indios en la hacienda que ofrecía el Nuevo Mundo.

La ociosidad de la nobleza era el camino a seguir, era lo más alto de la escala social europea; eran los nobles a quienes les caían la menor cantidad de preceptos morales, a quienes los agentes del poder atendían para que estuvieran a gusto en sus trajes de épocas. Había actas de la Inquisición que justificaban el gusto lujurioso al refrendar y legalizar, por ejemplo, que si no se hacía más de siete veces el amor con una misma mujer, esto no constituiría pecado.

Cuidándose el pellejo, sin la moralidad represiva del Viejo Mundo, con la misión secular y los apetitos sexuales, los descubridores comenzaron una maratónica actividad de transculturación.

En los albores del descubrimiento –después las relaciones sociales se pondrán de otro color– los primeros años de conquista y establecimiento, los castellanos superaron los prejuicios raciales del contacto sexual entre nativos y españoles y el mestizaje fue el

resultado de esto. En Norteamérica los nativos fueron casi totalmente exterminados, en cambio, en Hispanoamérica fueron solamente diezmados y se produjeron procesos de mestizaje evidentes en la conformación demográfica que se puede observar hoy en muchos países. Si cabe la ironía, la conquista castellana en comparación a la colonización inglesa fue “civilizada”, en el punto en que pensaban que era posible, mediante una conversión, convivir con ellos.

- 3 -

No alcanza pensar la conquista como una serie de estrategias, tácticas y campos de batallas donde los nativos fueron derrotados. No era una guerra convencional pues si hablamos de superioridad, a pesar de sus caballos, sus armas de fuego, sus tácticas de combate y elementos rodantes –los nativos nunca usaron la rueda–, los españoles casi siempre, durante las primeras tres décadas de la conquista, estuvieron en inferioridad de condiciones.

Los nativos miraron a los españoles con el prisma de una estructura mítico-religiosa que hablaba de la llegada de dioses por el mar. Los primeros descubridores usaron estrategias para causar la curiosidad de los nativos: cuentan las crónicas que en una oportunidad atraparon a una india y la llevaron a un navío, ahí le regalaban bonitos collares, le prepararon un inolvidable banquete lleno de manjares y después la dejaron ir. A los días cuando desembarcaron los españoles, los nativos los esperaban en la costa con hospitalidad.

Las poblaciones a las que arribaron los primeros descubridores estaban poco organizadas políticamente, esas poblaciones no tenían las mismas costumbres sexuales que otras poblaciones como por ejemplo los aztecas. Las pulsiones sexuales no eran objeto de represión como en nuestra Modernidad, su diferente nivel de represión producía otra sexualidad. Los dos grandes imperios americanos, en cambio, se habían construido a partir de la violencia, la dominación de otros pueblos y rígidas costumbres sexuales.

Esos imperios tenían debilidades que supieron aprovechar los españoles: hacerse amigos de poblaciones que estaban siendo tiranizadas mediante pago de indias, tributos y hombres. Esos imperios eran sociedades sumamente verticalistas donde el emperador era casi un Dios. Cuando se encontraron Cortés y Moctezuma, éste lo quiso saludar con la mano pero no era posible, el emperador era intocable. Esta “intocabilidad” fue muy aprovechada por los españoles quienes tomaron prisioneros a esos casi dioses volviéndose ahora ellos mismos intocables y convirtiendo a esos dioses en sus títeres. Moctezuma prisionero fue una marioneta de los pocos españoles que mandaban en el centro de una ciudad habitada por miles y miles de personas.

Algo parecido pasó con Pizarro y la victoria frente a los Incas. Estos no eran tan violentos, no sojuzgaban, anexaban territorios pero no esclavizaban; sí cobraban fuertes tributos pero respetaban la lengua y religión de los pueblos conquistados. Pizarro fue muy audaz cuando se encontró con Atahualpa, eran poquísimos españoles contra miles de indígenas, arrojó al Inca de la silla en que lo transportaban al piso, suceso que confundió y paralizó a los indios, allí los castellanos hicieron una masacre.

Otro tema fue el de los sacrificios que no debía ser un tema menor. Su mundo mítico implicaba sacrificios, también humanos, que se realizaban para calmar la ansiedad de los dioses. Los aztecas y los incas no tenían la misma relación con esos sacrificios. Los incas, sólo en contadas ocasiones sacrificaban al Dios-Sol, en épocas de grandes catástrofes; los aztecas lo hacían diariamente por eso necesitaban conquistar a otros pueblos para proveerse de esclavos.

Según los mitos indígenas iban a llegar dioses del otro lado del mar y esto también produjo una confusión que supieron aprovechar muy bien los españoles, por ejemplo, Wiracocha el Dios inca era esperado y se pensaba que sería alguien alto, rubio, de cabellos y barba rizados. ¡Qué bien que cuajaba esta descripción con esos primeros españoles!

Por suerte para los descubridores llegan a una zona de nativos pacíficos. Colón se sorprende de esa mansedumbre y les escribe a los Reyes Católicos diciéndoles que podrían convertirlos a todos al cristianismo y esto abre la segunda etapa: “la conversión de los españoles”. Esta denominación resalta que no solamente los nativos son los convertidos sino también los españoles, quienes atraviesan evidentes procesos conversivos.

Los españoles quieren convertir a los nativos al cristianismo pero en ellos mismos hay efectos de conversión. Todo español que llega a América quiere dejar el oficio que poseía en España y convertirse en un gran señor rico, con muchos territorios, oro y plata; servido por indios y muy especialmente por indias.

La segunda etapa entonces, es la conversión de los españoles. Ya no hablamos del momento del descubrimiento sino de la conquista y el establecimiento.

Entre los castellanos comienzan los problemas, las luchas intestinas: dos bandos diferenciados. Por un lado estaba la autoridad “oficial” validada por los reyes católicos y por el otro, otro bando que tenía también jefatura militar, ligado al bandolerismo y al hedonismo. Todo español que llegaba a las Indias se veía tentado y compelido a elegir una de las dos bandas: ¡“Te vas a poder hacer rico y tener un montón de indias pero tenés que sacrificarte por la corona española y entregar un tercio de lo obtenido a las autoridades por ella validadas!”

La otra banda lejos de arengar políticamente, les decía “en vez de azadones manejarán tetas; en vez de trabajo, cansancio y vigilia, solamente placeres, abundancia y reposo”.

Por supuesto, el bando “oficial” no empezó ganando la disputa, pero después de unos años, a partir de campañas de conquistas, colonización y “pacificación” fue ganando poder, territorio, cantidad de prisioneros para vender, indias para calentar camas y riquezas para fundar nuevos ricos y poderosos en el Nuevo Mundo.

Los primeros castellanos que vinieron de estratos bajos de España, al llegar a las Indias se volvieron “nobles”, no querían traba-

jar sino ser servidos. Es impresionante constatar la conversión de quienes llegan a las Indias, conversión desde el punto de vista político y también conversión como misión religiosa.

Los españoles en la segunda etapa se encolumnan bajo la bandera política y religiosa de la conversión, esa “misión conversiva” producirá la tercera etapa: la “pacificación” que tiene como consecuencia que en 40 años sólo quede una cuarta parte de la población nativa pre-conquista.

El objetivo religioso de la conversión de los indios tenía por otro lado un objetivo político-económico que prevaleció y que fue la comercialización de oro y plata. Es el comienzo de una sociedad comercial donde se establece un nuevo contrato jurídico y moral. Muchos españoles que convivían con indias fueron instados a casarse con ellas. Surgen nuevos dilemas tales como si el casarse con una india sería bajar de estrato social o si sería conveniente traer blancas del viejo mundo.

“¿Qué es mejor, se preguntaba un rico conquistador, casarse con una india aunque bajemos de clase social o con una mujer europea y blanca que esté pendiente del momento en que nuestra muerte le deje una fortuna?”

Ahora vamos a un tema más duro, vamos a hablar de exterminio. El exterminio es una de las formas de dominación que se ha repetido en nuestra América con más frecuencia, el exterminio siempre estuvo lleno de eufemismos, en este caso se llamó “campaña de pacificación”.

Los nativos son diezmados, exterminado su mundo y esto los deja desguarnecidos, acontece lo que aconteció: su sistema inmunológico queda debilitado y el encuentro de culturas termina siendo una batalla de microbios y microorganismos que son más efectivos que la mayor expedición militar.

Los nativos comienzan a morir como en una gran peste: mortales enfermedades que para los europeos habían sido gripes,



rubeolas, sarampión. Los europeos tenían desarrollados los anticuerpos pero los nativos no conocían esas enfermedades y morían en la que llamaremos, siguiendo a Ricardo Herren, la primera “globalización microbiana del mundo”.

La conversión de los indios implicaba quitarles la tierra y su mundo moral, los nativos tenían una dieta vegetariana y su forma de trabajo extensiva no producía excedentes pues cuando tenían hambre iban y comían. Esos nativos ahora eran esclavos en las minas de oro y plata y ¿qué pasa? Mueren y ese “despoblamiento” conducirá a que se deba importar esclavos negros de Africa, esclavos más resistentes que los nativos, produciéndose así una nueva transculturación.

Así se fue dando un proceso de despoblamiento y de repoblamiento, el continente que era de los nativos de repente empezó a ser cada vez menos de ellos y cada vez más de españoles, nuevas “corrientes inmigratorias” y mestizos.

Algunos españoles comenzaron a llevar a cabo tropelías; la autoridad hacía la vista gorda, esto se realizaba “bajo cuerda” del gran objetivo unificador que era el engrandecimiento de la corona española.

Las escenas de guerra, esas escenas de crueldad de los castellanos eran rápidamente olvidadas al momento de retornar a la ciudad con un caudal de oro, indias y esclavos que eran repartidos con gran generosidad entre autoridades y personajes de poder.

A los crueles y asesinos hay que nombrarlos.

Hasta las mismas crónicas relatan con sorpresa la envergadura de la crueldad del comandante Ayolas: “...en una oportunidad que iba al frente del camino, se dedicó a lancearlos para entretenerse. Salteaba los poblados, atormentaba a los caciques echándoles los

perros que los descuartizaban, cuando no los arrojaba al fuego o los ahorcaba en los árboles y por descontado apresaba a las mujeres e hijos como esclavos que habían de figurar como botín de guerra”.

Cuando llegaba a la ciudad, Ayolas se convertía en un hombre generoso al repartir el botín de guerra, el que recibía una mujer o un poco de oro o un poco tierra se olvidaba de todo lo que había hecho para conseguirlo. De ahí en más, el que tomaba el mando de una expedición cuantificaba sus éxitos por cantidad de tesoros que traía a su regreso.

Existieron otros personajes crueles que condujeron a que en un período de 40 años sólo quedara una cuarta parte de los nativos.

- 6 -

En cada una de las etapas de la colonización, las nativas tuvieron diferente lugar en la cama de los conquistadores. En un primer momento, fueron botín de descubrimiento para pasar luego a formar parte del botín de conquista, de las posesiones que resaltaban el poder social de quienes se establecían en las nuevas ciudades que se fundaban. Por último fueron botín de la “pacificación”.

Hablamos de la mujer como botín, en un enfrentamiento de culturas los castellanos trataban a las indias según el momento en que estaba el “descubrimiento de América”. No fue lo mismo el encuentro paradisiaco entre mujeres desnudas y marinos barbudos y hambrientos con ansiedad sexual que el encuentro en el momento de la colonización y del afán de agrandar territorios o en la etapa de la “pacificación”, cuando ya los nativos escapaban más de los españoles que de los microbios que los estaban diezmado.

Los castellanos que llegaron fueron gente “civilizada” y por cierto, mucho más que los conquistadores anglosajones que no solamente diezmaron sino eliminaron a los nativos. La colonización de Hispanoamérica es una historia donde se liga la política, el sexo y los intereses personales, es una historia que no deja mucho espacio para preguntarse por lo que no se sabe, por el nivel de la vagina.

Es una historia dolorosa que no deja el mundo igual, una historia que cambió la perspectiva del mundo y que no puede ser pasada por alto para hablar de nuestro presente y de nuestro siglo XX que, si bien cronológicamente ya ha terminado, todavía nos retumba en la cabeza.

1-3 La Edad de Oro del libertinaje (mediados del siglo XVIII)

En el siglo XVIII, Francia se convirtió para el resto de Europa en el modelo del arte de amar y de gozar. Su literatura erótica fue muy prolífica, no solamente se produjo el movimiento del libertinaje sino también la aparición de nuevos géneros literarios como los cuentos de hadas eróticos y genios hacedores de deseos, géneros que se convertirían en fuente de inspiración del material pornográfico del siglo XX.

Las páginas más brillantes de este movimiento fueron obra de autores perseguidos, encerrados, que debían ocultarse bajo el anonimato y vender sus páginas “bajo levita”. Era un género prohibido que lanzaba la imaginación a un goce que debía ser acallado.

Es ilustrativo un cuento de Diderot donde la vagina es animizada, convertida en una segunda boca que habla compulsivamente de lo que realmente pasa con su dueña y con ella misma, de los verdaderos deseos y ansias que la recorren.

El cuento trata de un sultán del Congo que le confiesa a un genio que se aburre y que le gustaría conocer las aventuras de las damas de la corte –resaltamos que es tan importante el detalle de lo exótico para este tipo de cuentos como lo es la blasfemia y lo sacrílego para la literatura libertina–, el genio le entrega un anillo de plata y le dice: “Todas aquellas a quienes dirijáis el anillo contarán las intrigas en voz alta, clara e inteligible por medio de sus joyas”. El sultán no le cree pero prueba el anillo y se oye murmurar bajo la falda al sexo de la mujer quejándose de que le hacía tomar baños astringentes de agua de mirto desde hacía quince días para hacerle creer a su futuro esposo que era virgen. Así, lo va probando en treinta mujeres que cuentan con sus joyas cómo reparten su tiempo. Esas mujeres enseguida ponen bozales a sus bocas secretas para impedirles hablar.

La vagina se “oraliza” y la voz que se escucha cuenta una verdad que no debe ser dicha en alta voz y esto lleva a la represión de sus amas que les amordazan la lengua. Una realidad es la que se habla por la boca y otra, que debe ser reprimida, es la que se habla por la lengua vaginal.

Esta historia de la boca y la vagina muestra que ya estamos en la Modernidad. Tiempo que distingue lo que se puede decir en público de aquello que se debe callar; marginando los deseos prohibidos que tiene toda imaginación de aquellos deseos que está permitido poner en práctica.

- 1 -

En esta época existe una gran preocupación por el goce sexual. Y este tema plantea otros, como el de la autoridad, la pedagogía, la moralidad, la imaginación, el acto y la privación.

El Marqués de Sade se enfrenta a la moral de la autoridad aun a costa de su propio castigo y privación, el goce sexual enfrentándose a la autoridad crea un nuevo dispositivo: una nueva pedagogía donde la relación entre saber y acto es transmitida por un maestro a una alumna a través de un aprendizaje carnal. El libertinaje es una pedagogía de “adelante y atrás” donde alguien experimentado lleva de la mano a un alumno enseñándole los caminos del goce sexual. En esa escena, el maestro no es abstigente, no se trata de un encuentro “en seco” sino de un exceso donde la imaginación y el goce sexual se llevan al límite.

Entre “polvo y polvo”, Sade explica la relación entre sexualidad y moralidad a través del concepto de virtud: la moderación, la virginidad, el buen sentido, la religiosidad, la corrección, cualquiera sea la virtud ponen obstáculos insalvables para que la otra boca se satisfaga a la altura de su deseo sexual, genital.

Para esta época el goce sexual es insaciable; lo que se sacía retorna después con una fuerza incontenible necesitando nuevos y más preciados bocados en una subida siempre ascensional e infinita.

Hay una historia, la del pobre Saturnín, que cuenta lo que pasa cuando un hombre pierde esa fuerza incontrolable de la voracidad sexual. Saturnín es alojado en la curia y una noche lo hacen entrar en el recinto donde se encuentra el órgano de la iglesia; allí sentado a una mesa bien provista le habla un Padre y le dice: “Coger, comer, reír y beber, tal es nuestra ocupación ¿te sientes dispuesto a

hacer lo mismo?” Saturnín responde que sí, pero más adelante en la historia aparece la impotencia, a pesar de la promesa de no desfallecer algo dice no. Las mujeres se sienten convocadas, se abocan a él y tratan de excitarlo de todas las maneras posibles: le pasan la lengua, le ofrecen nuevos y más apetitosos bocados, lo untan con afrodisíacos que extraen de un pequeño frasco, un líquido blanquecino que vierten primero en la palma de sus manos y luego en los cojones y en la verga de Saturnín. Después de leves picores sintió un calor prodigioso que lo puso en condiciones de satisfacerlas pero fue momentáneo pues volvía ese no poder. En otra oportunidad encontrándose Saturnín “inapetente”, el Padre le dice que trate de despertar el apetito enfermo con un bocado exquisito y que nada mejor para eso que una virgen.

En los libros de Sade aparece esa virgen, en la pedagogía de lo libertino un maestro enseña en la práctica a una joven y succulenta virgen el saber hacer con los agujeros del goce sexual. El gran lema del libertinaje es: ¡preocuparse de coger y nunca de engendrar!

Siempre con un bocado cada vez más apetitoso, esta época muestra su relación con lo oral e intentando sortear las consecuencias de la enfermedad y el embarazo esta época muestra su apego a lo anal.

La vagina es rodeada, se encuentran atajos que llevan al ano como lugar del goce sexual que reniega de las consecuencias.

Un personaje sadeano en *La Filosofía en el Tocado* dice del camino del coito vaginal: “...es el camino ordinario...el más usado, pero no el más agradable, buscando un templo más misterioso la mayor parte de las veces es aquí (muestra el culo) donde el libertino trata de gozar”.⁷

Un personaje femenino, Madame de Saint-Ange dice del coito anal: “Es propio de la naturaleza hacernos llegar mediante penas, pero una vez vencido el dolor nada puede ocasionar tanto placer como el que se siente al penetrar el miembro nuestro culo, muy superior al que brinda la introducción por delante. Por otro parte, la mujer evita un montón de peligros, su salud corre menos riesgos y por sobre todo no corre el riesgo de quedar embarazada”.

7. Sade, *La filosofía en el Tocado*, pág. 30, Etre, Buenos Aires.

Lo fundamental para el libertinaje, más allá de su oralidad y su analidad, es la relación entre imaginación y goce sexual.

Dice un personaje sadeano: “la imaginación es el aguijón de los placeres, en los de esta especie ella rige todo, es el móvil de todo ¿Y acaso no es por la imaginación que se goza? ¿No provienen de ella las voluptuosidades más vivas? La imaginación nos sirve cuando está libre de prejuicios, sus más eminentes delicias consisten en romper todos los frenos que se le



Figura 3

opongan, es enemiga de toda norma, idólatra del desorden y de todo lo que lleva los colores del crimen, he ahí donde viene la respuesta singular de una mujer imaginativa...”.

La imaginación cuya mirada cae sobre lo sexual no se detiene ante los prejuicios. La mayor virtud es pasar por encima de los prejuicios y sacar fuerza de eso prohibido, tratar de realizar lo que ha concebido. La exaltación del espíritu es la respuesta singular de una mujer cuya lengua inflama el goce sexual. La inflamación de la imaginación y el goce sexual lleva a preguntarse acerca del acto sexual. ¿El camino trazado por la imaginación que nos eleva hacia el goce sexual sigue hasta la concreción del acto y concluye en él?

Sade escribió sus libros libertinos encerrado, ¿cuánto hubiera escrito sin la dificultad máxima de un hombre que no puede ir a ningún lado? ¿No es la misma dificultad la que nos inflama de promesas y sensibiliza a la imaginación con el goce sexual?

En otro libro, *El conde de Montecristo* de Alejandro Dumas, un personaje sostiene que gracias a estar encerrado pudo desarrollar al máximo su imaginación, lo dice así: “Si hubiera estado libre quizás mi cabeza se hubiera ocupado solamente de cosas fútiles. Para descubrir ciertas minas misteriosas que encierra la intelligen-

cia humana se necesita la desgracia, porque, amiguito, sin la presión no estalla la pólvora. La cautividad ha reunido en un solo punto todas mis facultades flotantes aquí y allá, éstas han chocado en un espacio reducido, ya sabes que del choque de las nubes resulta la electricidad, de la electricidad, el relámpago, y del relámpago, la luz”.⁸

El goce sexual se exalta venciendo obstáculos y el mayor obstáculo es el encierro. El libertinaje describe el encierro en que se encuentra el hombre entre los prejuicios, la moralidad y la autoridad.

Frente a esto, la lengua del libertinaje se las arregla para pasar por debajo de la ropa, “bajo levita”. La venta y circulación de esta literatura debía hacerse de manera clandestina, esta prohibición lejos de detener la demanda la incitaba como una verdadera droga: cuanto más se prohibía más se incitaba.

La prohibición también se mete con el cuerpo mismo de los libertinos.

Saturnín al que dejamos enfrentado a nuevos bocados vírgenes, padecerá las enormes y espantosas consecuencias del libertinaje. Del convento va a París y ahí tiene relaciones con una prostituta amiga de la infancia quien le contagia la sífilis, es internado en un hospital donde permanece entre la vida y la muerte. Los médicos deciden castrarlo y el pobre Saturnín dice después de la castración: “el desgraciado Saturnín, ese hombre tan querido por las mujeres, ya no existe, un golpe cruel acaba de quitarle la mejor parte de sí mismo”. Ya eunuco, va hacia el Padre de la iglesia, le cuenta sus infortunios y éste lo convierte en portero.

Para lo libertino hay castigo, evidente en la castración de Saturnín y en la cárcel de Sade. Lo libertino es transgresor de lo prohibido, al intentar pasar bajo la ropa no hace más que convocar a la autoridad que muestra al desnudo su moralidad, de la cual

8. Dumas, Alejandro, *El conde de Montecristo*, Pág. 98, Edimat Libros, España.

hablaremos en el punto: “El cuento fílmico de Madeleine, el Marqués de Sade y la lengua de mujer”.

1-4 Echar mano a la masturbación (comienzos del siglo XIX)

El tema de la masturbación cobra un lugar histórico bien definido a finales del siglo XVIII cuando una campaña contra la masturbación cambia absolutamente la familia, pasando de la familia relacional a la familia nuclear, tal como la conocemos en la actualidad. Cambia las relaciones, obligaciones y afectos dentro de la estructura familiar y ahora los padres deben ocuparse de la sexualidad de los niños y sobre todo deben ocuparse de evitar la masturbación de sus hijos.

La masturbación, entre finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX, es tomada como la etiología específica de un montón de enfermedades inespecíficas que aparecerían en el futuro si los padres no lograran evitarla en la temprana infancia. Los padres echan mano a la sexualidad de sus hijos y, a través de una vigilancia controladora, una mirada con consecuencias y castigos, deben evitar que sus hijos se toquen a sí mismos como una manera de bregar por el porvenir.

La masturbación fue tomada por el discurso científico desde el siglo XVIII y ha constituido lo que Foucault llama “la fabulación científica de la enfermedad total”⁹ pues fue ubicada como la etiología de una cantidad enorme de enfermedades inespecíficas no solamente psicológicas sino también orgánicas.

Ese “cotorreo” de pedagogos, médicos y psiquiatras con respecto a la nocividad de la masturbación que aparecía en los hijos de las familias, fue acompañado por las acciones más inauditas de los padres para evitar que chicos o adolescentes se masturbaran.

Había toda una serie de técnicas para vincular mejor el cuerpo



9. Foucault, Michel, *Los anormales*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, 2000.

del padre con el cuerpo del hijo. Por ejemplo, el anudamiento de la mano del chico a la vigilia del adulto “de tal modo que se hacía dormir con cuerdas atadas a sus manos y otras atadas a las de un adulto. Así, si el niño movía las manos el adulto se despertaba”.¹⁰

La masturbación fue tema para meterse con el cuerpo del otro pues era vista como el paradigma de la nocividad cuyo resultado era el debilitamiento, el agotamiento, una pérdida de sustancia y por tanto la enfermedad y la muerte.

Se generó entonces “la primera campaña publicitaria globalizada” para evitar que los niños y adolescentes se masturbaran; una campaña que fue casi una cruzada: por el bien del otro había que controlar lo que hacía con sus manos, con su cuerpo, con sus líquidos y fluidos seminales.

- 1 -

Foucault realiza una búsqueda histórica acerca del tema de la masturbación subrayando que la campaña contra la masturbación produjo el pasaje de la familia relacional a la familia nuclear.

Antes, la familia era mucho más extensa que la actual y participaban de la crianza, si eran familias con recursos, muchas personas que no eran precisamente los padres. Cuando acontece la campaña contra la masturbación, los padres se convirtieron en los responsables directos de meterse con el cuerpo de sus hijos. De esta manera bregaban por sus futuros pues la masturbación era vista como la causa de un montón de enfermedades que acontecerían en el porvenir hasta el punto límite que si una persona moría de viejo, eso debía tener que ver con la masturbación infantil, ¡podría haber vivido más sino no hubiera practicado eso de la masturbación!

Desde finales del siglo XVIII se ubican los cambios que intentan controlar el cuerpo del deseo y del placer, cambios que apuntan hacia la culpabilización de los padres pues si el chico se masturba

10. Foucault, Michel: Ibid. Pág. 233.

es, en el mejor de los casos, por falta de cuidado de los padres y en el peor, por haber despertado en el cuerpo infantil, mediante excesivos cuidados o directamente seducción y/o abuso, la sexualidad autoerótica del infante.

Las características del cambio se evidencian: por un lado, los padres comenzaron a tener más poder con respecto a los hijos pues se aparta de la crianza de los niños a la familia extensa; pero, por otro lado, los padres fueron recriminados por no evitar la introducción de la nocividad, hipotecando el porvenir de sus hijos. Esto posibilitó que dentro de la familia se incluyera un discurso exterior que fue el discurso médico.

Este discurso médico era también peculiar: por un lado, estaba el discurso médico “objetivista” sostenido en el método anatómopatológico que constataba en los órganos la lesión que llevó a un individuo al padecimiento y a la muerte y por otro, un discurso que se ocupaba de la verdad histórica, de dirección contraria al objetivismo, más cercano a la moralidad.

Así el discurso médico que hablaba de la verdad histórica sostenía que la masturbación era una “enfermedad polimorfa, absoluta, sin remisión, que presuntamente acumula todas los síntomas de todas las enfermedades posibles, o en todo caso, una cantidad considerable de síntomas”.¹¹ Esto constituyó una ficción, que Foucault denomina “la fabulación científica de la enfermedad total” y que plantea una moralidad sostenida en las consecuencias físicas y psíquicas de la masturbación. Fabulación que habla tanto de una historia que se desarrolla en el porvenir como de un “engaño” que justifica el acto político de meter mano en la intimidad del otro.

Ambas verdades se superponen en el cuerpo del individuo y si bien parecieran encontrarse una al lado de la otra, la distancia que las separa es inconmensurable.

Se abren dos tiempos, un tiempo ligado a una verdad actual y otro tiempo ligado a una verdad porvenir. Si la primera se asienta en la constatación de las patologías post-mortem de los órganos abiertos en la autopsia hospitalaria, la segunda plantea una mora-

11. Foucault, Michel: Ibid. Pág. 222.

leja sostenida en un hecho que no tendría que haber pasado pero que si pasó...

Esta verdad ubica un tiempo verbal extraño: el tiempo de lo que no tendría que haber pasado, un tiempo que compromete a los padres por no haber sido diligentes con sus hijos, un tiempo que arruina el porvenir al ser causa de una enfermedad fabulosa, total, siempre en potencia. Tiempo que no tendría que haber pasado que liga a las generaciones entre sí y a éstas con el poder que se actualiza en las miradas y en las manos y en los órganos genitales del padre y del hijo.

- 2 -

Desde el siglo XVIII se habla de la sexualidad en forma alusiva pero esa discreción muestra lo sexual en cada actitud, en cada sigilo, en cada suspiro; sin hablar de la sexualidad, eso existe.

En esa época hay maneras nuevas de construcción de salones, las instituciones callan y reprimen el encuentro entre los sexos, intentan quedarse “fuera de sexo”. Esto se espera de la arquitectura pero bien escuchado hablan de lo sexual de una manera insistente, susurrante.

¿A quién le sorprendería saber que “la primera campaña publicitaria globalizada sobre la masturbación” y ese “cotorreo inmenso sobre la masturbación” (Foucault) comenzó en aquellos tiempos de salones “fuera de sexo” y palabras sigilosas?

Ese cotorreo armó una campaña llena de consejos, exhortaciones, historias de enfermos; esa usina de rumores de una boca a una lengua, de ésta a una oreja y de una oreja a la boca y así sucesivamente y en ese camino de uno a otro y de uno a uno mismo, se construyó la campaña publicitaria contra la nocividad de la masturbación.

La masturbación era el modelo del “chorreo de adentro hacia fuera”, el modelo del debilitamiento, de la pérdida de vida contenida dentro de uno mismo. Ese “chorreo” una vez que se ha perdido, no hay retorno, un goteo donde, como en los juguitos actuales

de los niños y adolescentes, la vida es tanta cantidad de energía y la masturbación quema energía vital que nunca se repondrá nuevamente.

Son dos tiempos que conviven en el cuerpo de un sujeto pero no son simultáneos; el tiempo de la objetividad del discurso científico y el tiempo de la fabulación de lo que no tendría que haber pasado. Dos tiempos en los cuales el discurso científico se desdobra y sostiene, por un lado un discurso comprobable, explicativo, con premisas universales y por otro un saber-porvenir que se comprobará en las consecuencias en el propio cuerpo, en los síntomas y signos que surjan y sobre todo en lo prematuro de la muerte.

En el campo del “no tendría que haber pasado” no hay remisión, una vez que pasó no hay remedio, sólo la espera de las consecuencias somáticas. Además se trata de una causa culpabilizadora para con los padres que no se han ocupado con diligencia del cuerpo del niño.

Este sufrirá las consecuencias y podrá acusar a los padres, esto es lo Foucault llama “el poderío causal inagotable de la sexualidad infantil”. El campo del “no tendría que haberlo pasado” no tiene sintomatología específica pero cualquier enfermedad deriva de él. El tiempo de su efecto es aleatorio. Es una causa que no tiene efecto directo aunque sus efectos son imperecederos.

1-5 El goce que ciñe al poder (comienzos del siglo XX)

El objetivo de hablar de la sexualidad del siglo XX resulta una tarea descomunal, desbordante. Se trata de un siglo espectacular, un siglo donde tantas posibilidades de comunicación sólo fueron superadas por las guerras, los procesos de desintegración social y los efectos de la globalización que pasaron por la pantalla de la televisión.

Todo un espectáculo que miramos cotidianamente, el siglo XX es aún nuestro siglo aunque ya ha terminado, un espectáculo que nos tiene a nosotros mismos como participantes.

La gran variedad de sexualidades que recorrieron el siglo es de una vastedad tal que sólo resulta descriptible circunscribiendo el objeto ya sea al estudio de un personaje del siglo o a algunas tipologías de grupos sociales definidos.

- 1 -

Hay un personaje que ha vivido desde mediados del siglo XIX y durante la primera parte del siglo XX, un personaje cuyas teorías sobre la sexualidad han sido muy discutidas, atravesó las dos guerras mundiales y tuvo que exiliarse por motivos políticos. Perdió hijos en las guerras, teorizó acerca de las características de los duelos¹² en el siglo XX, trabajó en clínica en su consultorio creando al mismo tiempo el campo de trabajo al que nombró. Escribió de manera incansable hasta su muerte, defendió su descubrimiento, que cambió la manera de mirarnos a nosotros mismos, de todos los embates y cuestionamientos de sectores de la ciencia, la religión, la política y de los mismos prejuicios sociales de su época que reprimían el empuje del goce sexual.

Sigmund Freud vivió entre 1856 y 1939, este simple homenaje apunta no sólo a realzar sus cualidades humanas sino a describir algunos cambios que han ocurrido en el siglo XX. Freud empalma

12. Tema que desarrollo en el libro: *Sobre duelos, enlutados y duelistas*, Lumen, escrito junto a Eduardo Bernasconi, Buenos Aires, 2000.

con los finales del siglo XIX y comienzos del XX, el descubrimiento por el que se lo renombra como padre del psicoanálisis aconteció justo en el 1900 con el texto *La interpretación de los sueños*. En las cuatro décadas posteriores investiga, analiza y defiende una concepción distinta del hombre moderno que la planteada por Descartes a mediados del siglo XVII.

Freud fue una bisagra entre un siglo y otro.

El tema de la masturbación fue un hecho histórico a mediados del siglo XVIII y durante el siglo XIX a través del cual los agentes del Poder controlaron lo más íntimo del otro, echaron mano a las consecuencias de la masturbación nombrándolas como una patología porvenir sin remisión.

El tiempo de lo que “no tendría que haber pasado” abre la fabulación como tiempo propio de las ciencias del hombre, que desde un comienzo han sido maltratadas por la corriente científica que planteaba la organicidad como causa objetiva y demostrable de las patologías del hombre.

Freud, en el comienzo del siglo XX, le da un lugar a la corriente marginada, reprimida de las ciencias del hombre, reconoce la duplicación de la conciencia en el sí mismo y luego de una represión de muchos siglos aparece el sujeto del inconsciente.

Esta represión de la corriente de las ciencias del hombre fue una de las consecuencias del desarrollo del conocimiento científico que al apoyarse en la comprobación cuantitativa y experimental de los hechos expulsa y suprime esta corriente. Se la acusa de engañosa, de fabuladora, de tener las características de un cuento para niños con moraleja que habla de un tiempo que no tendría que haber pasado.

Freud enfrenta esta supresión y se aboca a pensar las motivaciones de esa lucha donde una vertiente suprime a la otra y las formas en que esa vertiente suprimida retorna deformada, en una lengua extraña a la conciencia pero sin embargo legible.

Freud reconoce esa otra corriente y la convierte en campo de trabajo a partir de los tratamientos con mujeres que hablan una lengua no comprensible para la corriente científica que las acusaba de fabuladoras y las llamaba peyorativamente histéricas.

Freud le da otra significación a la histeria, la remite a tendencias inconciliables que generan una lucha donde una vertiente arroja a la otra a la represión. Lo reprimido retorna en una lengua extraña cuya lectura abre una nueva conceptualización del hombre en el siglo XX.

- 2 -

Durante mediados del siglo XIX y comienzos del siglo XX se desarrollaron teorías que hablaban del instinto sexual del hombre y de la necesidad de moderación como control para no terminar en la más abyecta perversión.

Un hombre sin control y moderación librado a sus instintos sexuales se convertiría en una bestia. La separación entre lo humano y lo bestial, como sostuvo Renato Descartes, estaría ubicada en una garantía de racionalidad representada por el juicio moderativo. La instancia de control sería esa garantía como prevención de la degradación sexual.

Freud analiza esa instancia de control y sostiene que ese mismo control que debe poder sosegar la naturaleza sexual del hombre es también un goce sexual.

La Modernidad desde Renato Descartes quería encontrar garantías que separaran la línea de la razón de la bestialidad. La Filosofía al principio encontró a Dios, la Física a los astros que siempre están en el mismo lugar y la Política halló la moderación como garantía de una buena conducción de la razón. Descartes sostenía que ante la duda había que apostar a Dios, a los astros y a la moderación de la pasión.

Freud analiza esa supuesta garantía y encuentra que la instancia de control no escapa al goce sexual. Y agrega que esa instancia goza del sujeto pero esto no lo dice al principio de sus teorizaciones en el 1900 sino más adelante porque Freud además de luchar contra la vertiente positivista, de cuestionar a la instancia de moderación como garantía de racionalidad, también cuestiona sus propias conclusiones a las que va llegando de una época a otra época.

Freud es un personaje del siglo XX, un siglo cambiante donde nada se ha mantenido igual a sí mismo por mucho tiempo. Cambios en el escenario político, en el escenario científico y en el escenario subjetivo. En este siglo se reconoce la corriente que había sido reprimida y se separan nítidamente dos lados: uno ligado a una lengua comprensible y el otro a una lengua legible.

- 3 -

La forma del Poder que nace a mediados del siglo XVIII y se desarrolla en los siglos venideros tiene como uno de sus engranajes fundamentales la campaña contra la masturbación. Se introduce validada por el saber científico en lo más íntimo de cada casa, de cada cama, de cada sábana, de cada órgano genital.

El tema de la masturbación es mucho más amplio que el hablar del tocarse a sí mismo, con él entra a intervenir la función y responsabilidad paterna dentro de la familia nuclear. Esta implementación de la política introduce un discurso que habla del accionar paterno y del lugar que ocupa la sexualidad para los niños.

Y el debate está armado.

Freud, antes del 1900, en una época que podríamos llamar irónicamente prefreudiana, sostenía que al masturbador había que internarlo en una clínica especializada y tenerlo “bajo estricta vigilancia” médica para evitar que se masturbe. Freud decía esto en 1894 hablando de una muchacha que se masturbaba, sostenía que la masturbación era la etiología específica de su neurastenia y la causa de reproches obsesivos que la llevaban a autoacusarse de delitos sociales que no había cometido. Freud la trata y dice que ha acontecido una sustitución que debe ser rectificada, dice: “...se reprochaba el onanismo que practicaba en silencio, sin poder renunciar a él”. Y agrega: “...quedó curada por medio de una escrupulosa observación médica que le impidió masturbarse”.¹³

Freud tiene una posición en cuanto a la masturbación, la cual da paso al discurso científico y más que esto al acto médico, dice:

13. Freud, Sigmund, *Obsesiones y fobias*, Amorrortu, Tomo II, Buenos Aires.

“...la desabituación del onanismo es una de las nuevas labores que el reconocimiento de la etiología sexual plantea, y sólo puede llevarse a cabo, como todas las curas de este género, en un establecimiento médico, y bajo estricta vigilancia médica”.

Freud ubica a la ciencia, le da derecho al acto médico que metiéndose en la casa familiar con un pie de legitimidad, con una voz y un poder prevalecerá sobre las otras voces familiares pues este discurso se basa nada más y nada menos que en la verdad, la comprobación, la experimentación.

Freud estaba enrolado en una de las corrientes del debate con respecto a qué hacer con los masturbadores que se desarrollaban en la época y tiene una posición que hoy nos llama la atención pero que, en aquel entonces, era la corriente “progresista”.

La otra corriente era más alarmista, incitaban a los gestos familiares autoritarios fuertes, por ejemplo atarle las manos a los chicos, ponerles unas campanitas en las manos para que tintineen cuando se acerquen a sus genitales. Todas estas acciones se justificaban por el mal que evitaban en el futuro. Un médico de la época explotaba el interesante género literario de “las cartas de enfermos”, les decía a los padres que iría a pasar con sus hijos si no evitaban la masturbación por cualquier medio, les hacían leer esto: “Me alarmo todos los días, veo avanzar la muerte a grandes pasos, desde ese momento que comencé mi mala costumbre, me afectó una debilidad constantemente en aumento. A la mañana tenía desvanecimientos, mis miembros se dejaban oír en sus articulaciones un ruido semejante al de un esqueleto que se sacudiera. Algunos meses después al salir de la cama a la mañana, empecé a escupir y echar sangre por la nariz...”¹⁴

El planteo freudiano era progresista, sentaba una posición que dejaba paso al discurso científico en el tema de la nocividad y la masturbación, apuntaba a la entrada del poder del acto médico dentro de la casa familiar, lo cual ponía límites al poder autoritario paterno. Así si una muchacha se masturbaba había que internarla,

14. Foucault, Michel, *Los anormales*, Clase del 5 de marzo de 1975. Fondo de Cultura Económica de la Argentina, Buenos Aires, 2000.

en otras palabras sacarla del poder paterno y encerrarla bajo la legitimidad del poder científico.

- 4 -

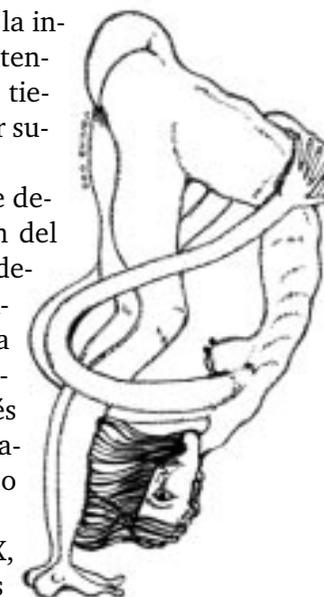
El siglo XX se ha preocupado por la infancia. Por lo que son capaces de entender los niños, por los derechos que tienen, por el mundo que heredan y por supuesto por su sexualidad.

A partir de mitad del siglo XIX, se desarrollaron las teorías que hablaban del instinto sexual, las cuales ubicaban además del juicio moderativo como garantía de razonabilidad, una inocencia sexual casi divina en la niñez. El instinto sexual no nacería con los bebés sino que aparecería a una determinada edad, la edad en que se ha perdido la inocencia.

A partir de mediados del siglo XIX, la medicina, la pedagogía y los padres se han preguntado: ¿es un niño culpable de masturbarse?, ¿cuánto sabe un niño acerca de la sexualidad?, ¿qué pasa con el goce sexual en la niñez?

Estas preguntas retornaban acusatorias hacia los padres pues al sostener la inexistencia de la sexualidad infantil, toda manifestación de la misma era causada por ellos mismos o por las relaciones en que se movía el niño: institutrices, maestros, ama de llaves, etc.

Freud sostiene que hay sexualidad en la niñez, habla de los niños como perversos polimorfos. La sexualidad tiene corrientes que se suprimen unas a otras, una corriente consciente desaloja a otra a la inconsciencia, la sexualidad está fijada a escenas que deben ser sepultadas, en el aparato psíquico una escena de seduc-



ción y/o abuso de una persona adulta para con un personaje infantil es reprimida.

La sexualidad infantil además de existir tiene un tenor traumático que dejará marcas en el aparato psíquico que realizará maniobras para elaborar esa escena disruptiva.

De cualquier manera, la cuestión del quehacer paterno con la sexualidad de los niños sigue presente pues ¿esa escena estaba motivada en una escena real vivida por los niños? ¿Y ellos tenían algo que ver con eso?

Freud, a lo largo de su incansable obra escrita, retoma una y otra vez estas preguntas. Y cambia sus respuestas según como esté mirando la cuestión. Los estudiosos de la obra freudiana ubican tres etapas donde Freud cambia su mirada en forma evidente y también hablan de etapas prefreudianas donde Freud aún no había llegado a ser Freud.

Cuando habla de masturbación y la manda a la internación hospitalaria, Freud aún no separaba a la neurastenia de la neurosis. Cuando habla de la neurosis no la ubica como etiología a la masturbación sino a una escena de seducción y/o de abuso de un personaje adulto para con un personaje infantil. Se trataba de seducción o de abuso de alguien que detentaba un poder, con este planteo, Freud anticipa el desarrollo del siglo XX hablando del poder y donde ya podemos certificar como el poder por un lado, se ha sensualizado y descubierto un goce que lo ciñe (seducción del poder), y por otro el poder se ha brutalizado (abuso del poder) para quienes no son iguales a uno mismo.

Después Freud realizará un paso más y hablará del fantasma neurótico, de su rasgo perverso y su letra masoquista y es allí, en esa época donde plantea ese concepto de masoquismo femenino.

Freud, antes del 1900 al decir que al masturbador hay que internarlo bajo estricta vigilancia médica coincide en dejar entrar al discurso científico adentro de la casa, de la familia y pone límites a la autoridad ilimitada de los padres y luego dirá que de ellos parte un “abuso (inconsciente) de autoridad” y de seducción que tendrá consecuencias en el aparato anímico del constituyente hijo.

Después del 1900, Freud cuando peleaba para que el psicoanálisis no se licuara en la psicoterapia decía que los fundamentos eran la sexualidad infantil y el sujeto del inconsciente. Tomar la sexualidad infantil no desde el punto de vista de que los niños tienen sexualidad sino en el sentido de hacer entrar a la niñez en el discurso de los goces y sobretodo poder hablar acerca del poder paterno (y de otros tipos) que se meten con el cuerpo del otro, era fundamento del psicoanálisis.

Luego habla del fantasma donde esos dos tiempos de la sexualidad, la sexualidad infantil y la sexualidad adulta son resituados para pensar las formas diferentes del gozar para cada uno. Los distintos tipos de goces, pues no es lo mismo el goce ligado a la masturbación que el goce ligado a la instancia de control que el goce que impulsa a sortear todos los límites.

Capítulo 2

LOS DIFERENTES GOCES EN LA ACTUALIDAD

Legamos a la actualidad, la presencia del aquí y ahora, lo que experimenta nuestro cuerpo. Me asalta el temor de ubicarme como valor de referencia y que la actualidad no exista más que en mi actualidad.

La búsqueda sigue siendo la de los goces sexuales, los que llegan a mis oídos, a mis manos, a mi lengua. Los goces que toman cuerpo y son tomados por la historia. Algunos pacientes que consultan, me consultan y cuentan historias. Las que aquí desarrollaré no son las historias que ellos me han contado, ni la historia clínica, ni siquiera la dirección del tratamiento sino simplemente una historia donde se hizo visible la presencia de un goce.

El goce no puede ser sino escandaloso, cada cual le adosará un tipo de imprecación, una que se ha escuchado mucho es la que habla de su liviandad, de su “insoponible levedad” como lo define Milan Kundera. La liviandad hace referencia a su falta de peso, a su carencia de gravedad, a su falta de moralidad.

José está haciendo el amor con Gabriela, le pregunta si le gusta y ella se queda absor-ta, no sabe qué contestar, el goce que siente es tan “ligerito”. Él sigue pidiendo pa-



labras de amor y ella se las da, él se tranquiliza pero ella ahora se queda insatisfecha. No era sobre el amor que ella debía responder ante la pregunta por el gusto sino sobre el goce.

El amor es un asunto de gravedad, todos queremos estar enamorados, la sociedad toda resalta la importancia social del amor pero el goce es otra cosa. Por su peso “ligerito” no se lo puede hacer reposar en la palma de la mano y mostrarlo en un momento determinado, ni siquiera en el del mayor éxtasis; ella no pudo nombrarlo sin que se le escapase entre medio de los suspiros.

El goce además de liviano es escandaloso, insondable, enemigo de las tendencias que lo quieren generalizar como al amor, tiene algo sufriente y algo que nos descoloca en nuestro cuerpo y en nuestra actualidad.

Contaré acerca de tres pacientes: Marcela que sostenía las ganas de hacer nada cuando la obligaban a hacer lo que debía hacer; Mariana preocupada por el falo de su novio cuya disfunción lo era tanto como su panza de seis meses, José que se quejaba de que Gabriela se movía demasiado cuando hacían el amor y no lo dejaba acomodarse, no lo dejaba gozarla como objeto sexual.

Estos tres pacientes hablan de tres tipos de goces diferentes: el goce relacionado con la nada, el goce del falo y el goce del objeto. Tres tipos de goces que se agregan a los que hemos desarrollado durante nuestro paseo por la historia: el goce de la masturbación, el goce de la instancia de control (nivel del clítoris), el goce del otro sexo (nivel de la vagina).

2-1 La historia de Mariana y la fascinación del falo

Llega Mariana de 22 años y me habla de lo que había hecho gracias a un libro de 1974 que hablaba de las terapias sexuales.¹⁵ Me habla del pene del que había sido su pareja, Juan.

La escucho y pienso que en el siglo XX, el poder se ha identificado en su figurabilidad al falo pero con una característica: es un falo erecto, es un falo que no desfallece, siempre está “al palo”.

El falo erecto es la imagen del poder y no resulta raro entonces todo lo que ha realizado Mariana con su hombre para ayudarlo en esa tarea de lograr la firmeza de su pene que se mantenía flácido cuando era el momento de hacer el amor.

Mariana tenía una Biblia de tapa negra y crucifijo dorado, arriba estaba ubicado el libro de terapia sexual. Cuando llega al tratamiento está sola, sin Juan, también está embarazada y tiene el calefón descompuesto.

Surge la historia con su familia, el cambio de ciudad, el padre que aparece muy de vez en cuando. Ella porque es su hija se pregunta sobre su interés por ella. Hay que poner punto y seguido para hablar de la difícil relación con la madre y la manera en que ella quedó embarazada.

Es incomprensible por qué Mariana cambió su método anticonceptivo pasando de las pastillas al profiláctico. Es doblemente incomprensible; primero, porque lo que recomiendan desde las disciplinas científicas es preservativos en relaciones esporádicas y pastillas para relaciones estables y segundo, porque Mariana esperaba que Juan se pusiera profilácticos cuando tenía problemas de erección.

Cuando Mariana estuvo frente a ese falo disfuncional dejó de tomar las pastillas que venía tomando desde hacía dos años y fue el pene de él quien eligió no ponerse el profiláctico una tarde cuando parecían solucionados todos los problemas.

Lo que me parece es que Mariana no pensó en eso pues se empezó a ocupar y preocupar por los problemas que veía pasaban en

15. Kaplan, Helen, *La nueva terapia sexual*, Alianza, España, 1974.

ese pene que expulsaba sus líquidos con mucha ansiedad por momentos y por otros se mantenía imperturbable a lo que ambos decidían y aparentemente querían hacer.

En ese libro, en la mesita de luz, encontró que le proponían ejercitaciones para que llevara a cabo con su pareja y hasta miró con mucho cuidado los dibujitos que estaban allí expuestos. Hablaban de una mujer-esposa que debía ayudar a su hombre-marido a superar mediante ejercicios estos problemas que llamaban disfuncionales.

“Está bueno”, pensó Mariana. Lo mejor parecía estar en que la esposa debía ayudar, ser instrumento de la mejoría del otro. La tarea del marido era atravesar “una verdadera experiencia sexual” cuyos requisitos eran prestar la más mínima atención a su esposa quien le realizaba las operaciones en su pene. Debía prestar la mayor atención a su pene y a las células sensibles de esta parte de su cuerpo y cuando estuviera por explotar, había que detener el trabajo manual (u oral, aclaraban), aguantar y después de un rato volver a recomenzar.

Mariana había subrayado el libro con resaltador amarillo: “La esposa debe tomar el pene de su marido mientras lo estimula manualmente (u oralmente si lo prefiere) mientras tanto el hombre yace boca arriba y se le advierte que no preste atención a su esposa, porque la ansiedad y los conflictos provocados por una preocupación obsesiva por la compañera distraen con frecuencia al paciente de la verdadera experiencia sexual”.

Así comenzaron las ejercitaciones que estaban escritas en el libro. Con un éxito realmente muy pronunciado, ambos comenzaron a gozar. Mientras ella seguía la lectura del libro donde leía: “Que la gratificación inmediata de la esposa va a ser relativamente escasa y que el peso del tratamiento va a recaer en el marido”, realizaba los ejercicios viendo como el pene respondía a las ejercitaciones y ella se fascinaba con ese órgano y cómo lograba que le prestaran tanta atención y que de él se esperaran tantas cosas.

El falo y la vertiente clásica del *fascinus*, "...el *fascinus* es la palabra romana que significa falo. Hay una piedra donde está esculpido el *fascinus* tosco que el escultor ha rodeado con estas palabras: Aquí habita la felicidad".¹⁶

Y el *fascinus* aparece erecto. Si bien ha sido con los siglos pasible de una represión pues la erección era el toque animal, la parte que se resistía a la racionalidad cartesiana; en el siglo XX aparece una inversión: el poder aparece con su cualidad eréctil a pleno. El poder es quien la tiene más larga, en su máxima capacidad eréctil, es quien llega más lejos en la comparación entre unos y otros.

El poder del falo hace que hasta la esposa se comprometa con él y el falo del marido se convierte en el objeto que normativiza al deseo. Y ella misma se ubica como instrumento de ese deseo. Es incompresible pero ella goza de ese lugar a pesar de que le dicen que ella no obtendrá gratificaciones y que la verdadera experiencia sexual es la del marido con su falo. Ella estará incluida como instrumento del otro, instrumento a ser suprimido del pensamiento.

Mariana había llevado a cabo la terapia sexual sin tener terapeuta alguno, sólo a partir de la lectura del libro. Lo cuenta ahora en tratamiento, ese tratamiento sexual se lo había automedicado, acepta que estuvo mal, que no tendría que haber tomado el falo del otro en sus manos y ahora camina sola por la casa. No es que esa experiencia fuera determinante para que él decidiera irse, no se trata de decisión alguna de parte de él sino que algo del falo se empecinaba en no funcionar y eso a él le resultó inaguantable, insoportable, y no supo si por vergüenza o angustia se fue de su lado, y ella embarazada.

Al libro de la terapia sexual Mariana lo había puesto encima de la Biblia, de esa Biblia que su madre interpretaba dentro de una congregación llamada "Testigos de Jehová" quienes entre otras cuestiones pregonaban el pronto fin del mundo y veían en cada hecho de la realidad una confirmación de la desaparición del mundo para muchos y la llegada del mundo para unos pocos elegidos.

16. Quignard, Pascal, *El sexo y el espanto*, Cuadernos del Litoral, Córdoba, 2000.

Mariana se drogaba mirando televisión. Estaba mirando un programa de *reality show*, expectante pues estaban por echar a uno de los participantes que ella hubiera querido que gane, cuando en el corte ve un flash de noticias mostrando cómo casi toda la provincia de Buenos Aires estaba inundada y la zona había sido declarada en emergencia nacional. No llegó a pensar en la madre ni en lo razonable de sus interpretaciones apocalípticas porque recordó que ella había sido echada de esa congregación porque le cuestionaban no sólo su ansiedad sexual sino, sobre todo, que los hombres elegidos no fueran de la misma congregación. Mariana había quedado afuera, se había quedado al margen, no formaría parte del grupo de los elegidos.

Cuando se levantó para ir al baño, pensando algún nombre para su futuro hijo que esperaba fuera varón, abrió la canilla para ducharse y notó que el calefón no funcionaba, que se había descompuesto, ahí pensó que estaba sola para enfrentar su futuro. Se angustió y llamó para comenzar un tratamiento psicológico.



El arreglo del calefón se pregonaba como una tarea de hombres, una tarea con el afuera, con la válvula, con el gas. De la mujer se esperan las tareas con el adentro, la organización de los eventos diarios de alimentación y educación de los chicos. Y esto conduce a que hombres y mujeres no se crucen en la casa y solamente puestos uno al lado del otro para pasar la noche, toquen el cuerpo que tienen al lado.

La noche era el momento en que Mariana se angustiaba. Durante el día, iba y venía lo más bien, por eso se sorprendió al acordarse

de su falta de marido cuando descubrió que el calefón no prendía a la hora del agua caliente. Esto era un problema porque ella no podía sola, tenía poca plata, apenas le alcanzaba con lo que ganaba en una compañía de seguros de siniestros de automóviles y algo de plata que le daba la madre porque Juan estaba en la lona.

No es que a Mariana le molestara la cuestión moral de no tener un hombre en la cama, no se trataba del lado moral sino del lado funcional, del lado en que ella se debía arreglar sola.

Mariana hablaba del pene de Juan cuya fascinación causaba un desbalanceo entre un órgano genital y otro. La experiencia del pene se absolutiza, se aleja del portador, del que supuestamente lo lleva encima. Ahí, solamente ahí, podemos hablar del falo, ese órgano que se vuelve un significante como diría Jacques Lacan.

El goce del falo nos convierte a nosotros en instrumentos de su égida, en súbditos de su altar y a cambio pues de eso se trata el reinado –de un intercambio entre reyes y plebeyos– nos da cobijo, nos introduce en su “calentura”, nos deja integrar el equipo de los que aceptan las normas fálicas.

En esta historia pasan y nos pasan paradojas: uno de los órganos genitales se convierte en el único órgano y deja de pertenecer a un género, del pene adviene el falo y éste no es propiedad de un hombre sino del intercambio. Puesto en función muestra las características de su goce: normativizador, omnipresente y endiosado.

Todavía frente a la televisión, Mariana pasa programas un poco ansiosa por lo que va a venirle encima cuando nazca su hijo, hace *zapping*. A pesar de que le ruegan que no lo haga, que se quede con ellos, ella pasa de un canal a otro aunque algunos canales se repitan con mayor frecuencia: los programas de noticias y los programas infantiles. Mariana necesitaba noticias que le hicieran corroborar que su madre tenía razón, que el mundo estaba por desaparecer y que ella iba a estar en ese mundo desaparecido. También necesitaba ver programas infantiles para saber cantarle a sus hijos canciones de chicos y contarles los cuentos que su madre con tanta devoción e infinidad de detalles y emociones le contaba.

2-2 Marcela y la paradoja de la nada

Llega Marcela, una adolescente de 16 años, habla sobre su falta de ganas y dice una palabra que me llama la atención: “paja”.

Si la masturbación fue pensada como el modelo de la nocividad desde mediados del siglo XVIII, causa de las somatizaciones que hipotecaban el porvenir, si Freud contaba a principios del siglo XX cómo sus pacientes consideraban que las causas de sus patologías estaban motivadas en la masturbación, podemos afirmar que este tema permanece en el tiempo.

La masturbación tiene consecuencias y éstas no pueden sino aparecer en la actualidad. Por eso me llamó la atención esa palabra que se podía elevar a la categoría de significante cuya aparición frecuente en la clínica de los adolescentes habla de un tipo de goce paradójico, el goce de la nada. ¿Cómo explicar las ganas de hacer nada y al mismo tiempo las ganas de nada?

Para desear la nada se necesita un enorme esfuerzo, una actividad bien dirigida y audaz, en cambio, las ganas de hacer nada es la desmotivación, la comprobación del esfuerzo que no se va a realizar.

La “paja” es casi un estado anímico de la actualidad de los adolescentes quienes por un lado tienen pocas ganas de hacer algo pero por otro lado se empecinan en hacer nada frente a las imposiciones de los otros.

- 1 -

Marcela había repetido un año de secundaria en una escuela privada, al no poder continuar en esa escuela la cambian a otra y ahora no hacía nada y por supuesto le estaba yendo mal. ¿Iba a repetir nuevamente? Aunque parecía una segunda repetición, para Marcela no era lo mismo; la primera no se la esperaba, ésta, en cambio, era previsible porque decía no tener nada de ganas de estudiar. Esta “paja” hace referencia a la desmotivación, a las ganas de hacer nada.

Nos conocemos, recién nos conocemos y le digo que si quiere repetir va a repetir y que si la primera vez que había repetido para ella fue durísima, ésta que estaba viviendo, ya desde ahora, a mitad del año, se la estaba buscando.

Marcela coincide pero dice que no es lo mismo una y otra repetición. Antes lo había vivido pasivamente y ahora lo buscaba activamente. Antes era de una manera y ahora era distinto, antes no hablaba mucho, pasaba desapercibida; ahora desafiaba a todos los que intentaban decirle qué tenía que hacer. Y no le importaba perder.

Marcela había cambiado, antes podían mandarla, ahora ante el mandato decía: “No voy a hacer nada que me manden sin tener las ganas de hacerlo” y además quería que esas ganas nacieran de ella misma. Frente a la imposición, decía “nada” como la manera de responder a las imposiciones del otro.

Esta característica desafiante del goce de la nada es semejante a lo que plantean las anoréxicas frente a las imposiciones del otro, desean la nada como forma de sostener un espacio donde el deseo en algún momento pueda movilizarse.

Dos “nadas” que hablan por un lado de las ganas de nada y por otro de la falta de motivación para hacer algo que requiera un esfuerzo. Dos “nadas” que hablan de un goce que circunscribe su campo de acción en patologías aparentemente tan distintas como la depresión y la anorexia.

El goce de la nada desafía al poder mostrando las imposiciones del otro pero al mismo tiempo y ésta es su paradoja, la nada es incomprendible, va más allá del otro. No se puede comprender el deseo de nada, el sujeto se desafilia del deseo pues el deseo es de algo, el deseo de nada refiere al momento constitutivo cuando deseo y goce no estaban separados, ese punto radical donde el deseo de nada deja un lugar a la incertidumbre, a lo incierto para posibilitar el movimiento propio del deseo.

El significativo “paja” alude a la falta de ganas como un indicador de lo que estamos viviendo pero también al fondo de angustia donde la incertidumbre es causa del deseo.

2-3 Gabriela y la pasividad del objeto

—¿Te gustó?

—Decime... ¿te gustó? —ruega José, de 27 años, quien ha intentado llegar a lo más profundo de Gabriela. Ella, absorta, constata que en el fondo el goce es insondable, ¡y es tan liviano!

Él se sentía inseguro pues ella durante las relaciones sexuales se movía demasiado, él pensaba que era demasiado activa y que esa actividad “de más” lo perjudicaba para tener seguridad en sí mismo. Ahí le cambiaba la voz y comenzaba a hablar con diminutivos:

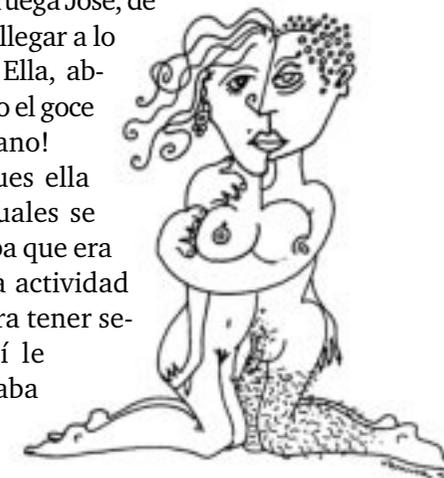
conchita, pitito, besitos, tetitas y le preguntaba a ella acerca de lo que había sentido.

Esos movimientos de más no lo dejaban acomodarse.

Su pregunta acerca de si le había gustado era para calmarse, para saber algo de su goce. Y ella absorta, con su goce insondable y sin poder decir palabra frente a eso tan liviano y por lo tanto tan movedizo, calló un segundo y dijo a renglón seguido que no era así como se hacía.

Él pensaba que se refería a hacer el amor y sentía que se iba achicando cada vez más y cada vez más le costaba sentirse con poder sexual para agarrarla de una manera segura y demostrarle que ella era de él y que la estaba penetrando de esa manera que no olvidaría. Pero no, en cambio, ese movimiento suyo, esa no pasividad de objeto, esa manera de demostrar que no estaba satisfecha con la forma en que él la tomaba y le hacía el amor, lo iba empequeñeciendo.

José se ponía a recordar a sus mujeres pasadas, todo había sido distinto. Por momentos cuando hacían el amor las había sentido desguarnecidas, en sus manos, entregadas como objetos que le



perteneían. Esas mujeres parecían aceptar por momentos, ser ese objeto y se adaptaban a lo que sus manos y su órgano genital realizaban.

José pensaba que ese entregarse al goce del otro iba acompañado de algo que llamaba pasividad, a un ordenamiento donde había un sujeto y un objeto, una relación disimétrica entre ambos y él en esas historias creía haber sido sujeto, pero ahora Gabriela...

Con Gabriela era distinto, los dos parecían buscar en el otro esa condición de objeto que los legalizara en el lugar de sujeto con movimientos propios. No podía asegurar que Gabriela buscara lo mismo que él pero ella no aceptaba ubicarse en el lugar de objeto y la supuesta pasividad para ser tomada en sus manos.

Gabriela, un par de veces, le había dicho que en el lugar donde él la quería ubicar, ella sentía un dolor, había un dolor para ella. Y que ella, como era muy temerosa del dolor, no se animaba a llegar allí por más que había oído que después de ese dolor venía un placer muy especial, ella no resistía.

No soportaba a José con su intento de tomarla de esa manera, no resistía que una mujer tuviera que ponerse como objeto en relación al goce del otro y se preguntaba sobre los derechos igualitarios de hombres y mujeres. Cuestionaba esa especie de obligación que compelia a una mujer a tener que ocupar el lugar de objeto y cuestionaba si no sería esa posición de objeto otra forma en que los hombres mantenían al género femenino, al sexo llamado débil, bajo la mano de una dominación.

- 1 -

Javier hablaba de sus movimientos cortados en seco por el movimiento de ella y ese movimiento me empezó a confundir a mí.

Gabriela planteaba que había un tipo de masoquismo que podríamos llamar femenino en el lugar del goce del objeto, un dolor propio de la posición del objeto femenino. Gabriela estaba hablando de uno de los temas que me condujeron a intentar escribir este libro: las preguntas y la incertidumbre acerca del masoquismo fe-

menino y su relación con el género femenino. Gabriela estaba hablando de eso. Ella, una mujer, sostenía que le producía rechazo dejarse atrapar en ese lugar "femenino".

Esto agregaba un nuevo elemento que no había percibido al comienzo cuando había distinguido la mujer que no existe del auditorio lleno de mujeres, lo singular del plural.

Gabriela ubica al masoquismo femenino en el camino del objeto que una mujer puede o no soportar. Una posición femenina que puede no ser soportada por una mujer. Si al comienzo distinguí el singular del plural, la mujer de las mujeres, ahora debía agregar otro elemento: una mujer. Allí donde esperaba que la cuestión del masoquismo femenino se explicara como el término de una implicación sobre el otro sexo y como una forma de dominación de lo más íntimo del otro, Gabriela abría un nuevo camino.

Este término abría una nueva búsqueda acerca de los caminos posibles de una mujer, también abría nuevos interrogantes: ¿Cómo surge una mujer para que pueda analogarse la posición masoquista del goce del objeto con la posición femenina? ¿Cuáles son los caminos que se abren a una mujer puesta frente a la actualidad de sus goces?

Era una nueva apertura del tema, un relanzarlo para otro lado, hacia otros textos, hacia otra escritura. Así nació el libro II que marca una ruptura con la primera parte, al mismo tiempo que mantiene una coherencia en los interrogantes acerca de la posición femenina, el género femenino y cómo cada una de las mujeres se enfrenta a esto.

Libro 2

INTRODUCCIÓN

Una mujer es un viaje, un viaje donde hay pasajes que pagar, perspectivas diferentes para mirar, muchos cuentos para pasar el rato, estaciones donde bajar y divertirse pero también detenciones, embotellamientos, miradas melancolizadas por lo que ha pasado, quemazones de ansiedad por todo el cuerpo frente a la incertidumbre, destrozos de caminos y caminantes y sobre todo hay caídas, muchas caídas.

Una mujer acontece en el mismo viaje, es un viaje particular pues no permite armar las valijas, pensar en lo que va a venir. No hay comienzo de viaje, ni alguien que diga: “empecemos”. Es como si de repente esta misma mañana, ahora mismo, están en casa y de pronto acontece una caída, al instante ya están metidos en una especie de embudo, un túnel desconcertante en el que caen, como le pasó a Alicia.

Ella estaba muy tranquila al lado de la hermana leyendo y apareció un conejito con ojos rojos. Al seguirlo y meterse en la madriguera, le empiezan a pasar cosas. Se encuentra con otras criaturas, tiene cambios en su propio cuerpo, su altura no se mantiene en identidad consigo misma –se agrandaba hasta tener cuello de jirafa, se achicaba hasta que sus hombros tocaban el suelo– y hasta se encuentra con una oruga que sabemos de buenas fuentes que era un psicoanalista, un viejo analista, que se encuentra con esa nena cambiante que lo pone a prueba, que quiere hacerle pasar papelones y le pide que la ayude con lo que le está pasando.

Alicia era una nena común y corriente a la



que un hombre que no era su padre le contaba cuentos. La invitaba a su casa, le preparaba el té y le contaba historias que la tenían a ella misma como protagonista. Ella escuchaba esas maravillosas aventuras y un día le ruega que las escriba para poder leerlas cuantas veces y en el momento que ella desee. El hombre duda pero acepta y de ese ruego nace el libro *Alicia en el País de las Maravillas*. El hombre tenía razones fundadas para dudar pues él era un reputado científico, un tratadista de lógica, un profesor de matemática. Él, Charles Dogson, ¿escribir un libro para chicos?

Finalmente lo escribe pero cambia su nombre, se pone un seudónimo: Lewis Carrol y por él es renombrado y llega hasta nosotros como autor de *Alicia*.

Este cuento fue una manera para mí de comprender los dos lados: un lado descriptible, lógico y el otro el que nacía a partir de un renombrarse. De un lado el nombre de ciencia, la necesidad de unir lo particular a lo universal como momentos de la verdad, del otro lado, el cambio de nombre, el ser otro del que uno es, el otro sexo.

La separación de dos lados irreconciliables e imposibles de yuxtaponer uno con otro no era la separación de géneros, esos dos lados diferían tanto como Charles Dogson y Lewis Carroll.

- 1 -

Alicia, cuando se detiene la caída, se pregunta sobre su identidad y como no sabe que quedó de ella, resuelve ir en su búsqueda.

En esta búsqueda, recordando el cuento se me aparece un recuerdo de cuando yo tenía la edad de Alicia. Este recuerdo fue clave. Si antes temía la inclusión de mi cuerpo y mi subjetividad entrelazado con las palabras, ahora me ayudaba a continuar el tema de la cuestión femenina.

Ahora ya no se trataba de marcar los discursos que hablaban del sexo, ni las críticas que llegaban cuestionando desde la insignificancia hasta la “paja” del tema sino que se trataba de cuentos que nos habían contado, de la reminiscencia de nuestro pasado.

Una nena anterior a una mujer escuchaba con mucha atención

lo que le contaban, cómo se lo contaban y qué inclusión tenía ella misma en la historia. Alicia trajo esa escena que me había ocurrido a su misma edad. Un recuerdo que me dejaba vislumbrar una caída, un golpearme la cabeza, las baldosas duras y la necesidad de ubicar la identidad en relación a una mujer.

Una tarde cuando andando en bicicleta, quedaron atorados mis pies en los pedales, mi cabeza cayó contra las duras baldosas. Al igual que Alicia, después de la caída me levanté y me pregunté por mi identidad. Como ella comencé a decir en voz alta las tablas de multiplicar, quizás pensé que mi identidad se encontraba encerrada en el manejo de esos conocimientos; pero también ocurrió otra cosa, además de las tablas de multiplicar y la repetición de mi nombre para ver si yo era yo, miré para el lado en que estaba una chica que me gustaba.

Después que aparece ese atisbo de recuerdo, se hace presente la imagen de esa chica alta, rubia, ojos claros, dulce, con la que habíamos estado hablando de distintos cuentos infantiles; además de Alicia, habíamos hablado de *Blancanieves*, *La Cenicienta*, de las brujas.

Algo de ese golpe en la cabeza, la búsqueda de la identidad, esa mirada hacia ella, sus ojos fascinados por lo que escuchaba, observé con sorpresa que esos cuentos que recordé después de levantarme de la caída, tenían como protagonistas a nenas. Y esto fue una clave, como una llave que me iba a servir para comprender no sólo lo que escuchaba de los pacientes sino para dar sentido a la separación en dos lados: el lado lógico y el otro lado, aquel atravesado por la duplicación que comenzaba, tanto con un renombrarse del autor, tanto con una nena que era objeto y protagonista de una historia.

La cuestión de la mujer, esa que tenía una rara existencia, no sería alcanzada intentando cernir una verdad objetiva del asunto sino describiendo esa duplicación, ese renombrarse y ese protagonismo al que es arrojada del lugar de quien escucha.

Dos lados: un nombre de ciencia que cuida su reputación y un nombre fabulado sostenido por el deseo de una nena. En ese lado, la nena también duplicada: la protagonista del cuento y la que

pide ser contada. Quizás el otro lado no sea más que eso, cantidades de duplicaciones que se entrelazan unas con otras y el deseo de comenzar a recorrer los caminos que se fueron abriendo.

- 2 -

Los viajes pueden ser “maravillosos” como el de Alicia pero también están esos otros viajes, que les ocurren a otras nenas, por ejemplo a *La Cenicienta*. Su viaje es bien distinto, el hombre que le tiene que contar historias, un hombre muy especial, su padre, no aparece, la deja en la peor posición pues está frente a una madre (madrastra) que no la ama y la goza convirtiéndola de hija a sirvienta.

También está *Blancanieves* que muestra un viaje donde su mirada está hipotecada en la pregunta al espejo sobre la máxima belleza y la ubicación de otra mujer, la más bella que atrapa su mirada. Por esta mirada en el espejo del sí mismo, una mujer se convierte en bruja: los ojos turbios, su aspecto descabellado y urdiendo alguna estrategia vengativa.

También está María, una paciente, más que una paciente, una mujer que se enferma durante el viaje. Ella no olvidará un episodio que le ocurrió y donde ubica el comienzo, la causa dice. Una noche cuando organizó una fiesta sorpresa para el novio y esperando que llegara, le agarró un miedo atroz. Fue hacia el baño, se empezó a mirar al espejo y lo que vio le espantó: una cara detrás de su cara, idebía ser suya! pero una cara deformada, “espantoso” dijo y desde ese momento su vida no fue igual. No tenía miedo a salir a la calle, a ser pisada por un automóvil pero sí tenía miedo a salir y que le volviera a pasar lo que esa vez le pasó y ahora sale con benzodiazepinas, ¡por las dudas!, se lo habían medicado. ¡Cualquier cosa antes de volver a sentir lo que había sentido en aquella ocasión!

Viajes diferentes, del maravilloso de Alicia al pesadillesco de María, de la pregunta por el goce materno de *La Cenicienta* a la pregunta por la otra mujer de *Blancanieves*. Todos viajes de nenas protagonistas, todos viajes donde aparece algún tipo de duplica-

ción: en la otra mujer, en la madre, en la propia cara deformada y en el deseo de alejarse de todo lo conocido.

La pregunta acerca de la mujer es el mismo viaje donde se va mostrando, en los caminos que se abren y en lo sentido de su recorrido, lo que marca nuestra identidad.

- 3 -

Alicia cuando sale del túnel desconcertante no sabe quién es después de la caída: “Estoy segura que no soy Ada, ella tiene bucles muy largos, y yo no los tengo. Estoy segura que no soy Mabel, porque yo sé muchas cosas y ella muy pocas... Además ella es ella y yo soy yo... ¡Ohh Dios! ¡Qué enredado es todo esto! Veré si me acuerdo de todo lo que sé: cuatro por cinco, doce; cuatro por seis, trece, cuatro por siete...”.¹⁷

Muchas veces, como Alicia, intentamos convertir la pregunta por la identidad de un saber a un conocimiento que podemos atesorar y hasta nos convencemos que podemos decir: “Soy esto”, “Seguro yo soy esto”, “Yo soy lo que he vivido y lo que he aprendido”.

La pregunta por la identidad no es una pregunta cualquiera y menos que menos, la pregunta por la identidad de una mujer. Esa pregunta más que pregunta es un problema. Una pregunta se supone que es enunciada para encontrar una respuesta y en esa respuesta está la misma resolución de la pregunta, lo cual pareciera lógico pero la pregunta por la identidad tiene otra “lógica resolutive”. Si una mujer está convencida y dice: “Soy esto” queda petrificada, inmovilizada en el acto. La respuesta en la consistencia del ser tiene el efecto de quemar, de pulverizar, de agotar la pregunta antes que resolverla y ahora sin la pregunta, la respuesta no habla de la identidad sino de su peso, de lo que tiene de gravedad.

Si la identidad fuera un conocimiento que se atesorara, Alicia luego de la caída, podría encontrarla en las tablas de multiplicar que le habían enseñado en la escuela. Pero allí encuentra sólo el

17. Carrol, Lewis, *Alicia en el país de las maravillas*, Pág. 7, Porrúa, España.

conocimiento, en cambio, el saber sobre el ser mujer lo encontrará en el viaje.

Me interesó el encuentro con una vieja oruga, un psicoanalista con pipa y conocedor de los hongos alucinógenos que le enseña un saber hacer con los cambios, también el encuentro con la reina que se la pasaba cortando cabezas cuando se enojaba e invitando a jugar al croquet ante la falta de jugadores por decapitación. Allí aprende Alicia sobre la dimensión política.

Ese pasaje del conocimiento al saber, de las tablas de multiplicar a la pregunta por el ser mujer, Alicia lo descubrirá durante su viaje, pues la respuesta está en el viaje mismo. Alicia intentará dar testimonio de ello y frente a un jurado sostendrá que hay leyes en la vida que no están escritas en ningún código de jurisprudencia.

Alicia sentada al lado de su hermana que estaba leyendo un libro que no tenía ni grabados ni diálogos, divisa de pronto un conejo de ojos rojizos que pasó cerca de ella apurado diciendo que llegaría tarde, comienza a seguirlo y se mete por la madriguera, en un pozo profundo. Ella se arroja allí, se arroja a ese agujero que no sabe dónde conducirá, sigue al conejo "... sin pensar ni un solo instante en cómo podría salir después de allí". Una nena se arroja allí, a un agujero sin medir las consecuencias.

El saber acerca de la mujer implica el viaje, la caída hacia un otro lado que desconocemos, un lado donde no estamos tan bien vestidos y cuyos riesgos son difíciles de evaluar. Un otro campo donde no hay un saber determinado, no hay premisas universales ni conclusiones terminantes. Dos campos bien distintos, uno apunta a la explicación mientras el otro es el "no todo", no todo lo que un ser humano hace, le hacen hacer o se pelea por hacer se puede poner bajo coordenadas simbólicas, bajo coordenadas universales y comprobables del conocimiento.

Pero ¿quién nos asegura que ese mandarnos al otro lado no sea una manera de arriesgarnos sin sentido, casi un suicidio? No hay garantías en ese otro lado que Jacques Lacan denominó el lado del "no todo", no hay garantías de que ese viaje sea maravilloso o pesadillesco pero cuando ese otro lado se abre, estamos ahí en

calidad de protagonistas, somos protagonistas de ese cuento que nos cuentan.

Nuestro viaje depende mucho del autor, de ese hombre que no está cómodo en su traje y se renombra ante el deseo de una nena fascinada por su voz y sus aventuras. El otro lado se abre por un deseo "infantil". El autor del libro *Alicia en el País de las Maravillas* estaba sumamente interesado en el tema de lo infantil, diferente de la preocupación freudiana. Y este hombre invitando a las nenas a tomar el té, inventando historias para ellas, logra que le demanden una historia que lo convierte en autor.

Freud también entra por lo infantil y hablando de la mujer dice que ante la pregunta por su esencia, por su ser, por su identidad hay que ir hacia su surgimiento. La mirada sobre esa génesis convierte a Freud también en autor que se renombra y que renombramos.

El otro lado se abre renombrándose, en la búsqueda del nombre más allá del "verdadero" del registro de natalidad, más allá de la verdad que aparece en un acta de nacimiento. En el otro campo se trata del cuento, de quien escucha y de quien cuenta. Lewis Carroll ya no es tratadista de lógica sino un escritor por encargo, un hombre que se renombra por el deseo de una nena amiga quien se crea un nuevo nombre y muestra que más allá de lo explicativo propio de las matemáticas y la lógicas, el otro lado es el viaje de Alicia donde después de la caída por el embudo de lo incierto, comienzan a pasarle cosas.

Alicia me hizo acordar a mi golpe de cabeza de niño y muchos años después me ayuda a comprender no solamente el concepto de masoquismo femenino de una manera novedosa sino a buscar mi identidad entre las baldosas de la vereda y en los ojos que busqué como referencia, a ella, a ver si me estaba mirando.

En este tiempo de viaje y escritura, se me abrieron tres caminos, hoy tan claros como la cara de esa chica que miré a ver si me había visto caer, tres caminos que poco a poco fueron renombrándose: un camino que conducía a la nada, a la necesidad de inventar el mismo camino que no existe, otro llevaba por el camino del objeto, que posibilitaba comprender de una manera original el concepto freu-

diano de masoquismo femenino. El otro camino conducía al falo, cuya mirada y turgencia me permitió comprender otro concepto freudiano, el de “envidia del pene” que hasta ese momento me resultaba difícil comprender y aceptar.

Tres caminos fueron apareciendo, que intentaré ir delineando centrándome en el eje que pasa por la cuestión del masoquismo femenino, pero sobre todo describiendo los zigzagueos de los diferentes lugares que fui atravesando desde aquella caída y la identidad desparramada en el retumbar de las baldosas en la cabeza.

CAPÍTULO 1

EL CUENTO DE LA MUJER

El cuento de la mujer implica una lucha política porque “qué es ser una mujer”, la pregunta, no es solamente una pregunta psicoanalítica sino que excede ese campo y tiene una raíz que hay que leer desde dos puntos de vista: uno histórico y otro actual.

A nivel histórico son las luchas que la mujer ha sostenido a lo largo de todos los tiempos, y sobre todo en nuestra Modernidad, donde la mujer aparece con una triple máscara. Por un lado la cara de madre preocupada por el porvenir de sus hijos, por otro lado aparece con la cara de objeto de deseo del hombre, de hombres y mujeres, es la cara de la histérica que causa el deseo de apoderamiento del otro. Una tercera cara: la bruja, con la mirada en lo que falta en el presente, pregona y predice el futuro, siendo el nuevo oráculo de la Modernidad, aun con ese aspecto descabellado en el límite de lo femenino, en el límite de lo humano.

A nivel histórico, la mujer en la Modernidad tuvo tres caras: la madre, la histérica, la bruja.

En el mundo actual las mujeres tienen un doble desafío. En este mundo donde la ley es la del más fuerte, la mujer, la considerada débil por excelencia, se enfrasca en la lucha por la igualdad de los derechos de género. Pero el mismo tiempo, una mujer lucha por otra política, no ceja en decir que otra política es posible.

Otra política frente a la actual política que gracias a la globalización de las teleimágenes nos permite ver a distintas mujeres vivir en distintos mundos: algunas deben ir tapadas de pies a cabeza sin dejar “afuera” ninguna parte de su cuerpo hasta el punto de llevar una “escafandra” llena de agujeritos para relacionarse

con ese afuera y poder caminar por la calle para volver rápido a la casa. Esas mujeres se contraponen a otras imágenes donde la mujer es sostén y cabeza del hogar, lleva adelante el desarrollo laboral y la crianza de los hijos.

Estas dos imágenes aparentemente contrapuestas, contradictorias, y lo son, tienen la característica común del preguntar, por un lado, acerca de la identidad femenina y, por el otro, acerca del poder de los hombres.

- 1 -

La cuestión del poder trastorna a los hombres. Un ejemplo es Macbeth cuando se da cuenta que ha quedado en el medio de un charco de sangre. No está ni en el comienzo ni ha llegado al otro lado, no puede ni avanzar ni retroceder. El poder lo ha trastornado, no puede escapar y todos a los que había desangrado volvían a ahogarlo. Ése era el sino de su destino hasta que su cuerpo es atravesado por la muerte.

El poder está en muchos lados, su característica multiplicadora y “metamorfoseadora” asume muchas formas, está en el susurro de su esposa, Lady Macbeth, que lo empuja a elevar sus deseos de poder a la categoría de actos instigándolo con la acusación de que un verdadero hombre es aquel que vence al miedo y arriba a la categoría del Hombre con mayúscula, aquél hombre que manda sobre sus deseos y esto indefectiblemente lo llevaría a la toma del poder. Este tipo de debate es muy de la Modernidad, recordemos los debates psicológicos y filosóficos que tenían un Raskolnikov de Dostoievsky y un Zaratustra de Nietzsche.

La cuestión del hombre con el poder es un interrogante en nuestra cultura occidental, dice Juan David Nasio que “...podría llamarlo el interrogante que angustia al hombre: ¿qué es lo que él hombre puede?”¹⁸

18. Nasio, Juan David, *Entrevista en revista Imago agenda N° 54*, Pág. 40, realizada por Emilia Cueto, Letra Viva, Buenos Aires, 2002.

“Lo que un hombre puede” trata del poder como significativo y como tal tiene varias líneas de significación: una remite a la conquista del poder y dominio del otro, otra refiere a la potencia-impotencia sexual, problemas disfuncionales que, por ejemplo, en el siglo XX se han intentado solucionar en forma farmacológica. Una tercera línea de significación refiere a las capacidades que tiene el hombre de hacer con su vida, con sus deseos y con el otro.

Las formas del poder le llegan al hombre en forma bulliciosa pero también en forma de susurro que le hiela la sangre, le pone piel de gallina frente a la convocatoria a la acción. Lady Macbeth es una teórica de la cuestión del poder y le hace llegar a su marido un susurro en la solapa, un mordisqueo que lo vuelve loco, le dice que teme que no esté a la altura de sus deseos de poder, le susurra: “...desde este momento creeré tan frágil tu amor. ¿Tienes miedo en ser el mismo en ánimos y en obras que en deseos?”

Ella agrega que cumpliría con ese deseo de poder aunque tuviera que arrojar a su recién nacido de cabeza contra las baldosas: “...he dado de mamar y sé lo grato que es amar al tierno ser que me lacta. Bien, pues en el instante en que sonriese ante mi rostro, le hubiera arrancado el pezón de mi pecho de entre sus encías sin hueso, y estrellándole el cráneo, de haberlo jurado, como vos lo jurasteis”.¹⁹

La *Lady* parece exagerar pues ni al comienzo ni al final tendrá hijos, uno de sus pesares más grandes que la llevarán a deambular como loca por el reino pero cuando le susurra a su marido no se detiene en las pequeñeces de la lactancia de una madre y su recién nacido sino en la declamación de que el poder es la igualación de los deseos con los actos y una voluntad de dominio que ubica a Hombres con mayúscula y hombres con minúscula.

Macbeth descubre ya tarde el engaño de este planteo que lo llevó a terminar en el medio de un baño de sangre y recuerda una frase que le dijo a su esposa que no la pudo llevar a la categoría de acto: “...me atrevo a lo que se atreve un hombre, quien se atreva a más no lo es”.²⁰

19. Shakespeare, William, *La tragedia de Macbeth*, Obras completas, Aguilar, España.

20. Ibid.

El hombre, casi con desesperación, comprende límites en su condición humana, si no hubiera una distancia, una hiancia entre deseos y actos, el poder se desprendería del hombre y lo dejaría hecho un despojo, desalmado, ahogado en sangre.

El hombre tomado por el poder pierde el alma y en este camino una mujer puede instigar con susurros escalofriantes de erotismo y convocatorio al acto.

Este es el personaje que nos faltaba además de *Blancanieves*, *La Cenicienta*, María y Alicia. Además de la caras de la mujer en la Modernidad: la madre, la histérica, la bruja, agreguemos la cara de la desalmada.

Lady Macbeth nos susurra un erotismo ligado al poder, la seducción, la muerte. Lo desalmado desde la cara de una mujer agrega a la cuestión política, además de la lucha por la igualdad de derechos y la lucha por otra política posible, una mirada que reniega de la diferencia entre los deseos y los actos, una apuesta a la renegación de la ética del poder.

- 2 -

El tema de la mujer lleva a introducciones, a un tiempo previo o de calentamiento antes de decir la palabra a “boca de jarro”. Esto es propio de un objeto de estudio que conlleva infinidad de imprecaciones, críticas, discursos, obsesiones, ansiedades. El tema de la mujer conduce a hablar de lo turgente, lo obsceno, lo ligerito, lo masoquista, lo difícil de comprender pero también de la rutina, lo diario, lo que está ahí y nadie se ocupa.

El tema de la mujer separa a las mujeres de la mujer y a éstas de una mujer.

Una mujer nos tira de nuestro traje para que, con insistencia frenética y angustiante, miremos nuestra actualidad de un terrible sufrimiento e injusticia y falta de proyecto. Es la consecuencia de lo desalmado del poder que se ha entretenido en la peor distribución que podemos imaginar, que nos lleva a elevar una enorme

queja de agravio a la justicia como valor de consenso entre gentes todas nacidas de mujer.

Una mujer nos abre al mundo, una mujer nos deja ver nuestro temor en la vida y nuestro temor a la muerte.

Las introducciones son el intento siempre reiterado del hombre de buscar garantías. Pero del otro lado no las hay: aparece tanto un delirio como la mayor verdad, tanto el miedo nos asalta como nos animamos a llegar a las osadías más grandes. Todo a destiempo: cuando pensamos que vamos saltando libremente los rascacielos aparece un miedo atroz a andar por entre los dibujos de las baldosas.

Así como en su viaje, Alicia no deja de cambiar, en lo que continúa iremos hacia lo que Freud denominó como la psicología de las profundidades y tampoco nosotros dejaremos de cambiar.

La continuación del viaje hacia la psicología abisal nos llevará a hablar del falo; fue Freud quien estudió y descubrió que en un momento de la vida, en un momento fundamental de la vida, existe un pene adherido a una creencia del sujeto sobre sí mismo, a una premisa descabellada: la premisa universal del falo.

Freud habla de esta premisa universal del falo tanto para neños como para neñas y estudia lo que le pasa al falo en las mujeres. En 1933 a sus 77 años, habla en la conferencia sobre la mujer “La feminidad” de que las mujeres, además de tener dos tareas “en más” con respecto al hombre –cambio de zona erógena rectora y cambio en el objeto de elección sexual–, atraviesan una ruina, justamente del goce fálico unido al objeto pene. Ese pene ahora cobra una existencia que llamamos falo con un poder multiplicador y una extraña pregnancy pues toma a quien lo quiere tomar



1-1 De la oruga con pipa a la identidad de Alicia

La política se mete en lo más íntimo del otro y hay un sexo con el que se han metido más, ha sido mayormente silenciado, cuestionado, reprimido, moralizado, imprecado. Todos esos mecanismos constituyen el verdadero motor de una dominación realizada a lo largo de la historia y de la cual nuestra actualidad es su continuación.

La Modernidad ha tomado nota de los continuos cambios de una mujer y ha intentando hallar el punto del dominio en su mismo centro donde se albergaría la clave del volátil capricho femenino. El anatomista encuentra ese botón que, al hacerlo funcionar, detiene ese loco cambio de la mujer que no se mantiene igual a sí misma. Pero ese botón además de encontrarlo en lo más recóndito de la mujer hay que hallarlo una a una, lo cual obstaculiza el éxito, pues si la mujer tiene cambios indominales, un carácter indócil, es probable una gran cantidad de fracasos.

La mujer tiene cambios en su propio cuerpo, en sus zonas erógenas y también tiene cambios en sus elecciones de objeto amoroso. En la temprana niñez Freud constató un pasaje de una relación turbulenta con la madre hacia una “postura de descanso” en la relación con el padre.

Alicia sale del embudo, sus cambios son indominales, llega a una habitación de la cual no tiene forma de salir y todo se le complica pues cambia de tamaño demasiado rápidamente. La puerta de salida era muy pequeña y estaba cerrada pero la llave que necesitaba para abrirla estaba muy alta y ella no dejaba de cambiar, tenía cuello de jirafa y al minuto siguiente su hombro le rozaba el piso. Siempre el tamaño inadecuado para tomar la llave, abrir la puerta y pasar a la otra habitación.

La mujer representa el cambio, pero un cambio que no permite planificarlo con objetivos anticipados y claramente expuestos. No se sabe bien para dónde se perfilan.

Agreguemos, para complicar, que hablar de cambio es también una dificultad pues hay tantas clases de cambios que finalmente hablar de una mujer y el cambio no clarifica nada sino que hasta oscurece.

Tantas personas hablan de cambios. Por ejemplo, ese hombre que sostiene de su mujer que hay que agarrarse cuando ella está en esos “períodos” tan raros que tiene una vez por mes, o aquel científico que explica los cambios hormonales que la mujer sufre cuando está con la menstruación. ¡Tantas personas cruzan la palabra mujer con la palabra cambio! Hasta una mujer dice no entenderse a ella misma, por su inestabilidad y continuos cambios de ánimos. No deja de transformarse, cambiar lo que suele ser, volverse inestable a su propia forma.

Muchas veces se llama la atención sobre la relación de la mujer con el narcisismo, pareciera ser un dato verificable en la empiria pero se trata de ese narcisismo que no se sostiene igual a sí mismo sino de un narcisismo cambiante. Una mujer a la mañana se levanta y se ve la mujer más linda del mundo y a la tarde descubre un gesto que la ha convertido en bruja.

Alicia está indomitable y en su camino se encuentra con una oruga que fuma pipa arriba de un hongo gigante. Alicia, desquiciada, se queja de esos cambios que no paran ni un minuto, ni un instante igual a sí misma, y necesita hablar de eso. La oruga, que si bien lleva nombre femenino es de sexo masculino, la escucha. Esta oruga nos recuerda tanto al autor de Alicia que cambia su nombre de Dogson a Carroll como a Freud a sus 77 años escribiendo el texto “La feminidad” pues la oruga es un viejo psicoanalista y se renombra poniéndose apodo femenino que no sería tanto una posición “travestida” sino un “transformismo”.

Esta chiquilina irrespetuosa se encuentra con un viejo transformista y lo pone a prueba, lo carga y éste le dice que le va a pegar una patada en el culo pero además la ayuda para que deje de cambiar continuamente, le dona un saber hacer con sus cambios.

Vamos al texto.

La oruga ve a Alicia y le pregunta:

—¿Quién eres tú?

—Este... yo... yo... no estoy muy segura en este momento de quien soy, señor, —ella responde no muy segura.

Hay algo de los cambios de la mujer que no pueden ser explicados, Alicia no sabe como explicar esto que le está pasando:

—¿Qué quiere decir con eso? —le dice la oruga.

—Temo no poder explicarme mejor. Habiendo tenido tantas estaturas durante el día, todo se torna muy confuso —dice Alicia quien no cesa en su intento de explicación.

—No veo porqué —le contesta la oruga.

—Comprendo, dice Alicia, que no le parezca así por ahora, pero cuando usted se convierta en crisálida, lo que forzosamente tiene que ocurrirle un día u otro, y luego en mariposa, creo que también se sentirá algo desconcertado, ¿verdad?

Y la oruga le contesta:

—A ti te pasó eso.

La oruga no le da concesiones, no se apresura a comprender. Parece que Alicia no fue a buen puerto para buscar comprensión; esa oruga que nombramos como analista no tiene como propósito comprender, ubicar a un individuo dentro de un grupo y decir “a todas las mujeres les pasa lo mismo”. Tampoco busca ejemplos vividos en su pasado, parte de su experiencia de hombre con años, no dice: —Yo tenía un caso que le paso esto y esto... —La oruga no generaliza, no modeliza los actos del otro, realza el plano singular al decir a ti te pasó esto.

Alicia duda que ese hombre orugado y viejo pueda ayudarla y lo pone a prueba, pone a prueba al analista y le dice “no puedo recordar ciertas cosas”, la oruga fumando le pregunta qué no puede recordar y Alicia dice que no le salen las palabras de un texto llamado “La abejita”, la oruga le hacer venir a la conciencia, las primeras palabras:

—Eres viejo, padre...

La oruga le dice como sigue: “Eres viejo y te empeñas en dar saltos mortales al entrar... eres viejo, te blanquea el mostacho pero por sobre la cabeza te paras a cada instante, pregunto: ¿a tu edad esto es interesante? Eres viejo, apenas dientes te quedan pero puesto a comer un pato embaulas, eres viejo, casi no ves, pero una anguila mantienes en vilo en la punta de la nariz...”.

La oruga al terminar, mirándola a los ojos, le dice que no se

pase de lista, que siga su camino o que le va a dar un puntapié. Alicia lo comienza a mirar de otra manera, por primera vez ha percibido que tras esos bigotes y esa pipa hay un hombre que está cómodo en su traje, bien plantado, mira para lugares que ella no ve. Entonces le cuenta nuevamente lo desconcertante de su identidad y de su tamaño, comienzan a hablar de todo lo que ha pasado. La oruga antes de levantarse y dejarla sola le pregunta qué tamaño le gustaría tener. Alicia no lo había pensado, ya perdiéndose la oruga le dice que tome un pedazo de hongo, le advierte que si come de un lado del hongo crecerá y si come un pedazo del otro lado, disminuirá su tamaño. Se va.

La oruga porque es analista no explica lo que le pasa a Alicia por la teoría metapsicológica o por la experiencia que tiene de años sino que le aporta un saber hacer con respecto a esos cambios.

La oruga le enseña, no con recursos pedagógicos, acerca de las características alucinógenas de la condición femenina en cuanto a su surgimiento: si toma un pedazo de hongo del lado derecho va a crecer y si toma del lado contrario va a decrecer. El hombre con nombre de mujer y Alicia se separan pero no es un encuentro sin consecuencias.

El encuentro entre Alicia y la oruga abre una dimensión distinta a la política del meterse en lo más íntimo del otro para controlarlo. Alicia duda del otro, ¿qué puede saber un viejo de una nena?

La oruga pelea con Alicia, construye con palabras a medio decir la posibilidad de que esa nena lo escuche y después de decirle que le va a pegar una patada en el culo si continúa dudando de que un viejo pueda saber acerca de una nena, le enseña un saber hacer con su tamaño.

Esa oruga es un “viejo”, palabra necesaria de elevar a la condición significativa pues sus líneas de significaciones nos llevan no solamente a las cuestiones de edad, a la cercanía con la muerte



Figura 4

sino que remite al padre. También viejo remite a algo que no es actual, que se quedó en el tiempo, que tiene otro tiempo diferente al tiempo actual.

La oruga es un viejo analista que se interesa por los dichos, aventuras, patologías y sexualidades de una nena y ubica, como Freud, el enigma de una mujer en esos cambios de una nena que se mete por el agujero de lo desconocido, planteando otra lógica a la explicación científica, diferente a la unión de lo particular con lo general, otra lógica centrada en lo singular

1-2 El cuento de *La Cenicienta*, una historia turbulenta entre madre e hija

Un analista se encuentra con una nena pero ¿qué pasaría si un analista se hubiera encontrado con una vieja que se comporta como una nena? ¡Cuántas turbulentas historias tendría para contarle de cambios sin detención ni final!

Me gustaría contarles una historia que me ocurrió cuando trabajaba, años atrás, en un hospital público y abrí la puerta para una primera entrevista a una paciente. Era un joven analista y la paciente que entró al consultorio era la Cenicienta a los 60 años. No era la primera vez que me pasaba una cosa así, por eso no me sorprendió tanto; un tiempo antes de conocerla a Cenicienta, había caído a la guardia externa del hospital una bruja y nos habíamos visto durante un año y medio sin dejar de hablar, durante todo ese tiempo, del tema del destino y de ahí había salido el libro *¿Dónde fueron a parar las escobas voladoras de las brujas?*

¿De qué podríamos hablar con Cenicienta? Aunque, por supuesto, éste no era su “verdadero nombre”, su verdadero nombre era Cristina.

Hablábamos a sus 60 años; ya vieja, de que el príncipe azul había sido un fiasco, que el zapatito iese fetiche! aún calzando en su pie no correspondía a su pie.

Una gran queja para con el príncipe azul, a pesar de haberse casado con él, no era quien decía. Era un impostor que se llamaba Tomás, un hombre alcohólico, un borracho con el que había sido inmensamente infeliz durante 30 años de matrimonio ¡durante más de 30 años! y ahora, encima se había muerto y venía Cristina a hablar a Salud Mental del recientemente muerto, del duelo a realizar.

De eso hablábamos con Cristina y también de la relación de estrago que puede haber entre una madre y una hija, en este caso la madrastra, su madre al fin y al cabo, tomando en cuenta que su



madre biológica había muerto cuando ella era muy chiquita y aún no recordaba.

Leyendo el texto freudiano “La feminidad” encontré una frase que se refería a la importancia del goce materno para una mujer: “... llegamos a la convicción de que no es posible comprender a la mujer si no se tiene en cuenta esta fase de vinculación a la madre anterior al complejo de edipo”.²¹ En ese texto, Freud ubicaba, para la mujer, dos tareas en más, no equiparables en el hombre: el pasaje de una zona erógena a otra y un viraje de la turbulencia con ese goce materno hacia una postura de descanso con la llegada a puerto paterno.

Muchos indicadores, además de los clínicos, ubicaban la relación madre-hija como una zona de turbulencia y la posibilidad de estrago si ese pasaje al “puerto paterno” como postura de descanso, como iniciador del edipo, no se realizaba. Es lo que había pasado con Cenicienta: la relación madre-hija había sido una zona de turbulencia y no había llegado al “puerto paterno”, no había recibido esa protección y esa ayuda para salir del peor lugar en el que una mujer puede estar.

Cristina decía que había pasado el tiempo pero aún así la ira por la madrastra continuaba. De ella había recibido todo el maltrato posible de ser hecho en la tierra, la injusticia más grande: el no ser querida como hija, el haber sido dejada para las tareas menores, menos requeridas, que implicaban pasar de hija a sirvienta. Encima, las hermanastras, las malditas que tenían todo el derecho, hijas queridas de la madre, la gozaban.

- 1 -

Resultaba difícil hablar con Cristina pues su capacidad de retención y memoria eran casi nulas. No recordaba nada salvo las escenas de martirio que había vivido primero con su madrastra y luego con Tomás. Tenía una gran dificultad para retener alguna

21. Freud, Sigmund: *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. Conferencia XXXIII: La feminidad*, Obras completas, Amorrortu, Buenos Aires.

palabra, gesto, señal que le pudiera dar. Esto le confirmaba todo el tiempo lo que pensaba de ella misma: que era tonta. Además de no lograr que la paciente recordara, no ya que comprendiera, en varias ocasiones Cristina llegaba a horarios imprevistos, con ataques de llanto tan tremendos que debía ser acompañada al Servicio de Salud Mental. Lloraba y lloraba y parecía, en vez de una mujer de 60 años, una nena de 6 con un ataque de llanto incontrolable.

Cristina me permitió pensar en el camino del masoquismo femenino y en ese camino surgió la pregunta por la soportabilidad del sufrimiento: ¿Cuánto sufrimiento puede soportar un ser humano? ¿De cuánto sufrimiento podemos ser objeto?

Un día de esos en que llegó así, tirada, sin poder más, dijo aquella frase. Venía sostenida de uno de sus hijos, anegada en las lágrimas de su llanto. Cristina, farfullando sus infinitos martirios, dice su verdad más acongojadora: “Madre, ¿por qué me has abandonado?”

Frase que explica su nombre, Cristina es el nombre femenino de Cristiano derivado del nombre de Cristo, si éste eleva su voz en reclamo del abandono paterno, Cristina la levanta en reclamo del abandono materno.

Su martirio es “en más” que el martirio de Cristo porque al abandono paterno agrega el abandono materno.

Su padre no aparece ¿quién habla del padre de Cenicienta? Su padre no había sido ningún puerto de descanso y entonces ¿no es dejada en las aguas turbias de la relación con la madre, una relación que la anega, una relación de estrago como lo dice Lacan?

Cristina se agarra de las vestiduras del padre y las vestiduras caen. Ese padre es un hombre con minúscula, un hombre débil, un hombre que no soporta las urgencias que le vienen de adentro. Luego de la muerte de su madre, su padre se casa nuevamente, como la madre de Hamlet, con urgencia, sin mediar duelo alguno. Este padre es un hombre con minúscula, piensa Cristina, porque no resiste los embates de las pulsiones sexuales y necesita garantizarse una mujer en la casa.

Muchas veces escuchamos la frase: “Hay hombres que no pueden estar sin mujer” y ahí aparece la madrastra, pero no solamente ella sino el duelo apresurado del padre que sin mediar demasiado

trámite se vuelve a casar y a rehacer su vida como si su madre no hubiera muerto y como si ella, la Cenicienta del cuento, no hubiera perdido algo de los derechos “naturales” del amor.

Algunos hombres son débiles frente a la acechanza de las urgencias sexuales y las necesidades de protección de madre. Frente a esto, a lo minúsculo del hombre, aparece otro padre; un padre que no es de carne y hueso, un padre que hace al deseo, un padre con mayúscula: Dios.

Cristina se encomienda a Dios para que ponga justicia en el mundo y compense sus enormes sufrimientos en vida. Así, Cristina hablaba de un padre impotente frente a las pulsiones sexuales y un Padre causa de las pulsiones sexuales pero no tocado por esas urgencias de descarga.

El padre se duplica, un padre impotente frente a sus deseos sexuales y el otro Padre inmunizado contra los deseos sexuales. Todo hombre que se le acerque es sospechable/sospechoso de ser débil en la cuestión de la abstinencia sexual y frente a cada nuevo

hombre impotente está Dios, el incomparable, el único, ante quien no hay cuestionamiento alguno, absolutamente idealizado.



En última instancia, el sufrimiento de estar en la vida, aquello que viene de las relaciones con los otros y los cambios que vienen del propio cuerpo son las tres fuentes de displacer que existen y cuya resolución construyen, lo que podemos llamar felicidad, o pesar. Cualquier respuesta, sea cual fuera, compromete el porvenir. Si con Alicia nos enfrentamos al azar de la caída por el embudo, con Cenicienta aparece la posición creyente que no la deja seguir el camino pues la retiene en una posición de “infantilismo psíquico” que no la deja seguir aprendiendo en el viaje.

Freud en *El malestar en la cultura* escribía: “La técnica de la religión consiste en reducir el valor de la vida y la intimidación de la inteligencia. A este precio, imponiendo por la fuerza al hombre

a la fijación a un infantilismo psíquico lo hace participar de un delirio colectivo y de esta manera la religión logra evitar a muchos seres la caída en la neurosis”.

¡Cuántas veces nos preguntamos acerca de la relación entre neurosis y religión! Esta relación aparece en el camino del objeto: el goce religioso constituye una detención del aprendizaje en la continuación del viaje.

Freud remarca que la neurosis es la religión particular de cada uno, una posición creyente frente al Otro. Por el camino del objeto aparece la pregunta por la soportabilidad del sufrimiento, la relación de estrago de una madre y una nena y el goce religioso. Tres elementos que enmarcaran toda elección de objeto, la posición neurótica de cada uno en la vida.

- 2 -

Con la pregunta por la soportabilidad del sufrimiento, la detención en el infantilismo psíquico y la relación de estrago en las primeras relaciones tempranas podemos comprender la cuestión del masoquismo femenino. Agregamos que son estos elementos los que sostienen el fantasma como escena singular de cada uno que muestra una letra masoquista donde un sujeto se corresponde a un objeto deseado y gozado por el Otro.

Si la turbulencia en la relación madre-hija no llega a buen puerto, la nena queda anegada en llanto. Alicia casi termina ahogada en el lago de sus lágrimas pero después descubre nuevos amigos. A la Cenicienta siempre le ocurre lo peor, el único puerto al que puede llegar es al gran Padre por el sostén del goce de la religión, cuyo goce la deja en un infantilismo psíquico, en una intimidación de la inteligencia que aparece evidente cuando llega sostenida a tirar su cuerpo en la silla, a hablar de los inconmensurables sufrimientos que está soportando y a decirme que no puede recordar nada de lo que le estoy diciendo. En última instancia, a dejarme impotente viendo cómo no la puedo ayudar.

Se creen las peores pacientes, nos preguntan cómo las resisti-

mos, parecen no querer moverse de donde están, es como si disfrutarán de que una y otra vez las olas las dejen anegadas.

La Cenicienta, además de ser un cuento de las turbulencias madre-hija nos ilustra el camino del objeto, camino que es sin duda el de la no correspondencia. El sujeto no se corresponde con su objeto pero los hombres no abandonan el intento de que ése y sólo ese zapatito calce en el pie que le corresponde. *La Cenicienta* espera al príncipe azul que le haga corresponder el zapatito en su pie y ahí estriba el amor. Pero antes de que llegue el príncipe azul *La Cenicienta* sufre y después, cuando el príncipe azul resulta ser Tomás, sufre también.

Si no hay zapatito que corresponda a su pie y sólo a su pie, ella espera y desespera mientras observa cómo el príncipe azul no acude a la cita, ella debe sufrir como nadie a sufrido, eso la convierte en única; ella y sólo ella con todo el sufrimiento del mundo.

Mientras espera sufre, el sufrimiento tiene un rasgo religioso, le acerca la invocación al Padre y al hijo.

A pesar de que el zapatito corresponde a su pie, ella observa que no era como se lo había imaginado, no todo era perfecto. ¿El príncipe azul había sido un fiasco? Ella quería mantenerse como una nena. Tal vez se había equivocado de príncipe y viniera otro.

Cristina en el libro de los nombres significa “la doncella que sigue a Jesús”, nombre que remite a una misión: por medio del sufrimiento debe mantenerse “absolutamente” virgen, sin dejarse penetrar por cosa alguna ni por saber alguno.

Cuando Tomás la quería tomar sexualmente, la quería “penetrar”, ella se ponía como loca y comenzaban grandes peleas que no terminaban nunca. Cuando el analista la quería “penetrar” con algún señalamiento, intervención, interpretación o palabra, ella se mantenía impoluta y sólo repetía una injusticia que ya había pasado pero seguía presente.

El malestar de Cristina la llevaba a llorar como una Magdalena, nombre que me interesó pues es un renombre femenino que muchas mujeres han utilizado desde la Edad Media para hablar de los sufrimientos que no tienen fin. En ese sufrimiento también hay una misión religiosa.

Magdalena nos permitirá sostener dos hipótesis con respecto al masoquismo femenino. Una diferenciará el masoquismo de las mujeres del masoquismo de una mujer. Una mujer toma el camino del objeto, éste la llevará a atravesar el llamado masoquismo femenino, la posibilidad es que se quede estancada en esa posición de sufrimiento que no tiene fin o que, atravesándolo, arribe a un tipo de goce que Lacan llamó el de las místicas. No es igual poner el cuerpo como objeto a ser gozado por Otro o poner el cuerpo para ser instrumento del deseo del Otro. Esta diferencia, que también es básica para comprender al erotismo y la condición del objeto femenino, demuele la posibilidad de afirmar que el masoquismo femenino es propio de toda mujer.

1-3 Magdalena, una mujer que sufre

Cristina un día llora sin parar y habla de ella como Magdalena.

—¿Quién es Magdalena? —le pregunto.

—La que llora, la que sufre y de esa manera se arrepiente de sus pecados.

Apareció Magdalena, un personaje que está dentro del imaginario humano desde la Edad Media, desde hacía siglos y siglos es una de las caras reconocibles y reconocidas de la mujer, apetecible para la identificación popular, una de las caras más terrenales de la mujer.

En la Edad Media, la mujer tenía tres caras bien distintas para el reconocimiento: una figura era Eva, la diabólica. La mujer que habiendo nacido como segunda, de la costilla del hombre, de una parte de éste, por medio de la lengua, mediante palabras y su cuerpo logra corromper la naturaleza “virgen” del hombre y lo lleva a la tentación de la carne. Eva es la representante de la malignidad y la maldición del género.

Otra figura era María, entronizada por el culto Mariano —el masculino de María—, se la representó como una mujer divina que había tenido un hijo sin contacto sexual alguno. La mujer virgen, mujer única, excepción que demarcaba el campo entre unas y otras, entre las mujeres-madres y las no-madres y sobre todo, las vírgenes y las otras, ya no vírgenes. María causaba la separación de campos dentro del género femenino pero al mismo tiempo representaba la posibilidad de conciliación entre la maternidad y la virginidad y esto se producía además “fuera de sexo”.

María representaba, como el padre del “Tótem y Tabú” freudiano, una figura especial. Creando el campo femenino, en tanto ninguna mujer puede ser como María, queda el campo de la mujer como vacío y ocupado sólo con esa mujer. No han llegado aún noticias de ningún banquete totémico con respecto a esa mujer tan pura, intocada, benefactora y tierna de la humanidad. María está ahí, en tantas mujeres, en tantos nombres, en tantas veces que se repite que la maternidad y el momento iniciático sexual cobran un lugar fundamental en el destino de una mujer.

La tercer figura es Magdalena, la más terrenal pues no habla de todo el género, como Eva y “la maldición de la mujer” ni es la única como María. Magdalena ha pecado y como pecadora se arrepiente, sufre por ello y recibiendo el castigo que le corresponde llega a los mismos pies divinos y desde ahí puede ser tomada como instrumento divino.

Magdalena es llevada a un duro trabajo de contabilización de lo realizado, de lo hecho y a la necesidad de ponerlo en relación con un código de valoraciones morales, a un libro de faltas, pérdidas, arrepentimientos y castigos, una voz que dice cuánto ha errado y cómo será la medida de su sufrimiento para el objetivo posible de la redención.

Ya hemos hablado de la Edad Media y el amor cortés que necesitaba de una mujer inaccesible, ¿qué mejor que María, la mujer inaccesible y al mismo tiempo dueña de una bondad maternal divina? También hablamos de la lujuria, con mujeres como Eva cuyas almas estaban totalmente perdidas para la compañía divina y ahora, aparece Magdalena, la mujer creyente, quien se obsesiona con la palabra del Otro, cree en el Padre, cree en su presencia y cree que poniéndose en una posición de objeto de su deseo podrá alcanzar la soñada pureza, lo absoluto, la felicidad.

Pero en la búsqueda de esa posición se encuentra en una paradoja, puede ocupar el lugar de objeto del goce del Otro cuya presencia es sentida con los mayores sufrimientos, pero también el lugar de instrumento del deseo del Otro y esto no conlleva sufrimiento alguno sino el posicionamiento que muestran, por ejemplo, las místicas.

Esta es una las críticas fundamentales que deberían evitarnos confundir el masoquismo femenino con la posición de las mujeres en tanto adheridas a un sufrimiento de género.

Las místicas, las que llegan a ubicar su cuerpo como instrumento de la voz del Otro, experimentan una sensación máxima de plenitud, bien lejos de un valor sufriente, aunque en el camino hayan encontrado enormes sufrimientos y penurias.

Mediante el sufrimiento, el castigo y el arrepentimiento, Magdalena llega a la entrada de los cielos, conoce la entrada pues es su portera, sabe lo que pasa ahí, es la primera que recibe, escucha y transmite el anuncio de la resurrección. Es instrumento de los anuncios de lo divino.

Magdalena no deja de ser problemática para su tiempo y para nuestro tiempo pues es “cabeza dura”. Su cara, nacida en la Edad Media, momento histórico donde el discurso que se escuchaba era un discurso clerical, un discurso de hombres, que llegaban a decir que a las mujeres no había que enseñarles a escribir ni a hablar, para que sólo su silencio permita la seguridad de no pervertir al hombre con sus maneras elocuentes. En esta discursividad del hombre que mandaba al silencio el imaginario femenino, Magdalena nacía tomando la voz, aunque arrepintiéndose del pecado de ser, era, nada más y nada menos, instrumento de los anuncios divinos.

En comparación a Eva y a María, Magdalena era una mujer terrenal. Había pecado pero con genuino arrepentimiento llegaba hasta los mismos lugares donde podía escuchar los anuncios divinos. Con esta posición, la de instrumento divino, la mujer que no tenía voz para la Edad Media comenzaba a hablar. Al discurso clerical no le gustó mucho esta forma de enunciación a pesar de lo que hoy podría pensarse.

La mujer por el camino del objeto, por ese que podría llamarse del masoquismo femenino, iba más allá del sufrimiento y se apropiaba de una voz muy particular, una voz que no era la de ella, que atravesaba su cuerpo pasando a ser un instrumento atravesado por la voz divina.

Lacan criticaba el concepto de masoquismo femenino pues decía que dejaba afuera la experiencia de las místicas. Freud al poner el nombre de masoquismo femenino no ubicó esta diferenciación entre ser objeto del deseo del Otro y ser instrumento. Para ello es necesario destejer y renombrar el concepto de masoquismo femenino pues no es propio de toda mujer sino de la posición de cada mujer.

La emergencia de las místicas en la Edad Media, aquellas que por el sufrimiento decían haber llegado a la compañía divina y hablaban como transmisoras del discurso divino señalaba, una y otra vez, que las revelaciones les llegaban en forma involuntaria. De esta manera, justificaban y validaban la enunciación que les estaba prohibida.

Las místicas tenían una posición política por eso, pese a su aparente correspondencia con la palabra de los clérigos frente a Dios, no eran muy queridas por ellos, ya que “...las místicas transgreden, sobrepasan la normativa de su época al autoconsiderarse como receptoras directas de la voz divina”.

No eran muy bien consideradas porque introducían, aun sin saberlo, la cuestión del erotismo. La voz que pasa por el cuerpo y en forma involuntaria se descarga en escritura, en orgasmos, en vibraciones, en la enunciación como un lugar especial donde el cuerpo es objeto de un traspasamiento, de una disponibilidad para vibrar en relación a la voz y el deseo del Otro y ser instrumento del deseo del Otro no es masoquista.

1-4 Un cuento condicionado para adultos

Así fue como Horacio y ella se conocieron y compartieron varios años de sus vidas. Ella tuvo claro que se quedaría con él una tarde de septiembre cuando él con un cuaderno y una lapicera decía que tenía miedo a ser feliz. Lo decía y lo escribía pero ella estaba en otra cosa, desnuda, deseaba que la hiciera suya y dijo: “No te entiendo, se tiene miedo a lo que asusta pero no puede asustar la felicidad...”.

Ahora esa mujer desnuda que se toca entre sus piernas lo invita a tirar el cuaderno a la mierda. Él podría haber tirado el cuaderno, y sostener que jamás había escrito palabra alguna, frente a los labios carnosos y deseantes de esa mujer que se hacía eso de esa manera. Podría no escribir su miedo a la felicidad, nada más fácil en ese momento que dejar de escribir pero ¿después que pasaría? Ella sintió que esa escena quedaría en el recuerdo, eso la calentó más.

Volver infinito cada momento, eso era la felicidad, ella haciendo lo que hacía, era un momento crucial. Él dudaba: ¿tirar o no tirar el cuaderno?

El destino jugaba con él y lo volvía frágil. Ella lo miró mientras lo deseaba bien adentro, vio a un hombre desaliñado, dubitativo entre una hoja de papel donde anotaba su deseo de que durara, de inmortalidad y el deseo precedero de una mujer que lo deseaba.

Ése fue un momento crucial, ella salió en su ayuda, le sacó el cuaderno, tomó el lápiz y se puso dispuesta a escribir lo que le dictara. A él repentinamente le cambió la cara, es feliz, despojado de su ropa y de su cuaderno pero no de la inmortalidad, la penetra y le dicta.

Horacio sintió que la felicidad era tibia, liviana y fácil. Por primera vez, la escritura era eso, dejaba de tener ese sesgo melancólico del “podría ser” o “hubiera sido” y era ahora la felicidad. La escritura y estar adentro de ella, todo en esa espera de sus palabras para escribirlas en el cuaderno y la cercanía de los orgasmos.

¿Cómo describir el goce que sentía mientras la penetraba y la hacía escribir y gozaba de cómo ella se las tenía que ingeniar con su pene y su lápiz al mismo tiempo?

Ella se entrega al empuje de él, lo siente cada vez más adentro y escribe lo que escucha pero hace trampa. Pero ¿se puede hablar de trampa cuando además del dictado escribía sus “¡Ah...!”? Esas interjecciones de placer que se iban cayendo por los renglones de la hoja y también, como cayendo, al final de los renglones escribía un “¡aya...”, una interjección de dolor, allá en el fondo de la hoja.

Tenemos la prueba en el cuaderno. Esa letra que iba cayéndose entre el lápiz, la voz, el pene y el fondo de la hoja blanca, aparece el dolor. “Hacerla feliz es la felicidad”, pero ahí en el fondo y antes de perderse, había un dolor. Después de esa voz pegada a su cuerpo, después de hacer lo que mandaba, después de escuchar: “Me gustaría chuparte toda”, después de eso, la interjección de dolor.



Está ahí en el cuaderno, lo dictado por él y lo que ella escribía, esa mueca de dolor que venía después de que él levantara la voz y se acercara más a su oreja, estar aún más cerca de su cuerpo, más adentro. Él sabe que ponerse de esa manera a ella la pierde, ella sigue escribiendo, él le dicta: “Amo estar adentro tuyo, hacerte mía, que no haya final y más adentro”.

¿Es que el lápiz había formado parte de la escena que parecía estar terminando cuando él se escurre en un sentimiento de plenitud y ella sintiendo hasta donde se había metido? Ella se había dispuesto a ser su mujer y él la necesitaba para ser un escritor, alcanzar ese anhelo que la incluía sosteniendo el lápiz y el pene.

CAPÍTULO 2

LOS TRES CAMINOS DE UNA MUJER

He escuchado muchas veces hablar de lado hombre y lado mujer, es complejo comprender qué quiere decir esa expresión: lado hombre y lado mujer. Esto no puede ser identificado a la declaración de sexo que continuamente tenemos que hacer cuando vamos a un baño público, si somos mujeres vamos hacia el muñequito con trenzas y si somos hombres para el muñequito con pantalones.

Somos esto o lo otro y, en esta exclusión del otro sexo, es como nos declaramos pertenecientes a un universal: el de los hombres o el de las mujeres. En cuanto a esto, el lado hombre y el lado mujer son otra cosa, no pudiéndose hablar de ningún universal. Me llevó un tiempo comprender que el lado hombre y el lado mujer se diferenciaban del baño de hombres y el baño de mujeres. Los baños hombres/mujeres estaban en el mismo lado. En este lado, en el lado del: todos tenemos un sexo que excluye al otro sexo y nos incluye dentro del propio sexo pero ¿qué quedaría entonces del otro lado?

Hombre y mujer dudan de todo pero no dudan de la puerta que les corresponde atravesar para ir a un baño público, entonces ¿qué tiene que ver el otro lado, el llamado lado “mujer” con las mujeres?

Continúa de otra manera la pregunta acerca de la relación entre el masoquismo femenino y las mujeres y esta pregunta es generadora de confusión inherente al campo de las ciencias del hombre. Con respecto a esto, Foucault nos tranquiliza diciendo: “... la impresión de vaguedad que dejan todas las ciencias del hombre no es más que el efecto de aquello que permite definir las en su positividad”.²²

22. Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas*, pág. 335, Siglo XXI, Buenos Aires.

El otro lado es una imprecisión, indicador de que estamos por el camino hacia un agujero que no puede ser descrito en su positividad más que con una oscura y enigmática vuelta. Una caída a otra lógica que tiene como constructor a un contador de cuentos y de fábulas que se ríe de ese intento de encontrar la “piedra de toque” que busca la ciencia. Para él la única referencia es quien lo escucha y esa postura de no saber qué decir hasta el momento de que un texto sale de su voz, esa imprecisión llamada improvisación frente a un público que se fascina, es esa su única garantía de verdad.

- 1 -



Lacan habla del otro lado escribiendo un concepto oscuro y enigmático, sostiene que ese otro lado es el campo que denomina de La mujer con el “La” tachado, ubicando en esa tachadura la imposibilidad misma de su concreción conceptual. Su lógica difiere de aquella que lleva a unir lo particular con lo general en cualquier proyecto racional-científico.

La mujer tachada no son las mujeres sino un más allá del género. Tiene una rara presencia pues la tachadura refiere a su no existencia. Paradoja de la lógica. Imposibilidad de describir con palabras cuerdas semejante desatino. La presencia que marca una inexistencia.

La mujer no existe en tanto representación positiva. La mujer es una marca de la existencia de la diferencia sexual en el género humano que es sentida uno a uno. Lo Real, después de eso innombrable, en el lapso de lo incierto, se nombra con una lengua de mujer. Una inscripción en el límite de lo no decible que abre un otro campo, imprescindible para las ciencias del hombre e imprescindible en el viaje que una mujer lleva adelante.

La mujer tachada como recurso de la lógica, para mostrar su misma imposibilidad de representación, apela a la fábula, al viaje

mismo donde se va produciendo el surgimiento de una mujer. A una mujer se le abren al menos tres caminos al mismo tiempo y los recorrerá como pueda y como se le presente.

- Una mujer como objeto de deseo de Otro-hombre y esto le da consistencia en cuanto su ser está apresado en el fantasma del Otro. Éste es el camino del objeto.
- Una mujer hace de hombre, en tanto lo es y en tanto no lo es, privilegia la identificación con lo que piensa que debería ser un hombre. Éste es el camino del falo.
- Una mujer crea de la nada, ha llegado allí y vislumbra lo que no tiene retorno, lo que no tiene destino e inventa algo de eso. Es el camino de la invención y la nada.

Para comprender el llamado lado mujer, debemos entonces separar a las mujeres, de La mujer y de una mujer. La mujer no existe, las mujeres están del lado que estamos todos, y una mujer tiene en su camino varios caminos por recorrer.

2-1 Baño hombre-baño mujer.

El lado hombre y el lado mujer no son comparables a la declaración de sexo que uno tiene que hacer cuando va a un bar y al notar que ha tomado mucha cerveza y que, a pesar de estar un poco mareado, tiene que ir hacia el baño que está, imaldita sea!, en el primer piso. Luego de subir una escalera de madera oscura y con una pequeña curvatura, llega a dos puertas que tienen un dibujito, una que representa al hombre y la otra, a la mujer. Él ya sabe para donde va a ir, lo que le resta es reconocer el cartelito y producir una analogía ya sea fisonómica: a las mujeres las hacen (dibujan) con tetas, pelo largo, ya sea por vestimenta: a los hombres los hacen con su atuendo, pantalones y corbata.

El lado hombre y lado mujer no es el reconocimiento de la representación pictográfica y un movimiento de piernas preferentemente apresuradas hacia el mingitorio; el lado hombre y el lado mujer no es la puerta hombre o la puerta mujer.

Solamente se entra por una puerta, una puerta a la vez, una y sólo una. Si estás un poco alcoholizado, nada más fácil que dejar que las piernas te lleven hacia lo que se abre después que enfilás para el que estás seguro es el baño de hombres. Luego de entrar todo está donde debe estar, reconocés en la procesión, todo lo que tiene que estar en un baño de hombres que se precie de tal y le hacés honor y yendo al mingitorio, ¡hacés bien!

Pero un momento antes de cruzar la puerta del indiscutible letrerito pictográfico de hombre, te preguntás qué habrá detrás de la otra puerta, del otro lado.

Tanto los hombres como las mujeres se preguntan por el otro lado.

A muchos hombres nos causa curiosidad los baños de mujeres que representan el otro lado (aunque no lo es). El otro día, como no había agua en el vestuario de hombres nos dejaron ir al vestuario de damas que, a ese horario, “no existían”. Los que tuvimos la suerte de estar ahí, éramos más que hombres, éramos como niños jugando con algo apetecido desde hacía mucho tiempo: nos duchábamos y nos decíamos que se sentía mejor de este lado.

El vestuario estaba más cuidado, las duchas tenían separación individual a diferencia del baño de hombres donde todos nos bañábamos juntos. ¡Pero no! De este lado había cortinas y, como chicos, las corríamos y descorríamos como en un teatro de marionetas y nosotros salíamos mostrando lo marioneta que éramos.

Hasta el agua nos parecía distinta y a uno se le ocurrió pensar si no vendría de otro lado, de otro termotanque más potente que el cambiante termotanque que nos hacía quemarnos hasta los... o congelarnos hasta los...

Pero comenzó a agarrarnos una duda, me di cuenta porque dejábamos de mover las cortinas, nos imaginábamos ese muñequito de hombre que éramos y nos agarraba la duda de si no éramos nosotros esos muñequitos de la puerta del baño.

Después de la envidia por la diferencia entre los baños, nos apareció la certidumbre de ser parte de una procesión de la que no había posibilidad de salir. Como en la película del grupo musical Pink Floyd, *The Wall*: todos caminando de la misma manera hacia la picadora de carne y en esa picadora había dos puertas, dos pictogramas y nos hacían creer que esa elección era importante. Había dos puertas, había que ir hacia un lado o hacia el otro pero ahora nos agarraba la duda si las dos puertas no serían lo mismo y si era así, debía haber otra puerta, aún desconocida para nosotros.

En ese camino, en la procesión estaba lo correcto de hacer: la norma, la normalidad. Volver nuestro cuerpo el pictograma de nuestro sexo para mostrar a los que nos siguen que no hay alternativas. Era el juego donde un elemento se incluía en el universal. Ambas puertas, del baño hombre y baño mujer estaban bajo el

mismo supuesto, eran lo mismo, conducían a la inclusión del uno en el universal.

La otra puerta, el otro lado debía ser pensada bajo otra forma lógica, ¿pero entonces por qué llamarlo lado mujer? En este sentido quizás sería mejor la denominación un otro campo o el lado del otro sexo.

El sexo uno es el de un hombre o de una mujer, un otro sexo no es de ninguno de los dos. Pero ¿por qué llamarlo lado mujer?

Aquí nos volvemos locos, volvemos a la pregunta del comienzo y debo aceptar que al igual que ese día que subía la escalera mareado por la cerveza para desembocar en el mingitorio-hombre, Freud y Lacan nos agregan un poco de líquido efervescente con graduación alcohólica para que sigamos mareándonos, y no sólo ellos sino nuestra “cuestión personal” nos hace empujar nuestro cuerpo a ver si se abre ese otro lado y no tenemos nuevamente que convertirnos en niños para entrar al otro lado.

El otro lado no es la relación inclusiva de uno con lo universal, con nuestro propio sexo. Del otro lado, “el lado mujer”, pueden estar hombres o mujeres. Es cierto que para los hombres es un poco más complicado pues ese verse como marionetas en un punto no resulta muy divertido y dan ganas de vestirse rápido para volver a nuestro lugar, a nuestro pequeño terreno donde nos sentimos seguros, protegidos.

La desprotección de encontrarnos en un lugar que no nos corresponde nos hace volver rápido a nuestra propia religión, a nuestras pequeñas obsesiones, que nos permiten no angustiarnos tanto. Eso dificulta al hombre entrar al otro lado. A las mujeres les pasa lo mismo y no les pasa exactamente lo mismo porque están más “acostumbradas” a la relación con la nada, a la soportabilidad del otro, a la medición de las características eréctiles-atrofiales del muñequito de la puerta.

El hombre, con el muñequito de la puerta ya tiene bastante. Los

hombres están afectados por su sexo. Para ser hombre hay que demostrarlo: ¡un hombre no llora!, ¡no se caga de miedo frente a pesadillas una noche sin estrellas!, ¡se tiene que peinar de una manera masculina frente al espejo!, ¡no usar colores como el rosa! Hay muchas reglas de cómo un hombre se debe comportar para ser hombre, para entrar por la puerta correcta del baño y sentir que ese baño es el de un “verdadero” hombre.

Una mujer ha sufrido mucho para llegar frente al muñequito que la representa, porque le han dicho que ese muñequito ha salido de la costilla de un hombre, que tiene una independencia relativa, una independencia que es supervisada por los hombres y que una mujer debe mantener una moral intachable, incuestionable.

Las mujeres también suben la escalera en busca de su mingitorio y reconocen el universal. Además porque son muy obedientes, la procesión es doble para ellas, no solamente incluirse en el universal sino también hacerles los honores a quienes las han puesto en fila: los hombres.

Hombres y mujeres entran por la misma puerta con distinto muñequito pero hay otro lado, el lado de “la mujer no existe”, el lado donde no hay universal, donde las coordenadas son distintas.

- 3 -

Una puerta del baño público nos corresponde, de la otra debemos excluirnos. Ésta es la condición de lo que está bien o está mal, que ni siquiera llega al estatuto de moral pues es así y no hay nada que hacer, es la condición “natural”. La biología, precursora de la psicología, nos hizo hombres o mujeres antes de poder notar cuánto nos estorban los pantalones y el pelo corto, el pelo largo y la pollera.

No es una declaración de sexo como podría sostener Allouch, esto es lo que no tiene remedio. No hay nadie a quien declarárselo, estamos todos ahí esperando el turno, solamente hay dos puertas y solamente una puerta es la tuya.

Un paciente estaba obsesionado por los travestis, se sorprendía

de verlos, de que no se los pudiera, a veces, reconocer dentro del universal de los hombres. “El otro día vi uno que era imposible pensar que fuera hombre. Tenía dudas acerca de a qué baño público se metería, era casi una obsesión. ¿Podrían abrir la puerta del baño de mujeres como si nada?” Refería que muchas veces había tratado de empujar el cuerpo hacia la puerta del baño de mujeres pero se le quebraba, se detenía y volvía hacia el muñequito que le correspondía. No se trataba de ver mujeres adentro, ni de que tuviera tendencias femeninas, ni un empuje hacia la mujer, era la búsqueda del límite de la razón, de la pérdida de las coordenadas, de lo imposible.

Quizás no se tratara de perder el conocimiento por alta alcoholemia para perder las referencias de esos dos muñequitos que nos dan la certeza de lo que somos. Tampoco se trata de hacerse pasar por una mujer quizás haya que re-nombrarse e inventar ese otro campo.

Pero la naturaleza y la sociedad te mandan a entrar forzosa y amablemente al lugar que te corresponde. Para allá o para acá. Dos lugares y una disyuntiva.

Estos dos lugares no tienen el valor de dos significantes enfrentados y en ese fracaso los seres humanos ponen el cuerpo para pasar por la puerta que les corresponde. Allouch dice: “Los significantes hombres y damas fracasan en hacer dos, dos significantes localizados como tales. Por la indistinción entre lo imaginario y lo simbólico pierden su estatuto de significantes”.²³

Aquí viene la procesión de hombres y mujeres que se convierten en muñequitos para solucionar esa “falla” en la inscripción significativa y lo intentan rellenar yendo para un lado o para el otro. Ya no son los pictogramas que diferencian el baño “hombre” y el baño “mujer” sino los cuerpos de las personas que, dice Lacan, le hacen “honor” al sexo y a los pictogramas de la puerta.

Entonces, hombre y mujer entran por la misma puerta y es que la otra puerta es bien distinta. Entramos por la puerta que nos

23. Allouch, Jean, “Un sexo o el otro” en revista *Littoral* 11/12, *La declaración de sexo*, EPEL, Córdoba.

corresponde por la fuerza de la costumbre y por la procesión diaria que nos lleva a enfilarse a cada uno hacia nuestro mingitorio público. Quizás ese otro lado, ese lado que “existe pero no existe” esa rara existencia topológica, por fin... Quizás luego de que subamos la escalera aguantando las ganas de orinar y nos detengamos, sintamos, además de las ganas de orinar, ese otro lado.



2-2 Las preposiciones de la lengua en la cama

Nuestra cama occidental y cristiana, matrimonial es, como dice Foucault, el lugar donde se ha confiscado la sexualidad permitida. Cama con predominio heterosexual que normativiza no sólo cómo debe hacerse el amor en cada época –no se limita a eso simplemente– sino que en ella, un hombre y una mujer sueñan con el sexo, con el amor, con el goce.

Él se lleva una mano a su zona genital mientras sueña con otra mujer que la que está a su lado: una mujer que había besado y que tenía una lengua que lo había vuelto loco. Ella, la que está a su lado, mientras tanto, sueña con un hombre que tampoco es el que está a su lado sino su príncipe azul que le hablaba de esa manera y se imagina cómo vendría vestido a verla y el sonido de su voz...

La cama habla de sexo y erotismo, de amor y de goce, de ansias y sueños frustrados y sobre todo, habla de las preposiciones de la lengua. Esas que todavía recuerdo de memoria de la primaria. Uno a otro, uno ante otro, uno bajo otro, uno cabe el otro. Y seguían las preposiciones: uno sin otro, uno tras otro, uno para otro...

La lengua es el objeto del deseo y en tanto objeto es causa de los discursos más inflamados, de los recuerdos más excitantes, de las formas más entreveradas de hacer calentar al otro. Se calienta con la lengua, que es tanto las palabras como las interjecciones, suspiros, sonidos inentendibles e inaudibles, el colmo de la palabra.

- 1 -

La sexualidad en la cama lleva a hablar, además de sexo, del amor y el goce.

¿Cómo pueden ser tan distintos el amor y el goce? Tanto como él y ella durmiendo en la misma cama, una y otra noche, tratando que ese amor y ese goce pasen por el que duerme a su lado.

El amor es tan susceptible que comenzaremos por él. Los discursos que hablan del amor son, por momentos, repetitivos y ensordecedores.

—¿Tú me quieres?

—Dime tú primero que me quieres.

—Yo te quiero tanto... como tú me quieres a mí.

El amor muestra algo esencial en su contrato que es la reciprocidad. Amo en tanto me aman, amo en tanto soy amado, miro los ojos que me miran enamorados y me enamoro de los ojos que me miran enamorados del amor. El amor es como un “trecito” de reciprocidades.

¿Cuál sería el problema del amor si se trata de esta ilusión plácida de mirar-se-nos a los ojos y donde la emoción acontece sin obstáculos?

El problema del amor es su obsesión por el término del contrato. Decir contrato parece provocativo pues además de tener implicancias jurídicas, el término no es solamente el final del amor; la separación de la familia y la convivencia de los esposos en la cama matrimonial sino lo que aparece en las grietas de esa unión es una asimetría.

El amor plantea dos términos, dos lugares que plantean una asimetría que se llama de diversos modos pero que llamaremos aquí: la problemática del cortante y del cortado.

El amor, que parecía tan bien acomodado del lado del narcisismo, deja ver las grietas. Lacan ya había notado que tras esa estructura tan aparentemente sólida como es el narcisismo se encuentra una base paranoica, preocupada por ganar la batalla con el otro puesto ahí en una lucha imaginaria.

Él cree que ella ha roto la ilusión al no dejarse besar como esa mujer del sueño, con esa lengua tan dulce. Ella cree que él ha roto la ilusión al no poder sentir eso que sostiene al amor: uno en el otro.

Él supone que el cortado es el que queda en una posición pasiva, por tanto, es el que más sufre. Entonces se abalanza sobre ella y la intenta cortar antes que ella lo corte. Levanta el cuchillo y lo introduce en esa mujer de la lengua tan dulce, ésa que no está a su lado y goza.

Ella supone que el cortante lo lleva consigo y le da lástima cortar a su marido aunque preferiría quedarse al lado del príncipe azul y que le siga hablando de aquel modo.

¡El goce es tan distinto al amor!

El amor es recíproco o no es, el amor a lo sumo puede ser una comedia de enredos pero al final todos se sacan la careta y se arman los trencitos de reciprocidades.

Como en las comedias de Shakespeare: una mujer se enamora de un burro, un hombre de la mujer enamorada del burro y por supuesto, el burro está enamorado del hombre que está enamorado de la mujer. Pero ¡atenti! el burro es una mujer transformada en burro por un conjuro mágico y la mujer está enamorada de un hombre, medio burro pero hombre al fin.

El problema del amor es su término; siempre está ese temor y la acusación de uno al otro de haber arruinado esa ilusión del amor.

En el amor se asoma la diferencia, el límite, la pelea paranoica entre el cortado y el cortante y el debate acerca de cuánto sufrimiento le cabe a cada uno. La problemática del cortante y el cortado es la dialéctica hegeliana tan analizada a la largo de la historia de estos últimos dos siglos que habla del amor y del narcisismo de una conciencia enlazándose con la otra.

El amor siempre es recíproco, es su naturaleza, el genio del amor es un angelito con arco y flecha. ¿Qué hay más efectivo que ser alcanzado por el flechazo del amor, que te rompe el corazón y te hace salir sangre de deseos y ansias del otro?

El goce es distinto. El goce tiene que aparecer vestido y desvestiéndose nos acerca tanto a la orgía como a la angustia. Frente a lo ilimitado que se plantea en el horizonte, él se toca los genitales tratando de aguantar y calentándose más y más y ella a su lado, con esos sonidos de espasmos inaudibles, escuchando la voz del hombre, pierde la dimensión de su propio destino.

La mujer en la cama, al lado del hombre, sueña con el príncipe azul y cómo va vestido y cómo le habla mientras bailan. Que le hable en el oído mientras ella le mordisquea un poquito la solapa del traje. El hombre en la cama sueña con la mujer de la lengua dulce que lo besa y se imagina cuando esa mujer esté sin ropa.

El hombre piensa que la orgía empieza cuando una mujer se

saca la ropa, cuando supone que va a poder gozar del cuerpo de una mujer. La mujer goza con ese sonido de voz en la oreja y ese sonido la convence de sacarse una capa, itodo no! pues el goce que está en el cuerpo, ese fondo de goce puede causar angustia: se debe desnudar sin aparecer al desnudo.

Un hombre sueña con desnudar a una mujer porque piensa que la orgía comienza cuando una mujer está desnuda. La mujer lo detiene y no es por temor a estar desnuda en sus manos sino porque sabe, con un raro saber, que la orgía es ir tapando y destapando de a poco, gozando poco a poco.

El goce es inolvidable por sus lazos cercanos con la angustia. El goce es gustoso, único, lo que no puede resistirse pero es tan riesgoso como el baile de los siete velos. El erotismo sube a medida que caen los velos pero tras el último velo se esconde la muerte, más que el límite mismo, la nada.

El goce despierta al deseo y por cierto esto lo humaniza. Una mujer deja caer capa tras capa y el deseo se muestra ahí, en la cama.



Figura 5

- 3 -

Freud en un texto llamado “Lo siniestro” dice que hay dos tipos de siniestros; uno: cuando alguien que debería estar muerto aparece vivo y a este siniestro lo llama: animista y dice que está en el fondo de nuestra subjetividad, y que retorna en los sueños, en las pesadillas. Hay otro siniestro que pudo ver aparecer en los tratamientos analíticos, se trataba de los genitales femeninos, el agujero al desnudo que causa ese sentimiento de lo siniestro.

El hombre insiste en soñar con la vagina e imagina lo bello que sería y él cree que puede alcanzar el goce absoluto en el cuerpo al desnudo de esa mujer de la lengua que besa así. La desnuda e intenta ir hacia ella pero su pene lo turba, cuando no tiene que estar erecto se erecta y, en ese momento, con esa mujer al desnudo, tan linda, lo que debería pasar no pasa y aparece la maldita turbación.

Si había intentado alcanzar el goce absoluto, ahora se detiene en el goce del falo y con desesperación nota que el instrumento para llegar al otro, no era confiable.

Del goce del falo, dice Lacan: “... el goce fálico es el obstáculo por el cual el hombre no llega, diría yo, a gozar del cuerpo de una mujer; precisamente porque de lo que goza es del goce del órgano”.²⁴

El hombre medio desesperado, aún en sueños, se pone a hablar de cualquier cosa, de lo que primero que se le ocurre y parece ahora una cotorra hablando a la oreja de esa mujer desnuda.

La mujer que escucha cómo le habla al oído se arroja a la nada. Se comienza a sacar la ropa. Ese hombre la tomaría en sus manos y ella se entregaría para que él la tome y pueda quizás hacerla su voluntad, instrumento de su deseo o gozarla como objeto.

Ese hombre toma a esa mujer que se entrega y se sorprende, tenía una erección. La mujer de la lengua tan dulce había desaparecido y a la que estaba tocando era a su mujer que también se había dado vuelta y mostraba sus ansias de hacer el amor; aparecían las formas comunes en que ellos solían encontrarse y tendrían éxito, por algo eran marido y mujer; se conocían hacía tanto tiempo y la cosa no funcionaba tan mal entre ellos.

El goce funciona, es una noche más, él y ella se encuentran y una lengua encima de otra lengua y saben que se está produciendo la magia. Una vez más... y ambos agradecen a sus dioses, él a esa lengua tan dulce, ella a esa solapa que muerde con desesperación.

24. Lacan, Jacques, *Seminario XX: Aún*, Paidós, Buenos Aires.

2-3 Espejito, espejito... ¿quién es la más bella?

La pregunta por quien es la más bella es la pregunta por la falta. Una mujer se mira en el espejo y éste le refleja la cara más hermosa, pero un día tan igual al anterior; lo que refleja es una cara hermosa que no es la de ella sino la de otra mujer. Ahora su cara además de dejar de ser la más hermosa, se arruina, se “agretea”.

Las escenas que más me llamaron la atención de *Blancanieves* fueron dos que me permitieron recorrer el camino del falo: la ruina de la imagen al dejar de ser la más hermosa y la imagen congelada de otra mujer en su máxima belleza. Una imagen que se arruina y otra detenida en el tiempo. Una mujer convertida en una bruja fea y otra mujer blanca como la nieve que debía ser salvada por un beso del príncipe azul.

El camino del falo implicaba dos imágenes: una ruina y una detención. Una mirada satisfecha de la propia belleza y la comparación con otra mujer que tenía lo que ahora a ella le faltaba. Una mujer sufre esa transformación de su imagen de satisfecha a mujer arruinada y con ánimo de venganza cuando el espejito parlante le confiesa que ya no es la más linda.

Además de la ruina aparece quien ahora ocupa su lugar, ante la curiosidad de la bruja acerca de la otra más linda, éste le dice: es ella, Blancanieves. La bruja observa a esa mujer y coincide con el espejito acerca de su belleza y no puede evitar que caigan sobre ella los peores presagios, manzanas envenenadas que la dejan muerta en vida pero con su belleza detenida en su máximo esplendor. Blancanieves se convierte en un personaje detenido en una imagen siempre igual a sí misma. La bruja la convierte en una mujer pura que espera la llegada del príncipe azul.

El camino del falo implica la ruina para una mujer que percibe que ya no tiene lo que pensaba que era poseedora y esa positividad se desplaza hacia otra mujer y se consolida una imagen detenida, congelada, fuera del tiempo, que atraganta la mirada de una mujer.

En el cuento de *Blancanieves*, una mujer le preguntaba a su espejito parlante: “Espejito, espejito, dime ¿quién es la más bella?” y el espejo respondía que reflejaba a la más bella en la que

miraba. Un día el espejito-espejito le dice: “Es otra, ¡es la otra!” y en la mirada satisfecha de la que era la más linda se comenzará a notar la pérdida, se le marcarán en la cara las arrugas, la fealdad y esa transformación de mariposa en oruga que siente una mujer cuando deja de ser lo que pensaba que era para el otro.

Para peor, el espejito-espejito le dice quien es la más bella, se la señala: “Aquella ha ocupado tu lugar, es Blancanieves”. La más pura y además de linda es más querible y más leal.

A la mujer arruinada le aparece una mirada de ensañamiento, una mirada que la convierte en una mujer malvada que predice el futuro de su próxima y terrible venganza.

Pongamos nombre, pues nuevamente los cuentos infantiles nos birlan el nombre de los protagonistas. Quién mira de esa manera a la otra, la más linda, se llama Silvina. Otra vez el juego de los nombres pues su nombre “verdadero” debe esconderse. Pero vamos a un acertijo para quien lo pueda adivinar.

“Silvina”, el nombre, no está tomado del álbum de los significados de los nombres, Silvina es la que se encuentra satisfecha en sí misma, la que encuentra su ser adentro de su nombre.

¿Cuál es el nombre de Silvina?

- 1 -

Silvina era muy mirada a los 20 años, iba de aquí para allá y estaba siempre rodeada de hombres. Tenía todo y de repente, la falta. Quizás no tan de repente porque habían pasado los años. Silvina ahora mira a su alrededor y encuentra a los hombres mirando a otra mujer, que también iba de aquí para allá, muy seductora como ella había sido a los 20 años.

Una mujer sabe lo que significa ese momento en que aparece otra mujer a llevarse esa mirada que le estaba destinada. Decía que la vida era como una “taba” y que se había dado vuelta. Ahora ella había quedado fuera de juego mirando cómo “los buques se habían ido” y cómo miraban a esa otra mujer, la más bella, elegante, femenina.

Si en un primer momento, su mirada fue de ensañamiento contra esa mujer, al momento siguiente, apareció el miedo ¿Por qué miedo? Porque a ella también le atraía esa mujer.

Silvina, de 40 y tantos años, se comienza a preguntar sobre lo que siente por esa otra y no puede dejar de notar que le atrae esa mujer que está en el lugar donde una vez ella estuvo. Se comenzaba a angustiarse y mucho, no le alcanzaba que alguien le explicara que se trataba de un tipo de identificación que se produce entre una mujer y la otra, entre lo que tuvo y lo que falta. Un tipo de identificación que podemos llamar “a lo que tiene el otro y me hace falta” que Freud llamó identificación histérica.

Silvina quien se preguntaba por el lugar que ocupa el mirar a otra mujer y por lo que tiene la otra para ser mirada, se desespera. De la mujer satisfecha de sí misma ahora, después de la ruina y el “todo se había dado vuelta”, decía que algo le estaba fallando a la altura de su autoestima: “Estoy pasando un mal momento con mi autoestima”.

- 2 -

En el camino del falo, Freud ubicaba tanto la ruina fálica como el concepto de “envidia del pene”. Era el camino de las ecuaciones simbólicas donde una mujer reencuentra el falo que tuvo y ya no, en el padre, en un hombre, en el hijo, pero también en otra mujer.

El camino del falo tiene múltiples consecuencias: existe un momento donde el goce fálico se arruina. La mirada que descubre la no presencia del pene, arruina a la nena que pensaba que tenía un tipo determinado de órgano genital y que lo podía hacer gozar de una manera determinada.

Esto conlleva las operaciones simbólicas para compensar lo que se tuvo y ahora hace falta. Una de las maneras es que una mujer compense esa pérdida con “un elevado montante de narcisismo.”²⁵

25. Freud, Sigmund, *Lecciones introductorias al Psicoanálisis: La femineidad*, Obras completas, Amorrortu, Buenos Aires.

y que el narcisismo se ubique en el cuerpo, en la cara sin arrugas, en la delgadez de sus caderas, en sus piernas, etcétera.

Esta posición complejiza el campo del amor. Freud dice que una mujer tiene “una mayor necesidad de ser amada que de amar”. Esta relación entre la mujer y la voz pasiva puede llevar a pensar una identificación entre las mujeres y la pasividad. Freud, en una primera época cae en la celada de esta identificación pero después cambia diciendo que se necesita una gran actividad para ubicarse en esa voz pasiva, en ser amada y que ese lugar nada tiene que ver con la pasividad.

Blancanieves, la más bella, la más pura, la que durmiente viene a ser amada por el príncipe azul que la despierta con el beso más dulce, es una mujer a la que todas aspiran. Son las mejores condiciones para ser amada y las mujeres se suelen comparar por la manera en que son amadas por sus hombres.

Esa mirada a la otra arruina a la mujer satisfecha al identificar a otra que tiene eso que a ella le falta. El tener y la falta, el cuerpo y la mirada, la mujer y la otra, es la identificación a lo que hace falta. Es la queja, la insatisfacción y también la búsqueda de que eso se dé, de que eso pase. Una mujer dice que jamás abandonaría la lucha por ser amada como ella soñó por el príncipe azul.

Todo esto es el camino del falo: es la insatisfacción, es esa frase que hemos escuchado reiteradamente: “Nunca te alcanza, no hay nada que te venga bien” y es un camino donde se ubica ese concepto freudiano tan polémico de la envidia del pene.

- 3 -

¿Cómo es un tratamiento por el camino del falo? ¿Cómo fue el tratamiento de Silvina?

Silvina se pregunta con ansiedad acerca de distintas cuestiones de su vida. Se pregunta acerca de sus miedos, de los cambios que ha vivido. Jamás había pensado que todo podía darse vuelta así y ya no llamar la atención de los hombres. Era otra quien la llamaba y también a ella le había llevado la mirada y la había dejado con

esta rara ubicación observacional de quien constata cómo los buques ya se fueron y navegan para otro lugar y ella misma va desapareciendo, dejando de tener importancia.

Silvina cuenta un sueño infantil donde ella es un chico que va por la calle con una linda mujer caminando a su lado. Ha notado casi con angustia cómo comenzaba a desaparecer. Ella era un chico de 18 años caminando al lado de esa chica linda, la mirada de los hombres era imantada por esa imagen y uno esperaría que la mirada de las chicas fuera hacia el chico pero no, también la mirada de las chicas iba para la mujer linda que al ir el chico desapareciendo para las miradas, comenzaba a caminar sola mientras ella se volvía evanescente.

Esto la angustiaba. Su mirada miraba a la otra mujer y esto llevaba a que dejara de existir como mujer y que, después de un rato, también dejara de existir como hombre y antes de desaparecer tuviera un terrible miedo por la condición erótica que la unía a la otra mujer. ¿No le gustarían a ella las mujeres y por eso los buques se habían ido de su puerto hacia otros puertos sin llevársela a ella?

Esto era lo peor que le podía pasar pues imaginarse como homosexual, dícese del amor por el mismo sexo de uno, el sexo uno, le aterraba.

Todos somos homosexuales, decía Lacan haciendo referencia a que todos estamos enamorados del sexo uno, esa premisa universal del falo que ha dejado marcas que producen que las cuestiones de género las debamos analizar con mucho cuidado y advertencia, que las puertas del baño hombre/mujer están del mismo lado y que el otro lado, el otro sexo sea otra cosa. No se abre simplemente con tirar el cuerpo hacia lo que pensamos es la puerta que nos corresponde.

Silvina llegando a la plenitud de su vida caía en la pregunta angustiante del sexo de uno. ¿Me gustan o no me gustan las muje-



Figura 6

res? ¿Acaso los buques no se habían ido porque en el fondo su mirada estaba atrapada por otra mujer? Sólo ahora, después que ya no era vista por los hombres como un objeto de deseo, aparecía esa mirada escondida pero que podría ser rastreada también en el pasado esplendoroso donde había sido la más bella.

¿Qué es la otra mujer para una mujer?

La pregunta descarnada por la otra mujer hará girar el tratamiento, por innumerables recovecos del espejo. No saltará “al otro lado del espejo” como Alicia... sino intentará tapar esa angustia que siente frente a la otra ante la pregunta por el erotismo de la mirada.

Silvina será un buque que se va de tratamiento, se irá de vacaciones como ella misma lo dice. Produce que el analista se “agretee”, lo hace vivir cómo se da vuelta la taba, de un tratamiento que funcionaba a un tratamiento que faltaba y lo deja mirando a la paciente, otra vez yendo de aquí para allá, siendo mirada, dejando al otro insatisfecho.

El camino de la insatisfacción que se ubica en este camino de la envidia del pene, es una forma de tapar la cuestión del erotismo de la mirada de la otra y el resquebrajamiento del narcisismo que parecerá ser pleno pero que sólo era una compensación de algo que falta desde el comienzo. Desde ese punto, el camino del falo muestra esas dos escenas, el “espejito-espejito” que arruina a una mujer y el congelamiento de la mirada en otra mujer en la plenitud de su belleza y en la espera del beso salvador.

2-4 El cuento fílmico de Madeleine, el Marqués de Sade y una lengua de mujer

La película traducida en la Argentina se llamó *Letras Prohibidas, la leyenda del Marqués de Sade* del director Phillip Kauffman. Cuenta la historia del Marqués de Sade, encerrado en el hospicio de Charenton, hasta su muerte el 2 de diciembre de 1814 tragándose la cruz de un padre de la iglesia quien dirigía el hospicio con las “mejores intenciones” y con los más humanos métodos terapéuticos.

Sade descalabrará esas intenciones, escribirá los textos más libertinos y los traspapelará entre la ropa sucia que levanta una lavandera llamada Madeleine quien todos los días lleva sus preciados textos a manos de un editor que los publica sin nombre de autor, aunque todos saben que sólo la mano de Sade puede escribir semejante literatura.

Nos interesa esta película por esta lavandera que está en el peor sitio en que una mujer puede estar, en un hospicio con obsesos sexuales, hombres que se creen gorriones pero también con hombres como el Marqués de Sade. También con hombres como el director del hospicio, padre de la iglesia, el Abad, quien le enseña a leer y escribir y está enamorado de ella y hombres como un médico que llega al hospicio para controlar al Marqués y para controlar lo que hace el abad con el famoso hospicio.

Esta lavandera es la protagonista de la película y es quien me permitirá animarme hacia el camino más extraño, el camino de la privación y la nada.

Nos interesa la película porque habla también de Sade, un hombre que escribió los textos más libertinos privado de la libertad, un nombre que debemos decir con mayúscula en nuestra Modernidad pues ha planteado la relación de la moralidad y el goce pero también con minúscula porque “al fin de cuentas, es su manera de ser agradable”. Sade era un seductor.

Sade es uno de los nombres de nuestra Modernidad quien cuestiona la moralidad que, en su relación a la lógica y a la moderación política, ha dificultado recorrer nuevos caminos al goce, la imaginación y la libertad sexual.

Sostiene Lacan, entre otros, que resulta necesario leer “Kant con Sade”²⁶ como grandes referentes de la Modernidad en cuanto a la temática de la moralidad.

Si la Modernidad separaba el lado de la razón del lado de la bestialidad, la moralidad era uno de los supuestos de la razón. El sexo, al contrario, era considerado aquello sobre lo cual la moralidad debía posicionar a un hombre como animal racional.

Allí donde aparecía la descarga directa de la pulsión sexual, la moralidad tachaba a ese acto de bestial, cuestionando al sexo sin trascendencia, y por ser de hombres, al fin y al cabo, lo acusaba de perversión de la razón.

El poder, que se mete con lo más íntimo del otro, se interesó por la perversión, de la misma manera que se centró en el eje de la moralidad y en su nombre justificaba la intromisión en lo más íntimo del otro. El poder se encarnaba en diversos personajes, uno bien distinguible fue el psiquiatra quien, como un cirujano extirpaba nombres, “renombrando” a las distintas perversiones que iban apareciendo. De esta manera, a las perversiones las volvía clasificables dentro del catálogo del Manual de Psiquiatría Universal.

Un psiquiatra, a mediados del siglo XIX, Kraft Eving, nombró a una perversión como sádica extirpando el nombre de nuestro personaje libertino. También, en el polo contrario se extirpó el nombre de otro autor de obra literaria, Leopold de Masoq para nombrar otro tipo de perversión: el masoquismo.

La extirpación del nombre es el tratamiento que realiza la psiquiatría durante el siglo XIX para clasificar su campo de trabajo, pero mucho antes, ya en el siglo XVIII la psiquiatría se había consagrado al campo de las degeneraciones morales. Comienzan a entrar dentro de la mirada psiquiátrica un montón de personajes, como los masoquistas, los homosexuales y todos aquellos con degeneraciones del instinto sexual que no se acomodaban a los objetivos de la reproducción y también, cabe aclarar, los disidentes políticos que no se vestían con las libreas de la época.

26. Lacan, Jacques, *Kant con Sade* en *Escritos 2*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1975.

La moralidad se relacionaba tanto con la política como con el placer pero no pasaba lo mismo entre ésta y el goce sexual. Su relación era “decalogógica” siendo los psiquiatras los encargados de realizar, con mucho ímpetu y vocación literaria, la descripción clasificatoria de todas las perversiones humanas.

Sade habla del goce sexual que no se acomodaba ni con la reproducción de la especie –el lema del libertinaje era: preocuparse de coger (follar) nunca de engendrar– ni con las sutilezas del placer –el coger no es sin dolor.

La psiquiatría catalogó a Sade, extirpó su nombre para nombrar una perversión que implicaba el goce en el dolor del otro. Es sorprendente pues este goce es excéntrico a la vida del Marqués que no tuvo justamente una vida que podríamos llamar sádica, viviendo gran parte de su vida encarcelado y bajo el yugo de las doctrinas “terapéuticas” de la época. Los psiquiatras no llegaron a comprender a Sade y su goce pues pensaron que de lo que trataba era de hacer doler al otro cuando él no habla sino de la privación que conduce a la imaginación a revolotear por las alturas del erotismo y el goce sexual. En ese camino, Sade mostraba su vocación libertina pero también pedagógica –y de escritor– al narrar las enseñanzas de un viejo seductor que lleva de la mano hacia el alumbramiento de la verdad del goce sexual, a una tierna y virgen muchacha, experimentando y haciendo experimentar los distintos agujeros y fuentes de placer en el cuerpo y en la lengua que va de uno a otro.

- 1 -

El goce sexual tiene esa labilidad, esa ligereza de ir de uno a otro. Esto está figurado en la película en la escena donde Sade encerrado y sin nada para escribir pasa sus textos de boca en boca hasta llegar a Madeleine quien es la que los escribe. El goce sexual va de Sade a la lavandera, pasando por todas las alteraciones que la psiquiatría se empeñó en describir detalladamente y que están representados en la película en los enfermos que hacen de cadena de voz que va de Sade a la pluma de la lavandera.

La psiquiatría nos dice que el goce sexual vuelve loco al hombre y lo lleva a las acciones más increíbles. Ahí podemos asentir observando el desarrollo de la escena donde un obseso sexual corta la lengua a Madeleine y, a su vez, Sade gritando como loco viendo que todo lo que había imaginado estaba siendo quemado y que su lengua misma pronto sería extirpada tanto por el abad como por los psiquiatras renombradores de perversiones.

Es interesante marcar las diferencias entre el Marqués y el obseso sexual que corta la lengua a Madeleine.

El Marqués, privado de la libertad y de una pluma para escribir, contaba un cuento erótico que trataba de la necesidad de crear nuevos agujeros en el cuerpo para el goce sexual. Ya no le alcanzaban los agujeros “naturales” del cuerpo. Quería hacer un nuevo agujero en el cuerpo para gozar en él, hacer un corte en el cuerpo de una mujer.

El enfermo mental, el obseso sexual, escuchaba pero no podía resistir esa convocatoria al goce y sale disparado a tomar al pie de la letra el texto y corta la lengua de una mujer. El Marqués habla del camino de la privación que lo llevó a la necesidad de crear nuevos agujeros para satisfacer el goce sexual. El obseso sexual hace un agujero en lo real donde Sade hablaba de una falta de elementos simbólicos que satisfagan al goce. El obseso extirpa allí donde Sade crea, abre la imaginación a caminos inventados por la inflamación del alma.

La escena sigue y todo comienza a girar alrededor de esa lengua separada del cuerpo. El Abad se vuelve loco por la muerte de Madeleine y le corta la lengua; el Marqués quien ya sin lengua, sin pluma, sin Madeleine utiliza sus excrementos con los cuales escribe sobre la pared de su celda. La lengua se ha convertido en mierda, la última posibilidad de dejar una marca.

Existe una evidente diferencia entre Sade y el enfermo mental que nos permite comprender la difícil cuestión de la privación: uno crea el agujero en lo simbólico, inventa agujeros en las historias ficcionadas, hace de las privaciones un goce que alimenta la imaginación. En cambio, el enfermo mental hace agujeros en lo

real, no puede llegar al goce en la privación, llegado un punto, el goce sexual lo lleva a la acción.

La que entiende de una manera singular el goce de la privación es Madeleine, por eso va de la boca de Sade a la lengua de esa mujer que, aun estando en el lugar más bajo que una mujer puede estar, se hace destinar historias, pone una oreja para que un hombre pueda decir acerca del goce sexual. Madeleine es como *Alicia en el país de las Maravillas*, se vuelve protagonista de las historias que le relatan. El Marqués le escribe historias donde ella misma es protagonista y si esas historias son pornográficas u obscenas, a ella le resulta secundario en comparación a la capacidad de imaginar un otro lado y ser otra persona de la que es.

- 2 -

Sade describe diferentes tipos de goces. Dice que hay goce en la moralidad. Es de los primeros en la Modernidad que sostiene la presencia de goce en el amo, en el que manda, en el poder, en aquel que tiene armas para hacer su voluntad.



Ese goce es un goce petiso, un goce que se queda corto y éste aparece ilustrado en la película cuando, luego de mostrar que la literatura de Sade se vendía “bajo levita” pues conllevaba una prohibición de circulación pública, ésta llega al monarca que se hace leer parte del texto por un avergonzado ministro. Cuando se sienta en el trono, a pesar de ser Napoleón, sus pies no le llegan al piso.

Napoleón ordena que hagan fusilar al autor de semejantes textos pero los ministros le dicen que no es la forma “contemporánea” de controlar al otro y le sugieren que mande a un psiquiatra a que lo “normalice” mediante métodos que, en esa época, eran métodos de tortura. Además, los ministros llaman la atención del monarca acerca de que ya no se trata tanto del autor como de lo escrito que

se multiplica en los súbditos y que no alcanza con matar al autor. Hay que manejar al goce, ponerlo bajo la mirada que controla la mano, la pluma, el órgano genital, la lengua. Hay que mandar al psiquiatra al hospicio de Charenton para que “ponga en vereda” tanto a Sade, como al Abad, como a los locos, como a Madeleine.

El poder es petiso, no llega al piso, se queda con las auras y las pompas, con las voces de ministros en reuniones y peleas interminables, con su preocupación por lo que van a decir de él en la posteridad pero no llega a controlar al goce.

La enunciación sadeana pone al descubierto las “patas cortas” de la moralidad política de una época, de nuestra Modernidad. Existen otros dos personajes que cuestionan en forma radical a la Modernidad: uno es Nietzsche quien muestra el terrible prejuicio que ha caído sobre la resonancia epistemológica de la ignorancia, del no saber. El otro es Freud, que pone en escena al sujeto del inconsciente, la relación del sujeto con la verdad del sí mismo queda descentrada, imposibilitada.

Sade muestra al poder como algo grotesco, hipócrita, petiso. Foucault estudia lo grotesco del poder, esos gestos ampulosos que muestran al emperador diciendo que fusilen al Marqués y luego siendo convencido por los ministros de que ese método sería anacrónico y lo haría pasar a la historia como un déspota. Sería mejor y más conveniente controlar al Marqués y mejor aún, ya que estaba en un hospicio sería conveniente que lo “curaran”. Esta sugerencia grotesca, hipócrita, petisa, lleva a que manden a un médico famoso, un psiquiatra de la época, a que con sus métodos de tortura “terapéuticos” intente curarlo. De paso, controlando al Marqués, se controla el libertinaje de la época y las anormalidades de los instintos sexuales.

Pinel, otro psiquiatra, a comienzos del siglo XIX realizó un gran descubrimiento que cambiaría la faz de los hospicios; en ellos no solamente había enfermos mentales sino también pobres, delincuentes, homosexuales, hombres incorregibles como los libertinos, monstruos sexuales y sobre todo hombres que amenazaban al poder político de cada época. Pinel descubre que se internaba en los hospicios a todo aquel que tanto el emperador como la ascendente familia burguesa consideraran contrario a sus criterios de moralidad y nor-

malización. Pinel es el hombre que marca un nuevo momento histórico, con él nace la Psiquiatría moderna que intentará ahora alejarse del poder ocupándose de un campo con un objeto bien delimitado y con las “mejores intensiones”.

Pero antes de semejante descubrimiento, el psiquiatra es convocado al hospicio para cumplir un rol fundamental en el diseño de la Modernidad: “la normalización” de las degeneraciones sexuales.

El médico cumple funciones nuevas para la arquitectura política de cada época y mostrará gran poder de transformación, casi diríamos, mostrará los dones histriónicos de un transformista. En la película se ven sus cambios: de psiquiatra “torturador” a médico administrador de hospicios y luego una nueva transformación, ya que pasa a ser un comerciante, el principal difusor de la obra de Sade después que este muriera reorganizando al hospicio como una empresa gráfica. Se ve al final de la película, cómo los locos trabajan en la imprenta, cada uno recibe la paga que se merece por la producción que realiza.

El médico es el primer transformista que plantea una nueva moralidad en la llamada Modernidad “madura” que es la del beneficio económico, la nueva forma de avance del mundo. El médico pone al hospicio en relación a la sociedad del libre mercado, la ilusión de la “libre” oferta y demanda. El médico dice que va a pagar lo que cada loco trabaje pero al mismo tiempo, ya desde esos comienzos, vemos la constitución del trabajo en negro y la explotación. Los locos no se pueden ir del hospicio y trabajan todo el día por casa, comida y pequeñas monedas.

La moralidad del poder es petisa y grotesca, intentando echar mano al goce del otro, descubre al mismo goce que lo ciñe.

- 3 -

En la película todo va de mal en peor, Sade pone en ridículo tanto al Abad con sus mejores intenciones como al médico, al que escribe una breve obra para ser representada en su presencia donde muestra las “patas cortas” de su moralidad.

Sade es la figura del “incorregible”, figura que nace en el siglo XVI y su presencia activa llega hasta el siglo XVIII, figura frente a la cual se idean nuevos métodos pedagógicos. Los maestros enseñan con una vara en la mano, con el gesto de la autoridad amedrentan y justifican el castigo por el bien del otro.

Los padres deben tener autoridad dentro de la familia, es el famoso “a los padres se los respeta” y hasta se los teme. Siempre debe existir la garantía de ese poder paterno por fuera la familia y en última instancia, existirá un poder policíaco-represor estatalizado.

Sade es quizás el último incorregible pues, después de él, comenzará un largo proceso de marginalización de esta figura. Si hablamos del desarrollo del mercado en esta nueva etapa, al incorregible ahora sólo hay que marginarlo, dejarlo afuera.

El Abad, el padre de la iglesia es el que tiene la misión de controlar al “hijo incorregible” e irá subiendo la apuesta en relación a los métodos coercitivos hasta llegar a dejarlo sin nada, sin pluma – la película en su nombre original se llama Quills (pluma)–, sin ropa, sin ningún otro elemento más que su humanidad desnuda.

En su intento de ayudarlo, la lavandera, Madeleine encuentra la muerte por un enfermo mental que no es consciente de sus actos y que antes de matarla le corta la lengua.

Hemos trabajado esa escena divertida y dramática donde las palabras del Marqués van pasando y transformándose de enfermo mental a enfermo mental hasta llegar a Madeleine del otro lado, con hoja y pluma, escribiendo.

Esas palabras que describen el goce tienen efecto en quienes las escuchan: el piromaníaco quema el hospicio, el obseso sexual se la agarra con su objeto sexual, el hombre gorrión sale volando. Hablar de goce sexual quema el lugar donde estamos, son palabras con efectos devastadores, por eso se la agarran con la lengua, con aquello que acaricia las palabras de uno a otro.

El Abad, luego de la muerte de su amada, se vuelve loco y le extirpa la lengua a Sade que hasta en su muerte parece burlarlo, aún sin lengua, le saca la lengua. ¿Qué tendrá la lengua que todos se la agarran con ella?

Es la lengua de mujer, la lengua de Madeleine la que lleva al Abad a castigar así al Marqués, en su lengua. Ya lo dice el proverbio justiciero: “Ojo por ojo, diente por diente”, lengua por lengua, esto rubrica la suerte del Marqués, que ya sin lengua, se “hace suicidar”.

El Marqués le saca la cruz que logra arrancarle del pecho al padre de la iglesia y se la traga.

Sade es incorregible: su acto de suicidio es el de un seductor. Una muerte parecida a la de Cristo, pero sin estar en la cruz, la cruz se le atraganta y muere en las manos del Abad.

Puedo hablar mucho de esta escena que junto a la cadena de voces que va de Sade a Madeleine pasando por toda la fauna de los manuales de psiquiatría, fueron las que más me impresionaron.

La escena final ¿es un acto de provocación, el último acto blasfemo de Sade? La muerte de Sade es la de un seductor que toma un objeto preciado del otro y al tragárselo se lo lleva con él. La muerte es la de un hombre que habla de la relación entre el goce, el saber y la moralidad, eso se lo lleva a su muerte.

- 4 -

Sade habla de diferentes tipos de goce: del goce de la moralidad y del poder, y también del goce del opresor, del maestro corrector. En la película, hacia el final, Sade pregunta a quienes lo torturan, si no la tienen tiesa. Les pregunta sobre su goce sexual en la represión.

Sade descubre también, más allá de las resonancias de su nombre, el goce del masoquismo. Lo descubre en el padre de la iglesia quien enamorado, se castiga por estar en una relación con su objeto amado prohibido por Dios, el gran Padre, aquel que mudo no goza, aquel que puede quedarse “fuera del goce sexual”. El padre de la iglesia muestra como los impulsos terrenales del hombre, intentan ser acallados frente al Padre, mudo, sin goce y en esa tarea se le cruza una mujer, llena de voces, una lengua de mujer que besa y lo lleva a castigarse a sí mismo.

¿El goce de Sade también es un goce masoquista? Su goce parece similar al goce del masoquismo pero debemos diferenciarlo y llamarlo goce de la privación. Sade nos habla de la relación entre la imaginación y el goce sexual. Esto parece un contrasentido porque implica dejar por afuera el acto sexual para relacionar la imaginación y el goce sexual.

¿Cómo se puede gozar de ser privado de la libertad? ¿Cómo la privación lleva a las inmensidades del goce sexual que no es realizado en el acto mismo sino que es sostenido en el plano de la imaginación?

Pero no es el plano de la postergación, el diferir el acto a la manera hamleteana, no llevar a cabo el acto, por inhibición. No deja de un lado la imaginación y del otro al acto. La imaginación abre un nuevo campo, es la imaginación la que abre al otro lado, el lado donde aparece la invención, el cuento, la marca en la pared.

Eso produce que el goce de Sade sea absolutamente original y que no pueda corresponderle ninguna correlación con el goce del opresor, con el goce del maestro corrector, con el goce masoquista del padre de la iglesia, con el goce moralista-transformista del médico convertido en comerciante.

- 5 -

La literatura de Sade no puede ser leída como un libro cualquiera, en la misma posición que se lee otro libro. Es un libro que produce cambios en quien lo lee.

Sade conduce a un cuestionamiento de la moralidad de cada uno, de la época que nos toca vivir, de los valores que son elevados a la altura de virtudes pero también, Sade descubre una pedagogía y muestra lo que se puede saber del goce.

La pedagogía que intenta calentar, la que intenta llegar al otro por medio de la seducción. Sade llega no solamente a la conciencia del otro sino a su energía sexual. La pedagogía del libertinaje causa escándalo pero, al mismo tiempo, deja permeable a quien lo lee y escucha.

En el libro *Filosofía en el Tocador*, Sade se ubica a sí mismo en el texto en el lugar de Dolmancé, el experto en las cuestiones sexuales, quien ha descubierto la filosofía que se arma en el libertinaje: la pedagogía es hablada y realizada al mismo tiempo.

La de Sade además del cuestionamiento de la moralidad, como dijimos, apunta a hablar acerca del goce sexual. El libertinaje es un intento de querer enseñar y disfrutar al mismo tiempo, y es la gran pregunta acerca de cuánto del goce se puede saber y llevar a la realidad, sin que caiga la represión de la moralidad, la política de los actos, las pequeñeces del otro.

La explicación sobre el goce sexual debe iniciarse por un maestro y por eso el Marqués y el Abad lloran en la película cuando se enteran que Madeleine, la lavandera, había muerto virgen, no iniciada, a pesar de haber estado ellos dos provocándola, seduciéndola.

Madeleine, la lavandera, es como *Alicia...*, goza de ser contada. Sostiene la escritura de Sade y el amor prohibido del Abad. Es la protagonista de algunas de las invenciones del autor y esto, según ella, le permite resistir en el peor lugar donde una mujer puede estar

- 6 -

¿Y cómo termina la película?

Sade es moderno, su forma de final es siempre ascendente. Así como en su libro todo empezaba con un toqueteo, luego seguía con una chupada, luego con “forniquero” para empezar los largos trencitos orgiásticos y gimnásticos de “culear-ser culeado”.

Su filosofía también va en aumento, y en la película también crece el espiral de castigos hasta la muerte de Sade atragantado con la cruz del Abad y éste volviéndose loco.

Esa conversión del Abad muestra la otra figura que analiza Foucault que es la del



Figura 7

monstruo. Quien no recibe la reprimenda de los dispositivos disciplinares de la familia, de la escuela, de la policía sino que caen sobre él los dispositivos políticos-jurídicos.

El Abad convertido en un monstruo es encerrado en el hospicio, y su excepcionalidad, su ejemplo, muestra la acechanza de la locura tras la razón. Esta cuestión de la monstruosidad y los dispositivos políticos-jurídicos intenta obstaculizar la pregunta acerca del goce sexual.

La imaginación sadeana pregunta acerca del goce sexual, el goce de la privación y la pedagogía del libertinaje.

El padre volviéndose loco y abandonando la jefatura del hospicio pone el mundo al derecho; es una nueva etapa, la Modernidad madura, donde la política se multiplicará en los distintos agentes del mercado.

Así el hospicio se convierte en una gran imprenta. Haciendo trabajar a los locos, poniendo a cada loco en su lugar, y poniéndolo bajo la égida universal: “Tanto trabajas, tanto ganas”. ¡Producción en el hospicio, todos los locos, a trabajar! Esto es aún superior de los métodos terapéuticos del Abad que ya de por sí eran increíblemente interesantes y que, aún hoy en día, se utilizan como métodos novedosos y progresistas.

El médico muestra la real política y el nacimiento de una nueva figura que se agrega al monstruo y al incorregible, la del “descarado”. Es el que maneja la cara según la ocasión y equilibra el momento para la obtención de su propio beneficio. Pone la cara según quién lo mire y qué viento corra y con esto los diferentes dispositivos coactivos dejan de poder ajustarse a su posición de control, ya no alcanzan. El hombre se libera de sus ataduras, por fin, entre las propias posiciones y pensamientos y la presión que se ejerce del afuera, de la época, de lo actual para controlar esos pensamientos. Aparece la apariencia.

Pero esta posición del descarado no sepulta el complejo y aún actual debate entre el Abad y Sade. Aparece un personaje, muy extraño en la película que nos trae nuevamente ese debate: es la madre de Madeleine, una vieja ciega que ha sabido ir por el cuerpo sin vida de su hija a la tina de la lavandería.

Esa madre es una bruja. La he sabido reconocer pues ya he atendido a otras y siempre poseen ese aspecto descabellado, esos problemas en la visión, esa forma de caminar que las hace parecer espectros. Es la bruja la que nos vuelve a meter en el debate pues, al final de la película lleva plumas y papel al Abad que tiene, en la posición que ocupa como sustituto de Sade unas ganas compulsivas de escribir, de convertirse en autor.

Es este Abad quien nos confiesa algo que también dice Lacan: “la moralidad confiesa que es Sade”.²⁷ Este gran personaje de la Modernidad plantea la relación entre goce y moralidad, en todas sus versiones y preposiciones de la lengua: el goce de la moralidad, la expulsión del goce en la moralidad, la moralidad como represora del goce.

- 7 -

Lo sexual habla de la moralidad de una época pero sobre todo, habla de que nos quedamos cortos cuando queremos saber frente al goce.

El debate entre el Abad y Sade es también el debate acerca de cómo llamar al goce, quién lo representa y cómo acceder a él. Para Sade, como para Lacan: “Por ser su goce radicalmente Otro, la mujer tiene mucho más relación con Dios que todo cuanto pudo decirse en la especulación antigua siguiendo la vía de lo que manifiestamente sólo se articula como el bien del hombre”.²⁸

Sade y el Abad debaten acerca del goce del Otro, de las características del otro lado y ambos coinciden en que la creación es fundamental, por eso se llevan “tan bien”. Pero en lo que no se llevan muy bien es en la cuestión política, donde Sade traiciona el pacto de no publicar lo escrito, ni en la cuestión del nombre que representa el otro lado. Sade habla de la mujer, pues es la que debe ser iniciada, y a cuyo deseo toda su filosofía se dedica y plantea que el

27. Lacan, Jacques, *Seminario 20: Aún*, Pág. 105, Paidós, Buenos Aires.

28. Lacan, Jacques, *Ibid.* Pág. 100.

ser penetrado con dolor es casi el goce absoluto al que un hombre puede aspirar.

En cambio, el padre de la iglesia habla del goce de Dios, del ser supremo. Dios que por su grandeza y su silencio, por su falta de lengua, queda “fuera de sexo”.

Este es el debate que cierra la película *Letras prohibidas*. La lengua de Madeleine fue la que desencadenó el drama y todo termina en las *quills* de la bruja que lleva al Abad para que escriba toda su transformación y el debate que aún continúa acerca del goce.

2-5 Jugar a nada

Hablar de la mujer nos lleva a mirar a nuestro alrededor. Además de observar el auditorio lleno de mujeres interesadas en escuchar un tema que hable de ellas, miramos para la biblioteca y encontramos tal cantidad de textos que tratan sobre la cuestión de la mujer que no alcanza nuestra biblioteca para albergarlos, y tal cantidad no es menor a la infinidad de estilos, no sólo de escritura sino de puntos de vistas que existen sobre el tema.

Esto es suficiente para que me asalte el miedo, un nivel alto, no tan fácil de aceptar que me cuestiona cómo seguir frente a la pica-zón de la identidad, ¿quién soy para hablar del tema?, la vastedad bibliográfica, ¿cuánto conocimiento se requiere? y la obsesión por el estilo de la escritura, ¿qué estilo transmite tanto la fascinación, el enigma como el sufrimiento?

Suponía que ese miedo no desaparecería puesto frente a un nuevo tema como la relación de La mujer con la nada, y hasta aumentaría deviniendo en pánico frente al desafío de hablar de eso. Pero nada de eso pasó, frente a ese tema me tranquilicé. La nada no conllevaba las mismas dificultades que la pregunta por la identidad, la vastedad bibliográfica y la estética del estilo. Se trataba de saltar para ver más allá del muro o dejarse caer por el embudo donde tiempo y espacio cobraban un valor singular. Se trataba de mirar para el otro lado y contar lo que hemos visto o, si no podemos ver demasiado, lo que de tanto saltar y saltar hemos imaginado o nos han contado.

Hay un cuento de Kafka llamado “Ante la ley” que trata de un campesino frente a un muro y una puerta. En esa puerta hay un guardián que le impide pasar; el hombre le pregunta si en el futuro lo va a dejar pasar, y éste dice: “Tal vez”. El hombre espera y desespera. Cuando intenta pasar el guardia lo alerta de que va a quebrar una prohibición y que él es poderoso pero mucho menos que el próximo guardia de la próxima puerta. El hombre decide esperar y se va haciendo viejo, y se va muriendo en la espera de que ese guardián lo deje pasar y cuando se acerca el instante de la

muerte, al hombre le nace una pregunta que nunca había pensado ni formulado:

—Todos se esfuerzan por llegar a la ley—dice el hombre—; ¿cómo es posible entonces que durante tantos años nadie más que yo pretendiera entrar?

El guardián comprende que el hombre está por morir, y para que sus desfallecientes sentidos perciban sus palabras, le dice junto al oído con voz atronadora:

—Nadie podía pretenderlo porque esta entrada era solamente para ti. Ahora voy a cerrarla.²⁹

Unos dirán que se trataba de vencer la prohibición para entrar, otros que alcanzaba con darse cuenta que la ley estaba de este lado, otros que se trata sólo de curiosear lo que hay del otro lado, otros que no hay más que la espera de la muerte frente a un Otro cada vez más poderoso, otros que el detalle está en el guardián acercándose al oído del moribundo y haciendo todo lo posible para hacerse escuchar. Otros dirán que es como dice el guardián: la puerta era la única para el caminante, estaba abierta para él y el miedo era a pasar o no pasar. Todos encontraremos algunas significaciones, algunas hasta se ajustan de forma llamativa con nuestro fantasma, con el marco y con la puerta, con lo que podemos ver hacia adentro. Todos encontraremos significaciones pero esa puerta está abierta para una y sólo una persona. En el colmo de la singularidad se arma una escena de ansiedad, deseo, prohibición, erotismo y muerte.

El lado hombres—hombres y mujeres— cree poder llegar hasta la Ley y por eso se detiene en la infracción, en el temor, en el desafío a la Ley y se pregunta acerca del superhombre y el cobarde. Esta pregunta sólo puede llevarlo al desfallecimiento y a la soportabilidad de la frustración pero lo que el hombre no formula es que si esa puerta que lleva a la Ley es solamente para él, la Ley es nada.

El lado mujeres no llega a formular la cuestión de la nada por tanto, un hombre/mujer debe renombrarse más allá del género para formular de una manera singular la presencia de la nada.

29. Kafka, Franz, *Ante la ley* en *Obras completas*. Tomo IV. Pág. 1132, Cosmolibro, Barcelona, 1983.

Una tarde leyendo la sección deportiva del diario, encontré una noticia que me llamó la atención y que se refería a una pelea entre el director técnico de un club de fútbol con los jugadores del equipo por no haber jugado bien ni puesto todo lo que tenían que poner. Habían perdido un partido que debían ganar. Todo el asunto me llevó a pensar en las diferencias de un lado y del otro lado.

De un lado estaba el entrenador y del otro lado la respuesta del equipo que no respondía individualmente sino que creaba un abstracto y que, al renombrarse, cobraba vida en la voz concreta del equipo, que ya no era ningún jugador en particular sino el equipo y desde ese renombramiento le contestaba al entrenador hablándole de la nada.

El equipo animizado, vuelto de abstracción a concreto, le replicaba al entrenador que si el equipo había jugado a nada era por el entrenador que había entrenado para nada.

Me divirtió pensar: ¡Qué recurso retórico más sutil nacería de un equipo de fútbol encarnado en una voz concreta apelando a la nada y devolviendo el golpe del entrenador de una manera que además transmitiera una enseñanza a un psicoanalista que se encontraba escribiendo de la nada!

¡Pero eso pasó!

Era el pasaje de un abstracto a un concreto que al renombrarse permitía pasar al otro lado y plantear cuál era la relación con la nada. En ese renombrarse lo primero que aparecía era una multiplicación de las significaciones a tal punto que la significación se volvía un juego y nosotros jugadores siguiendo las diferentes líneas de significación y luego se volvía imposible, por lo inútil, llegar a una verdad consensuada. La verdad aparecía bajo los atuendos del cuento, de la fábula; del que relata y del que escucha.

La voz del equipo apelando a la nada y multiplicando los caminos de la significación, construyendo una verdad que no podía ser para todos me permitió pensar que el camino de la nada era bien distinto a los otros dos caminos, el de la soportabilidad del Otro y el del falo.

El entrenador de fútbol se peleaba con su equipo que había perdido el domingo un partido que no debía perder y le decía al equipo que no ponían todo y el equipo le respondía: “Si el equipo no juega a nada es porque el entrenador nos entrena para nada”.

El entrenador hablaba de un lado y el equipo le contestaba del otro lado y para ello apelaba a la nada. El entrenador apelaba al lado hombres y convocaba a sus jugadores punzando a la demostración del coraje que tienen, de los “huevos” que tienen para poner. Al lado hombres hay que demostrarlo, tiene que aparecer en la demostración, en el tener y poder sacarlo en la competencia y frente a otros, el técnico convocaba al mismo tiempo a la ciencia (demostración), al falo (tener y poner huevo), al poder (ganar el partido) y a soportar como hombre la derrota, si así fuera.

El equipo animizado, vuelto a la vida, le contestaba desde otro lado, decía que no se trataba de poner todo o no poner todo, se trataba de la relación con la nada. No se trataba de mucho o de poco, de la genealogía de los “huevos” sino de la nada que no puede ser cuantificada en la relación del sujeto con el falo, con el poder, con el triunfo.

El equipo, al apelar a la nada, ponía en el centro de la discusión los tres caminos posibles de atravesar.

El equipo hablaba del camino falo: los jugadores individualmente no podían acusar de incompetente al entrenador pues éste es quien elige qué jugador juega, deposita confianza y juzga su desempeño dentro de la cancha. No había otra respuesta universal que la de poner huevos en la cancha y demostrar frente a la mirada del otro, del entrenador.

El equipo hablaba también del camino de la soportabilidad: los jugadores debían bancarse al entrenador pero no podían bancárselo así sin más. La acusación del entrenador de no tener suficiente coraje, si conllevaba la no respuesta de los jugadores, sería una ratificación de lo acertado de la conclusión. Si los jugadores no respondían de alguna manera, confirmaban la acusación de cobardía.

Pero también estaba el camino de la nada. Una manera de producir una multiplicación de líneas de significación y de responder de una forma que rechazara la interpretación única.

La respuesta del equipo apela a la interpretación, podría ser alguna de estas: quitarle valor a la pelea con el técnico, una estrategia política que supera al destinatario del mensaje elevándose hacia los hinchas, los directivos del club, el público en general, una inversión de las responsabilidades transformando al entrenador de acusador en acusado, etc.

El camino de la nada crea un espacio para que cada uno comprenda lo que pueda y siga el camino hasta donde pueda.

El entrenador apela al universal: todos los jugadores se tienen que jugar a fondo por la camiseta, por su equipo, por el club, por ganar el partido. Del lado de los hombres se apela a la amenaza de cobardes, de no poner todos los “huevos”, de miedoso, de no ser suficientemente hombres.

El camino de la nada es paradójico, casi la negación de un camino posible. La nada es uno de los tres caminos posibles pero es diferente. Es elemento de un conjunto y vacío del mismo conjunto, doble inclusión que es propio de las ciencias del hombre.

Los jugadores apelan a la nada, previamente habiéndose renombrado en equipo crean este camino que permite diferentes niveles de análisis, una explosión de significaciones, la emergencia de lo incierto.

- 2 -

El enigma del otro lado me hacía pensar y escribir: Un día escribía con la seguridad de que había comprendido algo importante de la nada. Escribía una, dos, tres hojas en la pantalla de la computadora cuando de repente la máquina se cuelga y todo lo que había escrito cayó a la condición de la nada.

Yo había creído que la nada era la apelación a lo incomprendible, a lo incierto, a lo que va más allá de la lógica explicable de las premisas y las conclusiones, pero en cambio lo que sentía era una sensación de pérdida, de cosa irreparable, de bronca, de penosa resignación. El otro lado era esa relación sentida con la nada, el renombramiento, la fábula del otro sexo.

La nada cuestionaba todo lo desarrollado, el intento de describirla no era más que un hombre intentándose desatornillar de su falo, de su órgano que funcionaba como instrumento en el acceso al Otro y por tanto funciona como límite al acceso a La mujer.

Un hombre puede husmear ese desprenderse del objeto fálico y plantear la relación con la nada pero vuelve rápido a su madriguera pues queda aterido prefiriendo la lucha a muerte por puro prestigio a esa difícil cuestión de la nada.

Se trata del “para todos” los hombres y su temor a la castración, del temor a la pérdida de lo máspreciado, pero también se trata del núcleo paranoico del narcisismo, que nacido en el enfrentamiento con el otro, se encuentra siempre con el dilema: tirarse atrás o ir más allá del propio miedo sobreponiéndose al otro. Analogía de la dialéctica del amo y del esclavo hegeliana, dialéctica que habla del fondo paranoico al que se enfrenta el narcisismo “para todos”: entre la cobardía y el superhombre.

Hay una forma de acumular poder propia de los hombres que está muy ligada a este dilema entre cobarde y superhombre, es bien conocida por algunos hombres y por algunas mujeres que “manejan” a esos hombres. Ante la acusación de cobardes, de estar echándose atrás, de no estar a la altura de la camiseta, de su atuendo; el hombre es mandado a la acción.

Cuando le tocan ahí, el hombre tiene que salir a demostrar quién es, tiene que salir a la lucha, salir al campo de batalla. No hay mucho más para hablar. Aparece el llamado al acto.

Los hombres llegan sólo a husmear el camino de la nada y por lo tanto sólo echan un vistazo al otro lado como hace el hombre del cuento de Kafka: ruego, soborna, desespera, desfallece pero se queda ante la entrada creyendo que iba a dominar al guardia que apenado lo dejaría, por fin, entrar.

El género masculino perfila sus estrategias, frente al otro lado se detienen en la puerta y comienzan a desatornillar su falo.

Escribir de nuevo, volver a escribir, no es repetir lo mismo. Era la “cuestión personal” cuando todo lo escrito en la pantalla de la computadora se había precipitado a la condición de la nada. La bronca, la puteada, la resignación, el intento de volver a escribir algo y la constatación de que lo que había escrito era irreplicable.

Era la nada, una nada especial pues aparecía allí donde creía tener algo que valía la pena y ahora esa sensación de pérdida, de falta.

¿Y qué hacer con lopreciado vuelto nada?

Una de las soluciones que encontré fue la reconstrucción de lo escrito y así lo intenté, con ese gusto amargo de que lo nuevo no llegaba ni a los talones de lo que ya no estaba. En un punto del camino de la nada hay algo perdido desde el vamos, no es posible la identidad con eso, desde el vamos el sufrimiento, la sensibilidad tan especial que nos dejó lo que había estado ahí.

En eso de reconstruir la nada estaba cuando tocan el portero del consultorio y llega una paciente de 25 años. Una paciente que por su forma de hablar, tan acaramelada, convincente, su manera de mirar y querer ser vista, podría ser definida como una *lady*.

Una mujer que no haría nada distinto a lo que se espera del comportamiento de una *lady*, pero venía a contarme un problema: un hombre que no era su marido la requería de otra manera que la que correspondía y ella sufría porque le estaba costando cortar esa relación. Le daba charla como daría cualquier *lady* pero no llegaba a ponerlo en su lugar como debería hacer cualquier *lady*. Se autoacusaba de no poder detenerlo, de no ubicarlo en su casillero y esto conllevaba una crítica a su marido por quien decía sentirse desatendida. Estaba demasiado ocupado en su trabajo y por eso ella no podía ponerle los puntos a tiempo a su amante platónico.

De repente, en el consultorio se corta la luz. ¡Maldición! Lo que había reconstruido, o sea reescrito, de lo que se había perdido apurado por el timbre de la paciente no había sido guardado completamente y otra vez la nada. Se había perdido parte de lo reescrito.

En la semipenumbra del consultorio le comienzo a contar a la

paciente lo que me pasa, le digo que había escrito mucho acerca de la nada... y que ahora tenía que masticar la nada, la *lady* dice muy acaramelada:

—¡Cómo habrás puteado!

—Sí, ya lo hice.

Y después agrega:

—Disfrutar la nada es la única solución.

Un hombre y una mujer son despojados de un objeto que aman. El hombre despojado manda al despojador a gozar del objeto en la tumba al decirle: “Que te sirva de vela en tu entierro”. Le predice que cuando ya no tenga vida, aún tendrá el objeto y éste será una burla ¿para qué le va a servir ahora? El objeto lo burlará y esta será la venganza del hombre despojado.

Ante el despojo, una mujer queda sensibilizada por la falta pero a diferencia del hombre llega a gozar de la privación.

El hombre se amedrenta con la falta y lucha con un fondo paranoico, con las críticas que se imagina. Ante semejante obstáculo el hombre se siente amenazado.

Frente a la falta, una mujer pierde esa consistencia por la cual teme, y esto puede llevar a que se consagre al Otro, se sacrifique o goce de la privación del Otro.

Es necesario desterrar el concepto de masoquismo femenino para toda mujer pues constituye, en principio, uno de los tres caminos posibles de una mujer.

Dice Eric Laurent en su libro *Las posiciones femeninas del ser*: “Lacan va a poner en duda el hecho de calificar esto como relación al ser, y ésta será la fuerza del concepto de privación que introduce: poder dar cuenta del goce particular que puede tener una mujer en despojarse del registro del tener, sin que eso dé cuenta de ningún masoquismo”.

Habla también de la relación entre la mujer, la castración, lo real, dice: “... ahí la castración en la mujer ya no puede operar, ya

no puede ser una amenaza puesto que ha sido efectuada, por tanto la mujer no teme nada y si hace su ser es desembarazándose de su tener”.³⁰

Habla de un goce del lado de La mujer, un goce por fuera del goce fálico. Laurent cuenta el caso de una paciente que contaba una recuerdo infantil en el jardín de infantes, donde lo que hacía era ir a la escuela y arrojar todo lo que tenía. Por ejemplo, tenía una cartuchera y la tiraba por encima de una verja que lindaba con un precipicio. No era posible que hubiera retorno, que hubiera compensación, que hubiera vuelta de eso. Entonces, agarraba un lápiz y lo tiraba, agarraba un sacapuntas y lo tiraba, agarraba un cuaderno y lo tiraba y por esto, lo que le devolvían sus compañeros era mucho prestigio. Tenía prestigio ante los compañeros por el desembarazarse de su tener, por el goce de la privación del tener.

Una mujer puede volver a tirar lopreciado a la nada, cuestión muy difícil de comprender para quien se queda de este lado del muro y cuida lo que tiene gozando sólo de una parte de lo que posee temiendo volver a perder lo que le queda de vida.

30. Laurent, Eric, *Las posiciones femeninas del ser*, Pág. 67, Tres Haches, Buenos Aires.

2-6 Se dice de las mujeres

Se dicen tantas cosas de las mujeres. Si aguzamos el oído y dejamos de lado los comentarios misóginos o las exclamaciones excitadas de una lengua revoloteando el objetivo del encuentro sexual, escuchamos tres comentarios que se repiten: las mujeres son vuelteras, enigmáticas, competitivas.

Se dice de las mujeres que son enroscadas, que son más vuelteras que los hombres. Esto se escucha en muchas conversaciones y habla, pareciera, de una característica específica de la mujer. Le dicen “vueltera” a una mujer que no se entrega a un hombre en el momento que él quiere. Muchas mujeres agradecen cuando se encuentran con un hombre, para quien, no querer hacer el amor, no las identifica con el atributo de “vueltera-histérica”. ¡Simplemente se trataba de que no tenían ganas! Pero que hay mujeres vuelteras, que las hay, las hay.

Se dice también que a las mujeres no se las entiende, que son un enigma. Se escuchan comentarios que aseveran que no se trata de entenderlas sino de amarlas, ¡quererlas así como son! Una mujer agradece encontrarse con un hombre que no sea un “cuadrado”, que pueda entender otras figuras geométricas que aquellas a las que está acostumbrado. Pero que hay mujeres que no se entienden, que las hay, las hay.

Se dice que las mujeres son competitivas y se pone como ejemplo lo que ellas dicen de ellas mismas. Se miden y toman medidas, los centímetros de busto, de cola, de cadera, si tienen cabeza, si son de plástico. Ellas dicen que es la forma social que se les exige pues los hombres son muy competitivos y ése, el masculino, ¡es el mundo al que hay que amoldarse! Pero que hay mujeres competitivas, que las hay, las hay.

Se dicen estas cosas de las mujeres: que son vuelteras, ¡incomprensibles, competitivas.

Freud es un viejo analista, subido al hongo desde donde mira cómo llegan a tratamiento tanto nenas como mujeres y separa dos lados: un lado explicativo y un lado del sentido.

Cuando Alicia llega al analista está desorientada y después de un tiempo, se despide con un saber hacer con sus continuos cambios, con su incontinencia de identidad.

El viejo analista tampoco comprende por qué ocurren los cambios que le acontecen en su cuerpo, ni la dirección de estos, ni su propia inclusión en la causa, solamente sabe que está ahí para dar sentido. Él da sentido, en este caso, orientación a una nena que llega con la cabeza en las nubes y los hombros por el piso.

El lado del sentido no es la explicación, ni siquiera la significación, sino el renombramiento de los cambios singulares de nuestro cuerpo.

Es doloroso cómo se estira y contrae cada mañana.

Es resistente a la explicación.

Si de chicos nos han enseñado que las matemáticas tienen un resultado certero, ¿qué decir de los resultados que sólo resultan en la medida que van resultando? No sólo hay que llegar a un resultado común sino que además hay que inventarlo mientras va resultando.

Esto es peor que el golpe en la cabeza contra las baldosas y que los golpes en la cabeza que se dará Leandro de 6 años contra la pared blanca, nuestro próximo paciente que llega al hongo diciendo que encuentra placer al hacer retumbar su cuero cabelludo en el marco de madera más cercano a la pieza de sus padres.

El lado del sentido tiene una extraña relación con el camino de la nada. Un hombre o una mujer temen atravesarlo.

Como hablamos de mujeres, ella teme atravesarlo y vuelve rápido a la seguridad que le da, la mirada a otra mujer y ese lugar tan consistente que es ser objeto de un hombre.

Si hay seguridad y consistencia ¿para qué mandarse sola por

aquellos caminos inciertos donde, aún el goce que resultaría del animarse, le sería desconocido?

Quedarse en casa sería el mejor consejo. Ya lo decía Renato Descartes en el comienzo de la Modernidad: el privilegio de estar perdido y caminar haciendo camino no es tarea en la que deban incursionar las mayorías. Estar sin camino, perdido, sin saber adónde está nuestro lugar seguro y consistente es angustiante.

Se dice entonces de las mujeres que son vuelteras, enigmáticas, competitivas. El epíteto de enigmática sería el único que habla de este salto riesgoso de una mujer hacia el camino de la paradoja, de la nada, allí donde el caminante inventa andando.

Lo enigmático es el resultado de la operación entre lo que no se sabe y lo que es imposible de saber, entre lo que podría saberse y lo que no, entre la ignorancia y el agujero insondable de lo perdido.

La mujer ha sido objeto de estudio del viejo analista con pipa y éste ha sostenido la presencia posible de esos tres caminos. Siguiendo uno, sostuvo la presencia de la envidia como hueso duro de roer, como final de viaje y siguiendo el otro la presencia del masoquismo en el fantasma. Freud sostuvo, pese a todo, que estos dos caminos podían ser explicados. Pero del camino de la nada, Freud, no ha dicho mucho más que el encuentro con una “rara existencia”, un goce femenino desconocido aun para las mismas mujeres.

Un goce “propiamente femenino” desconocido para las mismas mujeres. Esta paradoja es lo que hace decir de las mujeres que son enigmáticas.

Los otros dos caminos de vuelteras y competitivas, dicen otras cosas de las mujeres pero no dicen nada sobre lo enigmático.

El viaje por la competencia del falo es turbulento.

Una nena hace comparaciones entre uno y otro, entre una y otra. Cuando una nena se descubre sin pene, ¡gran tragedia! Pero luego aprenderá la diferencia entre el pene y el falo y que si bien no tiene pene, tiene gran facilidad para jugar con el falo. El falo se puede ecuacionar, fraccionar, multiplicar y crecer por distintos lados: en un padre, en un hombre, en un hijo y hasta en su propio cuerpo.

Las turbulencias del camino del falo no son cosa fácil de atravesar pues el goce adosado al él, al anoticiarse de la caída de la premisa universal, se arruina. Esto dificulta la continuación de la competencia. Muchas abandonan el juego, pero si siguen “no todo” se arruina. Alicia, casi ahogándose en la laguna de sus llantos, descubre nuevos amigos y sigue su camino.

Tampoco es fácil de soportar el camino del objeto. Estar en la celada de un hombre, ser objeto de sus deseos. Sostener el sopor de un hombre tanto como sus fantasmas resulta, muchas veces, insoportable.

Freud explica todo ello. Pero del camino de la nada no ha dicho mucho. Es un camino impresentable por medio de palabras. Un camino donde su goce es el de La mujer, que no es ninguna ni tampoco es vacío sino un goce particular.

Un camino riesgoso que se nombre mientras se recorre. El agujero y la falta también juegan el juego. Lo que va ocurriendo es sentido y es nuestro cuerpo quien lo siente.

Es un camino riesgoso, el goce de la privación está muy alejado del goce del tener, del goce fálico y también muy alejado del goce del objeto, del soportar al otro. Este tipo de goce se encuentra más cercano a los cambios que acontecen en el propio cuerpo. Esos cambios diarios donde uno no se mantiene ni por un minuto en identidad consigo mismo.

En los otros dos caminos hay conceptos que definen y circunscriben su objeto pero en el camino de la nada ¿cómo circunscribir las variables operantes de la nada? La nada no puede crear conceptos, simplemente nombrar un goce, el goce de La Mujer con el ‘La’ tachada.

2-7 El mordisqueo de la cotorra en la solapa

El tema de la mujer me llevó a pensar en cantidad de temas, escenas de mi infancia, películas que había visto, golpes en la cabeza pero sobre todo en temáticas como el sexo, el amor y el goce.

El amor, siempre recíproco, fetichista, temeroso de su término y charlatán. El goce, siempre inquieto, indiscernible entre sujeto y objeto, fabulando con atuendos. El sexo, siempre en orgías: ella desnuda, él y su pene soñando cómo sería.

El amor es ella hablando como una cotorra que le mordisquea la solapa, él piensa que es un sueño y se entrega a hacer lo que puede.

- 1 -

El amor siempre en primer lugar.

Es lo que queremos todos, el planteamiento de lo universal en la perspectiva subjetiva. El amor pide amor y uno sólo se enamora si, y sólo si, el otro está enamorado de uno. En la reciprocidad del amor, él y ella se quedan prendidos uno al otro.

No es difícil imaginar las súplicas del amor, los ruegos porque ella o él amen como nunca han amado en otra oportunidad.

Esas frases que piden que el otro diga primero: ¿Vos me querés? Decime que me querés... Yo también te quiero.

El ruego es tanto la convocatoria del amor como el temor a no ser correspondido. El amor está obsesionado con su término. Uno y otro temen quedar enganchados al amor sin darse cuenta de que el amor ya no es más recíproco. Y ahora debe llamarse sufrimiento.

El amor comienza y no importa cuándo comienza sino cuando termina. Cuándo ese “uno y otro” quedan desenganchados.

¿Qué es lo que queda de ese desenganche en cuanto al amor?

Ésta es la obsesión del amor ¿cuál es el término del amor? No solamente el momento en que el amor termina y muestra la asimetría del cortado y el cortante sino cuales son las posiciones en que éste se mantiene rozagante y no se marchita,

El amor es un asunto de mucha gravedad.

En el cuento de *La Cenicienta* hasta el príncipe va hacia la parte olorosa del atuendo y prueba, una a una, a todas las mujeres del reino, prueba el zapatito con el cual encontraría el amor de la vida.

El amor es correspondencia, amor de un lado y de otro, pero sobre todo es un asunto legal que hasta el Estado toma juramento. El amor es un asunto de Estado.

Y el zapatito es el único indicador del encuentro posible con el amor. El zapatito es un fetiche pues calza en una y sólo en una mujer. El príncipe halla a su princesa en lo más oloroso de su reino y el fetiche llega hasta lo más bajo de su reino metiéndose el poder en lo más íntimo del otro.

A la Cenicienta, el príncipe la levanta del peor lugar y la convierte en una princesa, el lugar más codiciado para toda mujer que se considerara lo suficientemente bella y con lengua suficiente para mordisquearle el cuello de la camisa al príncipe susurrándole cuanta dulzura encontrase para incitarlo al amor.

No fue un susurro, si una escapada de la cenicienta la que, por fin, permitió al príncipe tener la certidumbre de su objeto amoroso. Sólomente una mujer que se vaya de esa forma, olvidándose hasta de sus objetitos, manda un flechazo profundo al corazón del príncipe. Este enamorado hace el juego del amante en búsqueda de su objeto que es ahora el pie de una mujer que entre en el objetito que ha dejado quien ha escapado.

El cuento que recuerdo sigue un poco más pero tiene un final feliz. Nos han contado hasta ahí. La enorme felicidad del amor. Pero no siguieron contando acerca del nombre verdadero de *La Cenicienta* que se llamaba Cristina, ni que mucho tiempo después de eso que empezó con el zapatito entrando en la horma de su pie, se convirtió en una llorona y su príncipe en un borracho llamado Tomás.

El máximo sufrimiento había vuelto a asolarla. Después de haber creído en el amor volvía el desamparo. ¿Qué había pasado con el amor?

Ese zapatito había permitido esa correspondencia de sujeto y objeto, una correspondencia entre La Cenicienta y el príncipe. Ese

zapatito es la condición erótica con la cual nos acercamos al otro y gozamos de pensar que el encuentro del amor es posible. Ese zapatito es nuestro instrumento que hace que toquemos cada mujer en busca de las medidas.

Ese señuelo que tiene en sus manos el príncipe como única presencia de La mujer, tiene el olor del fetiche. Ese zapatito, un objeto con diminutivo, encierra las condiciones eróticas que un hombre debe encontrar en su objeto para re-encontrarlo y ese objetito es la posibilidad de no perderse en la búsqueda y comprobar que el encuentro no es el equivocado.

Freud observa al fetiche y sostiene que el hombre no lo piensa como algo negativo sino todo lo contrario. Ese particular objeto es la condición erótica que lo convierte en amante y lo ubica en el camino del encuentro entre el sujeto y el objeto.

Pero tampoco está feliz de tenerlo en sus manos pues el fetiche sustituye a otro objeto mucho máspreciado, término y final feliz de la búsqueda. Es el instrumento de la búsqueda con el cual el príncipe toca a todas las mujeres y elige del reino aquella que entra en su zapatito. El príncipe quiere encontrar a la princesa pero teme también esa posibilidad de encuentro. Va en busca de su amada pero tiene cara triste, el fetiche le trae viejas dudas y añoranzas. Ese fetiche tiene un raro nacimiento, dice Freud pensando en sus primeros momentos, cuando una mirada curiosa se detiene ante lo siniestro y en esa mirada queda congelada un momento, justo antes de anoticiarse de la inexistencia del falo materno. Siempre cerca del amor, de esa detención posible, hallamos la presencia de la angustia.

El fetiche soluciona la correspondencia del amor pero no puede solucionar la detención de la mirada, ese momento en que el sujeto vio lo que no esperaba ver.

El fetiche y el objeto femenino. El fetiche es la presencia de una ausencia, del objeto perdido ya una vez.

Esto tiene el príncipe en sus manos, el indicador de una correspondencia posible con el objeto pero que no lo preserva totalmente de la equivocación, ni del temor de la pérdida y la angustia de saber que el objeto está irremediabilmente perdido.

El objeto del amor es reencuentro de un objeto, pero esto marca una pérdida primera: el fetiche sustituye al falo, dice Freud en "El fetichismo", pero no a cualquier falo sino al falo de la madre.

Si el amor plantea la felicidad, la correspondencia entre el sujeto y el objeto, el fetiche es la condición erótica pero conlleva también la certidumbre de que el objeto se ha perdido. Ese objeto tiene las mayores consecuencias en el sujeto, si bien el fetiche no es "patologizado" por el sujeto, la búsqueda del objeto "patologiza" al sujeto. El objeto femenino es la pérdida del objeto. El objeto femenino no tiene la misma consistencia que el fetiche como sustituto del falo y condición de acceso al otro.

- 2 -

Aparece otro elemento que es el goce. No plantea el derecho universal de todos ni se queda quieto un minuto para su catalogación, pasa de unos a otros con una ligereza por la que es cuestionado. El goce no separa la epistemología del sujeto y del objeto, no sabe quién es quién, no tiene esa deferencia de ubicar príncipes y sirvientas, escalas sociales por trajes diferenciados, prosapias y títulos de nacimiento.

Tiene distintos tipos de ropajes, y por eso existen muchos tipos de goces diferentes: un goce absoluto, un goce de La Mujer, un goce fálico.

Un goce absoluto cuya creencia sostienen los hombres cuando piensan que la orgía comienza cuando una mujer está desnuda y van hacia ella. Pero súbitamente descubren que, al ir hacia ella, se angustian. Esa mujer, ese objeto femenino, tan desnuda, tan entregada a nuestra penetración, angustia. Esa mujer se levanta de donde estaba tirada, se ha dado cuenta, se cubre y cubre a su hombre. Ya no se trata de ese príncipe azul buscando denodadamente el pie que corresponda con su fetiche sino ese goce absoluto que al aparecer al desnudo, angustia. Esa mujer se viste. El goce debe aparecer vestido con un atuendo que lo vuelva presentable, no sólo para una fiesta de compromiso sino para las más desenfundadas orgías de placer.

Un goce de La mujer que vivencian no solamente las mujeres, pero sobre todo ellas. Ese goce es una operación de acercamiento y de huida, de inciertos propósitos, de confusión entre el amante y el amado. La cobertura de esa angustia no puede ser hecha tirando un trapo encima del muerto, la cobertura tiene que ser de deseos, de idas y vueltas, de huidas.

La Cenicienta, antes que le llegue la hora, sale corriendo y en esa huida deja caer ese objetito convertido a la condición fetichista, a la posibilidad esperanzada de encuentro entre sujeto y objeto, por la que será reencontrada en otra ocasión. *La Cenicienta*, al escapar, salva de la angustia al príncipe que sale de la fiesta que, en realidad era una orgía (de miradas), en busca de su objeto que ahora se ha convertido en su amada. Esa huida lo convierte en amante que va tras el objeto femenino y buscará entre las mujeres del reino quien entre en el zapatito.

Por último hay otro tipo de goce, el del falo. El goce del instrumento que siempre nos viene con preguntas ¿llegamos hasta donde llegamos, lo incognoscible o solamente conocemos hasta la punta de nuestro instrumento?

Lacan habla del goce del falo: "El goce fálico es el obstáculo por el cual el hombre no llega, diría yo, a gozar del cuerpo de la mujer, precisamente porque de lo que goza es del goce del órgano".³¹ El falo no penetra lo Real, en su movimiento de subida y bajada el hombre no llega a La mujer y se queda atragantado en el instrumento pero salvado de la angustia.

31. Lacan, Jacques, *Seminario 20: Aún*, Pág. 98, Paidós, Buenos Aires.

Un hombre y una mujer hacen el amor. En esa escena, el hombre cree que una mujer desnuda es el paisaje más lindo que puede observar; mientras, una mujer, se va sacando la ropa poco a poco. Ese hombre llegó a un paisaje increíble pero, como ocurre en algunos viajes, no puede sentirse del todo adentro, lo que está pasando no es del todo a él que le está pasando. Esa mujer es como un sueño, duda si no estará soñando, se cuestiona el principio de realidad frente a esa mujer y esto lo hace mirarse el pene. El hombre se angustia porque se siente lejos de esa mujer desnuda y su pene también está lejos de donde él mira a esa mujer desnuda.



La cosa debería seguir adelante, la mujer se ha dado cuenta de lo que pasa y lo impulsa a hablar del paisaje que ve. El hombre habla del lindo cuerpo que tiene entre manos, de la curva de la cola, de la tersura de la piel, del olor en el cuello. El hombre sigue hablando y se convierte en una cotorra, al ponerse encima del oído de la mujer diciéndole lo que podría estar gozando si pudiera sentirse adentro del paisaje. De repente, algo se destapa en el hombre y aparece la turgen- cia, la frotación, la explosión y hacen el amor como nunca.

La mujer le mordisquea la solapa, le jadea al oído, sabe que no hay palabras para lo que está sintiendo y empieza a decir “te amo” y lo repite y lo vuelve a decir una y cien veces. Ya no es posible contar las veces que esa mujer, ahora también ella cotorra, repite y repite “te amo”.

La figura de la cotorra aparece en un cuento lacaniano que narra acerca de una cotorra enamorada de Picasso. Ésta se le acercaba al oído y cuando iba a hablar le picoteaba las solapas de la camisa. Picasso se preguntaba acerca de ese mordisqueo y con su hábil penetración surrealista, de cortes de espacios y planos, percibe que era mosdisqueado en una parte de su atuendo, en las solapas.

Piensa el Picasso lacaniano: “Lo esencial al hombre, su atuen-

do” y ¿cómo se notaba? En la manera como la cotorra le mordisqueaba el cuello de la camisa y las solapas de la chaqueta”.³²

La cotorra dejaba una marca en la solapa. La palabra solapa escondía algo enigmático que me llevó a abrir un diccionario donde las palabras mueren para siempre y encontré dos significados: la solapa es una parte de la ropa que vestimos que se dobla hacia fuera. El otro significado es que la solapa es la forma en que una “ficción disimula una cosa”.

La cotorra disimulaba lo que le pasó a Picasso con la cosa y, mirando al lugar donde la prenda hacia un giro hacia fuera, aparecía la cotorra con su forma singular de mordisquear, de llamarle la atención, de seducirlo, de molestarlo, de marcar su presencia.

“Cotorra” también tiene otro significado que no se encuentra en el diccionario y habla de una parte de la mujer, su genital, que es llamado de esa manera.

Ante la fascinación de los hombres que parecen excitarse cuando una mujer se saca la ropa y piensan que la orgía comienza a la hora en que está al desnudo, la cotorra dice que sólo el atuendo, la forma “solapada” de lo Real es lo que excita, cerquita del oído.

El hombre es el zapatito que reencuentra el pie e intenta subir hasta la mujer pero, como cuenta Freud, en esa subida está el encuentro aterrador con eso que no se pensaba ver: lo siniestro.

El atuendo viste al goce y en cuanto a esa mujer, dice Lacan, “...lo que hay bajo el hábito, y que llamamos cuerpo, quizá no es más que ese resto que llamo objeto *a*”.³³ Ese objeto que él descubre, ese objeto que causa angustia en alguna de sus cinco apariciones, de sus cinco pisos, es el cuerpo como fondo de goce, en tanto aplanado y en múltiples espacios, como un cuadro de Picasso en su época surrealista.

La mujer saca ganancias de ese saber que posee con respecto a la naturaleza del goce, de la angustia de los hombres que aparecen al desnudo y del objeto fetiche que los convierte en poseedores de condiciones de amor, erotismo y por tanto en amantes.

32. Lacan, Jacques, *Seminario 20: Aún*, Pág. 13, Paidós, Buenos Aires.

33. Lacan, Jacques, *Ibid.* Pág. 14.

Una mujer se ocupa de la vestimenta de su hombre y recubre todas las arrugas con palabras, esas grandes cubridoras. La lengua de mujer es objeto de deseo, objeto a ser extirpado para su control, como en la película de Sade, pero también la lengua de mujer es la voracidad con las palabras que las convierte en cotorras que nos mordisquean.

El otro día, Laura, adicta a la cocaína, me pregunta si probé cocaína. Yo le respondo que nunca probé cocaína y ella me dice: “No sabés lo que te perdés, deberías haber probado”.

Le digo acordándome de lo que me había dicho la *Lady* que tenía por paciente: “Gozo de la privación de no haber probado”.

El goce de la privación era un goce particular y era la primera vez que decía eso. Lo que me era difícil de comprender ahora era sentido: se goza de lo que no se ha probado y sin perder la perspectiva de que me hallaba en la cultura de la prueba permanente, del picoteo, de la experimentación. Pero ¿cómo puede ser que uno goce de lo que no ha probado y que representa la nada?

Ahora sentía de otra manera esas palabras que hablaban del goce de la privación. Recordé a la paciente de Eric Laurent, esa que tiraba lo que tenía más allá de la verja, tiraba cosas preciadas a la nada y gozaba de la privación.

- 4 -

El goce de la privación aún me sigue pareciendo un goce riesgoso, un goce al que hay que llegar y no encomendarse a Dios, que sea lo que sea. El camino de la nada es así. Un goce por el cual se lucha, se sufre, se busca pero para que no sea una verdadera locura tirarse en él, para que no nos quedemos trastornados perdiendo lo que queremos, debemos mordisquear la solapa como cotorras y ver qué pasa en la repetición de las palabras, repiqueteando lo más cerquita del oído del otro.

El hombre consigue finalmente desnudar a la mujer, ¿qué le pasa ahora al hombre que ha desnudado a una mujer? Su pene ya lo ha turbado, ya ha padecido los problemas disfuncionales y la

pregunta acerca del otro sexo. Entonces, pone el fetiche en juego y algo funciona, la correspondencia aparece, hace entrar el pie en el zapatito, sólo ahí y en ese momento, los dos acaban al mismo tiempo.

CAPÍTULO 3

ACERCA DEL MASOQUISMO FEMENINO ¿UN SUEÑO FREUDIANO?

Era la época en que estaba intentando comprender qué había querido decir Freud con eso de masoquismo femenino y leía los textos: “La feminidad” y “El masoquismo”. Era la época también en que Leandro, de seis años, venía traído por sus padres porque se golpeaba la cabeza cada vez con más intensidad contra el marco de la puerta del baño y era la época en que tuve un sueño que recuerdo con nitidez un poco angustiante. Yo mismo estaba incluido en él, iba de un lado a otro caminando y todas las personas con las que me encontraba eran pacientes. El razonamiento era: si con los pacientes debía mantener abstinencia sexual, el llamado por Jean Allouch, tratamiento “en seco”, entonces si no encontraba un “no todo” paciente me quedaría sin tener nunca más contactos sexuales, arruinado. Era angustiante, parecía un sueño masoquista, un sueño que hablaba del masoquismo de la posición del analista.

Eso me pasó; contarle todo junto no me resulta fácil entonces lo separaré en tres, cuando, ante la pregunta acerca del masoquismo femenino, descubrí que también había que hablar de masoquismo del niño y de masoquismo del analista.

Si hablamos de los cuentos donde una nena es protagonista, ahora hablaremos del cuento del surgimiento de una mujer que Freud cuenta frente a la pregunta por la identidad de una mujer, frente al enigma de una mujer.

En el cuento del surgimiento pasan muchas cosas pero una fundamental, la mujer atraviesa una ruina, la de una creencia. La premisa universal del falo se arruina y deja a la mujer maltrecha y preguntándose por la identidad ante la cual se le abren diferentes caminos: el de la soportabilidad, el de la privación, el de la atrofiabilidad.

El cuento de la mujer ubica a Freud como a un hábil antropólogo, fascina y se fascina mirando entre las ruinas de las mujeres y ubicando un hecho fundamental: la ruina, una ruina inexorable en la raíz de una mujer.

Desde esa ruina transitarán los cambios que la llevarán hacia la feminidad normal. Freud habla de feminidad normal pero nunca explica mucho acerca de ello, sólo dice que hay que llegar a eso. No dice si se trata de superar esa ruina, soportar esa ruina o encontrar los restos de La mujer en la ruina.

En el camino hacia la feminidad normal acontecen detenciones. Dos paradas son las que investiga con minuciosidad: la inhibición del goce fálico que nombra como neurosis y la constitución del complejo de masculinidad que es atisbo de lo que será llamado perversión. También dejó trazos marcados para que luego Lacan hablara del empuje al goce absoluto de la mujer en la estructura psicótica.

De la ruina, Freud no se cansa de hablar. Extrae de ahí un armazón teórico, estrategias clínicas, cuentos que hablan de lo que acontece en el tiempo más antiguo, en ese tiempo mítico de la niñez donde nosotros no somos dueños ni siquiera de nuestros recuerdos.

Freud, nuestro investigador, con un método increíble con el cual da sentido, investiga lo que queda fuera en la constitución misma de una mujer, los restos mismos de lo “propriadamente femenino” y lo nombra como un goce. También habla de la posición masoquista que es dejada por la ruina y la manera en que se afirma para salir de ella y seguir adelante.

Cuando Freud escribe el texto “La feminidad” es viejo. Viejo contador de historias, viejo por su edad cercana efectivamente a la muerte tantas veces imaginada, y también es un viejo analista. Freud es adem{as padre y abuelo. “Viejo” entonces es un significante importante de ubicar para hablar de la cuestión femenina pues lleva a tres significaciones diferentes: al padre, al viejo analista, a la tercera edad. pregunta Alicia: ¿Qué puede saber un viejo de la sexualidad de una nena/mujer?

Freud no se anda con vueltas y sostiene que la diferencia observable entre la masturbación masculina y la masturbación femenina se debe a la ruina acontecida en el surgimiento de una mujer. Explica: una mujer detiene el toqueteo de su clítoris al percibir que no es igual al pene y entonces el goce masturbatorio con el órgano queda arruinado. A renglón seguido, Freud sostiene que esa ruina no solamente le compete a ella misma en su intimidad sino que la ruina también se desplaza a sus elecciones de objeto más tempranas. A la gente más cercana a ella y con las cuales entrará en conflicto.

La relación con la madre atravesará una zona de turbulencias cuando perciba, no solamente que ella no tiene pene sino que su madre, a quien creía fálica, tampoco lo tiene. La nena descubre esa diferencia que abre dos campos: el tener y el ser. Ya no se trataba de tener o no tener pene sino que se trataba de la constitución del ser y del significante falo. Con este saber, una nena puede realizar operaciones matemáticas, o llevar adelante fracciones o buscar su identidad en las tablas de multiplicar.

En lo más recóndito de lo inmemorial hay un conflicto. En la propia intimidad y en las relaciones más cercanas con el otro, una turbulencia, una eclosión meteorológica, una tormenta. La ruina de la premisa universal del pene que conlleva la ruina del ser y la multiplicación del falo.



Figura 8

Se abre el camino atrofiado, el camino insoportable, el camino de la privación.

El camino atrofiado nos conduce por la senda del falo donde Freud habló de “envidia al pene”. Esa nena queda con una sensibilidad muy especial a lo que súbitamente tenía y ya no. La envidia arruina a quien siente aquello que no tiene como una marca de lo que debería estar y no está. Esa nena comienza a hablar como una cotorrita acerca de las razones que se podrían dar para explicar eso que no está.

El camino de lo atrofiado es el camino donde los objetos muestran su cualidad atrofiada y en un movimiento de arriba para abajo, dejan de ser lo que fueron, de algo idealizado a lo que queda de eso: lo nauseabundo, lo asqueroso, lo vergonzante, lo lastimoso.

Del otro lado de lo atrofiado se yergue lo eréctil, la cualidad de lo eréctil. Base de todo lo relacionado con el poder y para el cual parece que no hay par.

Este es el camino del falo, la cualidad eréctil (atrofiada) es un par que no tiene par, lo eréctil es el poder que se mete con el Otro, la máxima potencia ante cuya comparación todo parece palabrería y aunque acusemos al falo de monárquico, de desalmado y de cosas peores, nos postramos ante ese poder. Dicen que es una cuestión pragmática, de buen sentido: si queremos nuestro bien debemos hacerle caso.

Las mujeres comprenden las tribulaciones a que conduce, a los hombres, este par sin par. Comprenden el alcance del pragmatismo masculino pues una mujer ya ha ecuacionado el falo de muchas maneras posibles y en diferentes proporciones, una y otra vez con mucho pragmatismo.

Una madre embelesada observa el pene diminuto de su recién nacido, ¿cómo esa cosita ha marcado tantas diferencias entre hombres y mujeres?

Desde el comienzo se trata del falo que una mujer observaba en la respuesta del espejo a la pregunta: “Espejito, espejito, ¿quién es la más bella?”

La belleza no angustia tanto por la amenaza constante de su decaimiento sino por la rotación hacia otra mujer, llevándose con ella la propia mirada. Silvina, La Cenicienta, decía que todo se le había dado vuelta; ella que durante su adolescencia se había sentido la más bella ahora decía tener una herida en su autoestima.

Estaba aterrorizada porque la imagen de la otra mujer, más bella, esa imagen la obsesionaba y se angustiaba preguntándose si, en el fondo, no le gustarían las mujeres.

La sensibilidad frente a ese par que no tiene par, frente a lo eréctil (atrofiable) conlleva a una mujer múltiples consecuencias. Desde la marca de la ruina, que el antropólogo freudiano resalta, pasando por el decaimiento del goce fálico y llegando al origen de las ecuaciones simbólicas. Si no tiene pene entonces esopreciado se compensará en la presencia de un cuerpo hermoso o con la presencia del pene en el hijo varón, o en el marido, o en el padre, o en su profesión o...

Una mujer se mira insistentemente al espejo y no mira en él solamente su belleza actual sino su decadencia porvenir. En el camino de lo atrofiable está la pregunta de la mujer por la máxima belleza que se ubica, tarde o temprano, como en un movimiento de rotación terrestre en otra mujer. La máxima belleza que una vez perteneció a una mujer, aunque sea en sueños, le pertenece ahora a la otra.

El camino del falo lleva a Freud a hablar de envidia del falo pero no es la envidia de un objeto exterior o un objeto que le pertenece a otro. Se trata de un objeto que no tiene par y que nos perteneció y que sufrimos por su pérdida o por el decaimiento de su potencia.

Freud también investigó otras sendas como la que condujo a plantear el tema del masoquismo femenino. Este concepto nos permite cambiar de perspectiva y hablar del camino del objeto. Recorrido que habla de la soportabilidad del otro, mejor dicho, de la in-soportabilidad del otro que nos constituye como objeto del deseo enmarcado en una escena fantasmática, puesto en relación al deseo del Otro. Trabalenguas que hay que decir con cuidado, porque en ese decir con dificultad está la maldición y la “maldición” del otro.

Freud habló de masoquismo femenino y retorna la pregunta por la cuestión del género, ese goce más allá del fálico y del Otro absoluto, ¿por qué llamarlo masoquismo femenino?

Freud se complicó en la respuesta pues quiso explicarlo con referencias a supuestas posiciones femeninas ligadas al dolor como el coito y el parir, cuestiones que no explican más que un desconocimiento freudiano que enmarcan tanto su fantasma, como sus prejuicios ligados a su tiempo histórico. Freud confunde posiciones femeninas con determinaciones de género. Freud es honesto y dice que, a pesar de la confusión entre uno y otro, aparece con nitidez el concepto de masoquismo femenino.

Freud investigó una tercera senda. En el camino de la nada, Freud no ubica ningún concepto salvo la presencia de un goce femenino desconocido aún para la misma mujer. Lacan ha nombrado ese goce como el de La mujer –con el La tachada– y de esta manera resalta la impotencia freudiana de nombrar al goce del inconsciente. Lacan se sienta, como analista, arriba del hongo, también es viejo y desde ahí analiza por que el descubridor del inconsciente no había podido nombrar con precisión el goce que lo ceñía.

Sería ridículo hipotetizar que Freud, quien había comenzado su odisea por las mujeres, cuarenta años después dijera que el masoquismo femenino se explicaba por el dolor corporal que una mujer siente en las posiciones del parir y del coito.

- 3 -

El inconsciente es resistente a la comprensión sin apelar al campo del sentido y en éste se arman historias de sentidos, alejadas de todo discurso científico que más que explicar muestran. Freud muestra la presencia de ese goce incierto, de ese goce aún desconocido para las mismas mujeres.

Sin embargo, en ese punto de desconocimiento, vienen a batallar una profusión de conceptos que aportan confusión tanto a la comunidad analítica como a las diferentes formas de prácticas sociales que piden, en algún momento alguna explicación rigurosa

de los motivos de la conducta política, subjetiva y sexual de las mujeres.

Freud crea un concepto muy potente que es utilizado para explicar ese goce desconocido, generando una confusión que tiene consecuencias en nuestra clínica, en nuestros pacientes, en las formas de relacionarnos en tanto hombres y mujeres.

Freud aporta a la confusión al nombrar de esta manera este concepto ¿Qué quiso decir? ¿Existe un tipo de dolor propio de las mujeres que sólo necesitaría una mirada atenta para ubicarlo?

Freud estimula a pensar, a encontrar paradojas, contradicciones, indicadores clínicos y cuestiones personales que nos permitan volver esa supuesta experiencia empírica del masoquismo para todas las mujeres en algo más que una característica de género.

El masoquismo femenino me condujo por el camino del objeto. Objeto tanto del deseo del otro como objeto al que nuestro fantasma quiere, por fin, tener en sus manos como demostración de felicidad –o al menos como apaciguador de la angustia de muerte.

Freud puede ser tomado de diferentes maneras pues si bien habla del concepto de masoquismo femenino esto no deduce en la existencia de un masoquismo de todas las mujeres.

En el texto freudiano “El principio económico del masoquismo”, ubicaremos este tema fundamental que nos llevará a separar tanto lo femenino de las mujeres como La mujer de una mujer.

Freud ubica al masoquismo femenino dentro de una serie en la cual también encontramos al masoquismo erógeno y al masoquismo moral. Una primera evidencia: no es fiel, a la letra freudiana, hablar de masoquismo femenino sin ubicarlo en la serie masoquismo erógeno, masoquismo femenino y masoquismo moral.

Una serie en la que existen relaciones diferenciadas entre los tres, el masoquismo erógeno es “... el placer en el dolor; constituye la base de las otras dos formas restantes”.³⁴ En cambio, el masoquismo femenino, asevera Freud, es el masoquismo observable, no necesariamente exige explicación alguna por su certeza empírica,

34. Freud, Sigmund, *El problema económico del masoquismo*, 1924, Pág. 2752, Biblioteca Nueva, Tomo VII, Argentina.

a diferencia del masoquismo moral para el que necesita todo el andamiaje de conceptos psicoanalíticos sobre el aparato anímico y que “... ha sido recientemente explicada por el psicoanálisis como una conciencia inconsciente de culpabilidad”.

Del masoquismo femenino, Freud dice: “... es la forma más asequible a nuestra observación” y es “... una manifestación propia de la feminidad” que “... no plantea grandes problemas” para la comprensión analítica. En cambio, el masoquismo pulsional y el masoquismo moral necesitan todo el andamiaje de nociones psicoanalíticas que expliquen esa conciencia inconsciente de culpabilidad como constituyente del aparato anímico y ese valor excitable del dolor en las zonas erógenas.

Freud, al armar la serie erógeno-femenino-moral está armando su marco conceptual en esa época, pasado los años 20, época que se da en llamar la tercera época freudiana. Existe un masoquismo a nivel pulsional, propio de lo excitable de las zonas erógenas, de los agujeros donde la pulsión realiza su recorrido. Otro masoquismo que habla de la soportabilidad del Otro que lo llama masoquismo femenino y un último, llamado masoquismo moral, del cual Freud dice que ha sido descubierto, nombrado e interpretado por el psicoanálisis.

El masoquismo femenino no puede ser entendido sin pensarlo junto con el masoquismo erógeno y el masoquismo moral. En esa serie que va del masoquismo pulsional, al masoquismo en la posición de objeto frente al deseo del otro y al masoquismo donde la duplicación se encarna en el propio aparato.

No es lo mismo decir masoquismo femenino que decir todas las mujeres son masoquistas. Este resbalón en la comprensión es propio de la voracidad de la política que, intentando meterse en lo más íntimo del otro, toma conceptos que clavan al otro en una supuesta comprensión de su conducta.

El concepto de masoquismo femenino habla de otro concepto como es el del fantasma. La posición en que cada uno queda ubicado en el lugar del objeto frente al deseo del otro, es masoquista. Si bien esto causa angustia también es constructor de la subjetividad. En la constitución del fantasma acontece una duplicación de la posición masoquista que permite la emergencia del deseo.

El concepto de masoquismo femenino es una nueva forma freudiana que cambia la forma de pensar la clínica. Los caminos de las acciones humanas no van por el lado del buen sentido cartesiano. El principio del masoquismo lleva al hombre a golpearse, una y otra vez, contra el marco (muro) de la puerta de su fantasma, intentando alcanzar ese objeto o siendo alcanzado por ese objeto.

3-1 Golpearse la cabeza contra la pared

Llegan los padres de Leandro a consulta pues en reiteradas ocasiones éste se ha golpeado la cabeza contra la pared. Han notado que sus cabezasos empiezan más suaves y van “in-crescendo”, cada vez con más fuerza y que eso mismo les pasa a ellos con su desesperación. Cuando no resisten más, el padre empieza a gritar como loco y a la madre le agarra un dolor intenso en el estómago; pese a todo, intentan decirle y redecirle que eso es doloroso y que no lo tiene que hacer pero él lo sigue haciendo.

Es como si Leandro no entendiera ese gritar como loco del padre y ese retorcimiento de estómago de la madre quien para transmitirme lo que siente, pone cara de dolor de estómago. Ahora siente continuamente ese dolor que comenzó con los golpes del cuero cabelludo de su hijo contra el marco de madera del baño, el más cercano a la pieza de ellos.

A la semana, llega Leandro: un hombrecito de 6 años. Le digo que sus papás me han contado que se golpea la cabeza, le presento una pared y le pido que me muestre cómo se golpea. Leandro comienza despacio a hacer chocar su cabeza contra la pared, y en el sonido y en la forma en que su cabeza retumba, se nota que los golpes van subiendo en intensidad, en un momento le digo: “¿Cuánto duele el dolor?”

Leandro parece entender esta pregunta acerca de la duplicación del dolor, de la soportabilidad del dolor. No entendía eso que le decían y repetían los padres acerca de que golpearse la cabeza contra la pared producía dolor, que no debía hacerse, que estaba mal, era tonto no entenderlo y como él no llegaba a entenderlo, ¡era tonto! Por eso también se golpeaba.

Ese golpearse la cabeza era una manifestación, en la clínica, del masoquismo y dejaba entrever claramente que el masoquismo y el sentido común no estaban del mismo lado, que era difícil de explicar esta condición humana de encontrar un placer en el dolor.

Yo me había golpeado la cabeza de chico contra las baldosas y ahora me la volvía a golpear intentando comprender por qué Freud no había hablado de masoquismo infantil siendo en la clínica tan evidentes las manifestaciones de este placer/dolor tan particular.

Se trataba de la soportabilidad de Leandro, la cuestión de la duplicación del dolor como objeto del deseo del otro y como objeto en el fantasma. Leandro no solamente es objeto de ese golpearse la cabeza sino del deseo de la madre y su dolor de panza y del padre y su pregunta por su autoridad que lo hacía ponerse a gritar como loco.

Si continuamos una deriva genealógica, Leandro será objeto del padre del padre, que había dicho que la única manera de aprender era “a los golpes” y de la madre de la madre, que había dicho y no solamente dicho sino vivido eso de que “tocar fondo” era la única manera de salir de lo peor.

- 1 -

Ni bien entramos por el tema del masoquismo aparece el golpearse la cabeza contra la pared y las cuestiones planteadas por Freud: ¿ese masoquismo es primario al hombre o secundario?, ¿es una respuesta del hombre a lo que ha vivido pasivamente, en forma traumática y que ahora lo vuelve activo, lo escenifica o está desde el vamos, desde el mismo andamiaje pulsional?

Las preguntas por los pares primario-secundario y pasivo-activo se volvían angustiantes para los padres de Leandro pues si éste se golpea la cabeza contra la pared, ¿será primario, sin ninguna derivación de la forma en que ellos han tratado al chico? o ¿es que está volviendo activo lo que sufrió en forma traumática, pasiva?

Cuando le pregunto a Leandro cuánto duele el dolor, éste detiene el golpetear de la cabeza contra la frágil y marcada pared blanca del consultorio y descubro un tiempo, entre golpe y golpe, para intentar decir algo del masoquismo.

Freud habla de un masoquismo primario y de otro secundario, al primario lo llama masoquismo erótico, refiere al retumbar de los órganos que se erogeneizan más allá del par placer-displacer y encuentran en el dolor un estímulo de lo más apropiado para su capacidad excitable, en cuanto al masoquismo secundario, ubica dos: el masoquismo femenino y el masoquismo moral.

Esto nos parte la cabeza.

¿Por qué no hablar de un masoquismo infantil tan evidente en la cabeza que se estrella en el marco de la puerta lo más cerquita de los padres de Leandro?

El psicoanálisis nace de una separación entre la neurosis infantil y la neurosis adulta y un espacio latente entre medio. Freud, todo el tiempo, habla de que el segundo tiempo se reconfigura según los modelos que deja el primero, ya sepultado, olvidado, reprimido. Pero en cuanto a “El masoquismo”, texto que escribe en 1924, no retoma esa configuración de los dos tiempos de separación y sobreimpresión entre infantil y adulto y sí habla de dos sobreimpresiones diferentes:

- Del masoquismo femenino por sobre el masoquismo erótico.
- Del masoquismo femenino por sobre el masoquismo infantil.

El tema del masoquismo conlleva un cambio en las conceptualizaciones freudianas que habían acompañado el nacimiento y el desarrollo del psicoanálisis. En esta tercera época freudiana, como señala Juan Carlos Cosentino,³⁵ el masoquismo sólo se entiende si se pone en relación ese golpearse la cabeza contra el marco del baño con el dolor de panza crónico y agudo de la madre y con el grito enfurecido del padre. Sólo se comprende el concepto de masoquismo femenino si ubicamos en el centro de la mirada: la dimensión del fantasma y sus tiempos gramaticales.

Freud descubre en el texto “Pegan a un niño” (1919) que hay una escena de tres tiempos gramaticales, tres pronombres, y tres condiciones psicológicas distintas. Tres escenas que puedan dar a cada uno para armar su propia película donde un chico es pegado y una chica es abusada por la gente más cercana. ¿Son los padres o no son los padres? ¿Son ellos los pegados, abusados o son otros chicos los que estuvieron en ese lugar? No se logra ver bien en esa escena pero lo que esconde, lo que sólo deja vislumbrarse en sombras y olvido, habla de un chico recibiendo una paliza, un chico siendo golpeado.

35. Cosentino, Juan Carlos, *Las resistencias en la práctica freudiana*, Manantial, Buenos Aires.

Eso entró en la mirada analítica y de esa escena se podía seguir, como hábil detective, la matriz de todas las huellas posteriores. Ahora sólo restaba saber qué valor tenía esa escena en la configuración de la subjetividad y cuánto de operacionable tenía el manejo de semejante información.

Estos temas, Freud los comenzó a desarrollar entre 1919 y su muerte en el 23 de septiembre de 1939, temas que configuran el llamado tercer tiempo dentro de las conceptualizaciones freudianas. Freud es honesto y nos cuenta lo que ve en la clínica, qué preguntas tiene, qué logra articular de los síntomas, qué problemas le traen los pacientes y qué enigmas se le presentan como sujeto de la clínica y de la historia.

En el primer tiempo de sus conceptualizaciones, había desarrollado principalmente la cuestión de lo inconsciente, en la segunda etapa había trabajado la cuestión de la transferencia, en esta tercera etapa aparecía la letra masoquista en el fantasma.

Cada época implicó décadas de investigación, trabajo y escritura, y de caer nuevamente en enigmas, sorpresas, palabras dichas en búsqueda de explicación: "... es bien demostrativo de la dificultad que ofrece el trabajo de investigación en el psicoanálisis que rasgos universales y constelaciones específicas puedan pasarse por alto a despecho de una observación incesante prolongada por decenios, hasta que un buen día aparecen por fin inequívocas..."³⁶ dice Freud en 1923, un año antes del texto que habla del masoquismo.

No solamente aparecía por fin, inequívoca, la letra masoquista del fantasma sino las características del objeto del fantasma. Ese chico ubicado como objeto a ser pegado, maltratado, abusado. Esa escena fundamento de la subjetividad que develaba un goce masoquista del sujeto en ser objeto, en soportar el deseo del otro, en soportar la maldición del otro (destino) y también la maldición (lenguaje) del otro.

Y esto "arruina" al psicoanálisis, allá por los comienzos de la subjetividad, estaba no solamente la ruina fálica sino también la

36. Freud, Sigmund, *La organización genital infantil*, 1923, Amorrortu, Tomo XIX, Buenos Aires.

letra masoquista del deseo y otro camino aún más incierto, la caída misma, la nada.

Freud atraviesa la tercera época de su vida, "eres viejo, padre", diría Alicia, y mira de otra manera las cosas. Ya no le satisface la separación entre sexualidad infantil y sexualidad adulta, cuestión fundamental al nacimiento de una especialidad dentro del campo de la ciencia, como era el psicoanálisis. Ahora centra su mirada en lo que "arruina" al hombre y también al psicoanálisis.

El hombre supone que su deseo va hacia el fin de la felicidad pero en el camino descubre la cualidad atrofiada de su palito, con el que intenta alcanzar la felicidad y que la felicidad está en relación a la soportabilidad del Otro y también la relación de la felicidad con lo percedero, con la muerte.

Freud, si antes enfatizaba la diferencia entre un primer tiempo y un segundo tiempo, entre la neurosis infantil y la neurosis propiamente dicha, ahora pasando los años 20, en su vejez, ve las cosas de otra manera.

- 2 -

Freud ha descubierto, en su llamada tercera época, que chicos y chicas llegan a la etapa fálica, no sólo se detienen en la etapa oral y en la etapa anal sino que centran su felicidad en su palito. La mujer saldrá perjudicada y el hombre saldrá atemorizado, con temor a perder lo que tiene y lo atesorará como un tesoro escondido, esto abre las diferentes estrategias entre hombres y mujeres.

En "La organización genital infantil" (1923), Freud habla de la etapa fálica y la ubica en un lugar tal que todas las otras ruinas se reordenan bajo su supremacía. Éste es otro de los elementos por los cuales pierde interés en la división entre sexualidad infantil y sexualidad adulta. Freud decide renombrar esta separación de la sexualidad infantil y la propiamente dicha (adulta) con el término de masoquismo femenino.

¿Por qué llamar femenino a semejante ruina que habla del fantasma, de la condición de objeto en el fantasma, de la soportabilidad del otro?

¿Por qué ponerle nombre femenino a esa condición de objeto del fantasma?

El masoquismo femenino debe ser resituado en una trilogía que incluye lo erótico y lo moral y cuyo nivel de análisis lo ubicamos en el camino del objeto. En la trilogía, el masoquismo femenino descubre una escena que enmarca la soportabilidad del otro. Lacan explica la nominación de masoquismo femenino diciendo que “el masoquismo femenino es un fantasma de los hombres”. Este concepto es tanto para hombres como mujeres y lo ubica en el mismo centro del fantasma neurótico.

El fantasma es la relación de un sujeto del inconsciente con un objeto que lo causa y se constituye en esa adherencia. Es el deseo el que bulle por allí, un deseo que se relaciona, como lo demostró Hegel por 1806, en *La fenomenología del espíritu*, con una comunidad de deseos puestos en relación unos con otros e intermediados por objetos que cobran valor en tanto término del deseo del Otro.

También el fantasma se relaciona con la realidad, que siempre nos tira de la ropa para que la escuchemos. La relación entre ambos es de extrañamiento, extrañamiento que nos hace volver a Leandro y su golpearse la cabeza contra el marco de madera de la puerta del baño. Esa acción, descompuesta, en su máxima exposición de sentido y por tanto caída al sin sentido, podría ser representada por un ruido. Es el ruido lo que queda de esa relación entre el fantasma, la realidad y lo Real. Un ruido que se propaga del cuero cabelludo del hijo al dolor de panza de la madre, a la voz enfurecida del padre. Cuando Leandro se preguntaba acerca del placer y el dolor, acerca del masoquismo, acerca de la soportabilidad del fantasma, de la realidad, de lo Real, se preguntaba acerca de cuánto se puede soportar el dolor y del ruido insoportable para el otro.

La cuestión del masoquismo es la pregunta por los principios que rigen el accionar de los seres vivos. Freud en “El problema económico del masoquismo” habla de, al menos, tres principios: el principio de realidad, el principio de placer y agrega: el principio

del masoquismo. Agregar el principio del masoquismo conllevó para Freud un cambio en su interpretación del fantasma pues ya no se trataba más de una escena consoladora del sujeto enfrentado a lo Real sino que, en el mismo fantasma, estaba la insoportabilidad del encuentro con el objeto del deseo del otro y con el objeto en el fantasma.

- 3 -

Uno de los pilares freudianos hasta 1919 era la separación de la sexualidad en dos tiempos: la sexualidad infantil y la sexualidad “propia de la edad”. Esta nueva forma de nombrar a la sexualidad infantil con relación a un fantasma masoquista donde un sujeto siempre niño se pregunta por la soportabilidad del dolor que lo sitúa en una posición pasiva, siendo pegado, abusado, conlleva una nueva forma de pensar los hechos clínicos y una nueva etapa en las teorizaciones freudianas.

El principio del masoquismo cambia la perspectiva de los dos tiempos de la sexualidad: la sexualidad infantil y la sexualidad propia de la edad, cuestión que sostenía la separación entre los dos tiempos de la neurosis. Ahora lo que le interesa es la cuestión del fantasma, del masoquismo. Esta nueva época acontece por los años 20, cuando Freud, pasando los 60 años y apurado por el temor a su propia muerte, representada en el cáncer siempre presente en su tabaco, en su boca, en su voz, se golpea la cabeza con la presencia del goce, de un goce masoquista más allá del principio de placer.

Si antes del 1900, hablaba de la masturbación como la etiología específica de la neurastenia, luego hablaba de la seducción de los padres y el complejo de Edipo de los hijos en la causación de la neurosis; cercano a los años 20, Freud habla del fantasma, del goce fálico, del goce masoquista, del goce de la nada. Esto plantea el comienzo a una época donde podemos hablar de la teoría de los goces.

Freud al no intentar refundir lo pasado con lo presente, acepta que dentro de la subjetividad y dentro mismo de sus teorizaciones existen contradicciones: “Las posteriores ediciones de mi obra no constituye una refundición de una época en otra, de una época a otra, los textos no aparecen con una fundición total, no aparecen como una unidad libre de contradicciones, modificaciones, e interpolaciones”.³⁷

37. Freud, Sigmund, *La organización genital infantil*, 1923, Biblioteca Nueva, Tomo VII, Buenos Aires.

3-2 Freud y la conferencia de la mujer

Freud plantea que una mujer en algún momento de su surgimiento parece, y mucho más que parece es un hombrecito, dice “debo reconocer que la mujercita es un hombrecito”.³⁸

Luego de la ruina fálica, una nena se interna hacia el camino del falo; en ese camino hay una aceptación complicada de la castración. Una afirmación de la diferencia de pene pero una negación de la falta de falo. Y una nena para comprobar la veracidad de su corazonada se adentra por el camino de la masculinidad.

No comparto con Freud en que todas las mujeres tomen ese camino, y si toman ese camino no toman solamente ese camino sino que también se perfilan en el camino del sufrimiento y también por el camino de la privación.

Es el momento donde los cambios permanentes producen que una nena no se mantenga igual a sí misma sino sólo un instante. Freud se equivoca al asegurar esa semejanza entre una nena y un varón en algún momento del crecimiento. Los caminos son unisex y por ellos pasan, caminando –o cada uno como puede–, los géneros sexuales.

Una nena puede transformarse en un varón, cobrar su aspecto, saber cómo comportarse como tal pero no se trata de un travestismo de mujer a hombre sino que, con anterioridad a las diferencias de géneros, existe un planteo universal que incluye al mismo sujeto. Este sujeto trascendental kantiano, como presupuesto anterior a las separaciones de género, permite afirmar que una nena no solamente toma el camino de la masculinidad sino que, en este planteo universal, se encuentra el nacimiento de la moral ligada a una prohibición.

La separación del pene y del falo no se desarrolla frente a la experiencia empírica de la observación de que los chicos tienen pene y las chicas tienen vagina sino que el falo emerge como resultado de una prohibición.

38. Freud, Sigmund: *Ibid.* Pag. 128.

Esas prohibiciones se ligan en forma directa, y de aquí el intento de exponerlas, con el goce sexual.

Freud ha estudiado esas prohibiciones, desarrolla algunas: no actuarás según tus deseos sexuales en cuanto al ser que te dio la vida: No cogerás a tu madre. Otra prohibición es no tener trato sexual con lo que no tiene la condición de lo vivo: No te cogerás a los muertos. Otra prohibición sostiene la necesidad de considerar parte de uno, lo que se eyecta, como asqueroso y con lo cual no hay que tener trato, dice así, entonces: No tendrás trato con la mierda, tampoco con la propia.

Tres prohibiciones a la cual es necesario agregar otra que ha ubicado con maestría Jean Allouch: un hombre no debe entregar el ano a otro hombre. Estas prohibiciones se formulan aún antes de la fragante separación de géneros frente a la evidencia de las diferencias ligadas al tener o no tener pene.

- 1 -

La prohibición sostenida en la sentencia de no entregar el culo es observable en la niñez. Es tan típico observar como a chicos entre 6 y 9 años se los carga con imprecaciones de entregar –o de querer entregar– el ano a otro hombre. Esta acusación moralizadora siempre cae en algún chico que tiene algunas características “femeninas”, como modales amanerados, no ser peleador, aguantar las molestias ajenas. A ese chico lo tachan de puto, maricón, mariquita.

Freud, sin decirlo, comienza la conferencia de la mujer hablando de esos momentos no muy definidos donde una nena es un nene y un nene es una nena, esos momentos de cambios permanentes e indefinición de la llamada identidad sexual.

Siempre, en la constitución tanto de nenes como de nenas, encontramos la imprecación al sexo femeni-



no como el sexo pasivo, el sexo “culeado”. Cuestión que se remonta en la historia: un hombre debe comportarse como un hombre y en ese comportamiento está el ser un culeador. Moral que se constituye en el planteo universal del pene antes de las diferencias de géneros y la identidad sexual.

Los géneros sexuales no quedan sin la marca de esas prohibiciones que nos constituyeron. Esto dice Freud, la prohibición no está, ni antes ni después, del poder que se mete con lo más íntimo de nosotros sino que la prohibición y el poder tuvieron el mismo nacimiento, se constituyeron con nosotros. Desde esta perspectiva, ese poder del afuera es secundario en tanto poder imbricado en nuestra constitución. De aquí lo complicado de la historia y la política pues todo personaje, no sólo representa su propio psiquismo, sino el psiquismo del poder y de las masas y esto complejiza la posibilidad de realizar un análisis histórico.

- 2 -

La conferencia de la mujer no fue una conferencia fácil pues inmediatamente después de hablar del camino de la masculinidad, Freud habla de otro camino que es la relación de una nena con el dolor. Sufre de una manera desorbitada pero también de esa misma manera se lo banca.

La imprecación al sexo femenino acerca de su adherencia al sufrimiento y al dolor ha sido continua a lo largo de la historia.

Freud ha querido poner nombre a esa soportabilidad y la llamó masoquismo femenino. Este concepto freudiano ha despertado mucho debate y mucho rechazo por ser considerado una imprecación de género que, al mismo tiempo de mostrar una diferencia la recrea, la sostiene y hasta le da ímpetu.

Vuelve la prohibición a la escena. Freud no debería haber dicho eso. Y si lo dijo, muestra sus prejuicios de época y sus miserias neuróticas.

Leyendo el texto es sorprendente constatar que Freud estuvo lejos de hablar de un masoquismo propio de todas las mujeres. Él

ubicaba al masoquismo femenino dentro de la serie erógeno y moral. A esto lo ubica dentro del fantasma de todos los hombres en el camino del objeto. Como dice Lacan: “el masoquismo femenino es un fantasma de los hombres”.

Freud no hablaba de géneros, era anterior a esa lógica, el masoquismo femenino hablaba de uno de los tiempos del fantasma. Pero podemos suponer que Freud sabía las consecuencias que iba a tener esa nominación. Ya había saboreado las consecuencias de hablar de sexualidad infantil y ahora agregaba el masoquismo femenino. Freud era, además de investigador y analista, un político y como tal, conocía los efectos de sus conceptos al llegar al contexto social y como cobraban un lugar que se alejaba de toda explicación propia de una teoría con sesgo científico y comenzaba a formar parte de otro sistema. A pesar de esto, Freud propone este nuevo concepto.

En las “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” de 1933, Freud tiene un aparato extraño en su boca, lo cual le da a su voz un efecto gangoso, pero lo más sorprendente es cómo ese hombre sigue teniendo tantas ganas de meterse en cuestiones complicadas.

A ese hombre al final de su vida le había tocado bailar con la más fea, tenía un insistente cáncer a la altura de su boca, y en cuanto a sus conceptualizaciones estaba trabajando la letra masoquista del fantasma, la interminabilidad del análisis, la reacción terapéutica negativa y el más allá del principio del placer. En referencia a su contexto político, se comenzaba a ver claramente la toma del poder por el “nazionalismo”, el cual en pocos años le daría vía de salida del imperio germánico, obligando a Freud a emigrar a Inglaterra.

Freud era viejo pero tenía mucho ímpetu, quizás eso lo definía como analista, no hay que dudarlo, cuando en la Conferencia número 33 llamada “La feminidad” se mete a hablar del tema de la mujer

Freud comienza ese texto pidiendo disculpas porque no tiene claro a qué público van a servir esas conferencias. Tampoco cree que, a la altura donde está, pueda tener un solo tipo de público ni aún pueda definirse el tipo de público que lo leerá el día de mañana.

Dice: “No puedo alejar de mí la idea de que estas conferencias carecen de toda razón de ser, dicen muy poco, y nada nuevo a los analistas, y a quienes no lo son, demasiado, y sobre todo, cosas para cuya comprensión no están preparados”.³⁹

Freud escribe todo el tiempo con la sensación de que lo que está haciendo carece de razón de ser. Esto es lo que podemos llamar ímpetu, la realización de una tarea más allá del convencimiento de su utilidad y de sus resultados garantizados.

Para el tema de la mujer no hay público, pues todos estamos de una u otra manera incluidos, no sólo como público sino como protagonistas. En este tema, el viejo analista parece Alicia cuando llega preguntándose acerca de los cambios. Freud, nos marea con sus preguntas: ¿a un analista joven le servirá lo que él está diciendo al final de su vida sobre cuestiones introductorias?, ¿al público, en general interesado por la popularidad de su nombre y las resonancias que aparecían en distintos campos de la cultura le aportará esta conferencia sobre la mujer? ¿Y a una protagonista de la conferencia de la mujer le servirán estos conceptos que se extraen de un marco teórico definido para saber cómo “actuar” de mujer.

El tema de la mujer, las mujeres, la feminidad ha sido investigado por muchos, y además en determinados puntos “entraña hechos observables sin agregación especulativa alguna”. Un tema que no necesita de grandes andamiajes teóricos pues lo que pasa con las mujeres está en la experiencia personal de cada uno.

Pero a pesar de estos inconvenientes, a los que enseguida Freud agregará otros, seguirá adelante con la conferencia diciendo que la mujer constituye un gran enigma y el psicoanálisis, que se ha

39. Freud, Sigmund, *Nuevas conferencias introductorias al psicoanálisis, Lección XXXIII: La feminidad*, Biblioteca Nueva, Pág. 3167, Tomo VIII, Buenos Aires.

metido con otros enigmas también se meterá con éste. Y como lo hace con otras temáticas, cambia la pregunta, de la mujer y el enigma se pregunta acerca de su surgimiento, ¿cómo surge una mujer?

Llevando adelante esta pregunta llega a interesantes conclusiones, ahora sí posibles de ser pensadas en su perspectiva de género. No hay pareja entre hombres y mujeres en cuanto al surgimiento, entre las actividades que tienen unos y otros. Las mujeres tienen dos tareas “en más”: un viraje de zona erógena rectora, complicado porque conlleva la ruina fálica y la apertura de un agujero, lugar desconocido e incierto para la misma mujer y un pasaje en la elección de objeto, complicado también pues va de una relación turbulenta con la madre hacia una postura de descanso en la entrada al puerto paterno.

Además, le cae encima una nueva moralidad ligada a la polaridad sexual que las ubica en el lugar de la pasividad.

Freud, que había sostenido la idea de la pasividad para el sexo femenino, ya viejo descubre que para llegar a la pasividad se requiere una gran actividad, dice: “... no procura ningún conocimiento identificar a lo femenino con la pasividad y a lo masculino con la actividad, aunque por cierto podríamos pensar a la feminidad por la preferencia de fines pasivos, preferencia que no equivale a la pasividad, puesto que puede ser necesaria una gran actividad para conseguir un fin pasivo”.⁴⁰

Freud, agrega como nosotros en este libro, que el tema de la mujer ha sido especialmente tocado por el poder, pues es a través de él cómo se mete en lo más íntimo del otro, Freud sostiene que cómo debe comportarse una mujer tiene una alta determinación de las representaciones sociales de cada época que sostiene lo que es ser una mujer y lo que es ser un hombre, un criterio de normalización.

Estas prohibiciones y propiciaciones vuelven imposible hallar indicios ciertos en la anatomía de la etología de los sexos, “la masculinidad y la feminidad son de un carácter desconocido que la anatomía no puede aprender”.⁴¹

40. Freud, Sigmund, Ibid. Pág. 3164.

41. Freud, Sigmund, Ibid. Pág. 3165.

Sostiene que las costumbres sociales llevan a la mujer a una represión mayor de sus pulsiones sádicas, a un sojuzgamiento pulsional que la predispone con mayor destino hacia el masoquismo. En este caso, Freud no habla de masoquismo primario sino de masoquismo secundario como la vuelta del sadismo que no se descarga en un objeto y convierte al mismo sujeto en objeto en el cual se descarga su fuerza pero con un cambio de signo. Dice: “... el sojuzgamiento de su agresión constitucionalmente prescripto y socialmente impuesto a la mujer favorece el desarrollo de intensos impulsos masoquistas los cuales logran vincular eróticamente las tendencias destructoras orientadas hacia el interior”.⁴²

Existe para la mujer una agresión socialmente prescripta a la represión y una doble inversión; retorna la agresión que debería descargarse en el mundo exterior al propio cuerpo y por otro lado en un signo contrario, pues ya no es sadismo sino masoquismo.

Pero para Freud esta característica femenina no alcanza para explicar la feminidad. Ya había desarrollado en la conferencia de la mujer, la pregunta por el surgimiento de una mujer, la prescripción de una férrea conducta moral, la tensión de la pasividad, la imposibilidad de análisis de las diferencias anatómicas como valor demarcatorio, el planteo de un masoquismo moral propugnado por las costumbres sociales que llevan a que una mujer deba reprimir de una manera especial sus aspectos sádicos.

Freud dice que no es la comprensión la que nos permitirá aprehender la feminidad sino un viraje, una transformación, un cambio en la perspectiva que nos hace observar otro campo: un campo propiamente femenino, además del camino de la masculinidad y de esa manera particular de soportar el sufrimiento, un camino que no puede ser explicado sino sentido.

De aquí sale el tema de lo enigmático de una mujer. Un campo puede ser explicado, ser tomado por las pinzas de las ciencias, éstas que van de lo particular a lo universal. Otro campo no es totalmente alcanzado por la explicación porque no es recubierto por lo simbólico, y de ahí lo sentido.

42. Freud, Sigmund, Ibid. Pág. 3166.

3-3 El sueño del masoquismo del analista

No es que Freud no hubiera notado la presencia del fantasma hasta cercanos los años 20, no se trataba de eso sino que hasta esa época pensaba al fantasma como una escena consoladora del sujeto que ubicaba algo en la causa de su padecer. Pero ahora era necesario agregar a esta condición del fantasma, una letra masoquista que hace al sujeto pegarse la cabeza contra el marco de la puerta del baño, lo más cerquita posible a la puerta de los padres.

El fantasma dejaba de ser un juego de niños, se tornaba peligroso, pues si había un toque masoquista, ¿no producían la mirada y la terapéutica analítica un reforzamiento de la letra masoquista del fantasma en la operacionalización y tratamiento del fantasma, supuestamente descubierto con fines terapéuticos?

El gran descubrimiento del fantasma, ubicado por la mirada analítica, podía ser una glotonería para ese toque masoquista. Una escena tan tentadora como un bombón que se ubicaba en una causa congelada que llamaba nuestra mirada tanto como nuestras ganas de comer sin parar hasta reventar.

La letra masoquista del fantasma producía un giro, una inversión y ahora la mirada caía en la propia mirada del analista. Una mirada mirándose a sí mismo, así es como muchos suelen definir a lo siniestro. Lo siniestro es lo sentido. Es el agujero mismo del camino de la nada dentro del otro lado.

Pero no es lo único que pasa. El psicoanálisis muestra su fantasma. Se trata de un persuasivo consejo que es mucho más que una prohibición, el psicoanalista no tiene que descargar sus líquidos seminales en su campo de trabajo: ni con los objetos a ser escuchados ni con los sujetos que llegan para hablar de lo que les pasa. El tratamiento será realizado “en seco”. Esta forma de existir del sexo: seco y mojado es la manera que, el analista arriba del hongo, ha-



bla acerca del sexo. Se puede hacer el amor “en seco” o se puede hacer el amor “en mojado”.

Solamente el viejo analista, si ha sido hábil e inteligente, está subido arriba del hongo pero ¿qué pasa con los jóvenes analistas, puestos frente al mismo tratamiento y con el agregado de que escuchan voces de analistas más viejos y más autorizados dándoles las razones de la prohibición de lo mojado como constitutivo del dispositivo analítico?

No solamente resulta necesario pensar las creaciones originales heredadas sino también las prohibiciones que ponemos en actividad en nuestros sexos, goces y amores.

Este libro, *Lengua de mujer*, termina en estos puntos: en el sexo, el amor y el goce en la “cuestión personal”. En la separación del campo de la explicación y el campo del sentido. Los tres caminos se pasearán por los dos campos. Para ser más preciso, el camino de la nada estará en el campo del sentido, el camino del objeto paseará de un campo a otro y el camino del falo se quedará en el campo de la explicación.

Pero sobre todo, este libro acaba en el sueño del analista.

- 1 -

Este era el sueño de un analista.

¿Cómo contar un sueño sino por fragmentos? Se trataba de un sueño donde yo iba caminando y todas las personas con quienes me encontraba eran pacientes. Se trataba de mi relación con esos pacientes intermediado por una prohibición: con los pacientes no se podía tener contactos sexuales. Mi angustia y pesadumbre consistía en que si no encontraba otras personas, si todos los que me encontraba eran pacientes, estaba obligado a mantenerme en “abstinencia sexual”.

Una tras otro, todos los que aparecían eran pacientes, aparecían hombre y mujeres y nos mirábamos e inmediatamente se esperaba algo del otro, algo que pudiera decir, un gesto, un silencio.

Se esperaba que pasara algo en la lengua, un breve cosquilleo,

el movimiento de las glándulas salivales, el humedecimiento de los labios pero todo “en seco”.

El analista, cada vez más desesperado, pensaba qué pasaría si no hubiera más que pacientes y si no pudiera entrar finalmente al campo del “no todos” son pacientes... ¡y por fin! la descarga sexual.

Cada vez escuchaba más claramente las voces del viejo analista exponiendo, como en una conferencia, las razones de la necesidad de lo seco del dispositivo. Me hubiera gustado saber dónde se encontraba para comentarle que pasaría si...

En los mismos textos fundacionales se remarcaba una prohibición, con la firma del viejo, que sostenía un campo y otro campo, un mundo de pacientes y un mundo de no pacientes con quienes la prohibición de contacto sexual perimía. La descarga sexual debía hacerse “por fuera” de los personajes que se encontraban en la escena de tratamiento.

La prohibición analítica no era igual a otras prohibiciones, como por ejemplo, no tener sexo con la madre, no tener sexo con los muertos, no tener trato con la mierda. No era igual.

Esa prohibición, muy presente en el sueño, que me impulsaba a seguir buscando nuevas personas que me permitieran asegurar: un no todos pacientes y que mi descarga sexual no estuviera arruinada.

- 2 -

Todos los encuentros eran con pacientes, cierto que se entrecruzaban y no estaban donde tenían que estar, ni tenían la historia que tenían que tener pero pacientes, todos eran pacientes.

Donde hay mujeres hay hombres y donde hay pacientes mujeres hay pacientes hombres. Las mujeres son motivo de aglutinamiento, muchas mujeres producen un embotellamiento, un embotellamiento de las miradas.

Lo primero que recuerdo es una mujer. Mi mirada va hacia ella, es una adolescente de 17 o 18 años más o menos. La acompaña Rodrigo, un adolescente que no la podía mirar de frente. A ese adolescente, la belleza de ella en esos cabellos y sobre todo en esos

ojos y en esa boca le resultaban chocantes. No la podía mirar a la cara, tenía la mirada apretada en el suelo y más ahora que ella le había dicho que no iba a dormir con él en el viaje de egresados a Bariloche. También le había dejado intuir que le gustaba otro chico y que no sólo le gustaba sino que ya había estado con él y había sido muy bueno, tenía y sabía cosas “desde el punto de vista sexual” que Rodrigo no sabía.

Rodrigo le tira una cachetada que más que cachetada es un rasguño, casi un gesto de impotencia de saber que estaba siendo cortado. Ella, en un momento, hace un comentario: “Todos los hombres son iguales”. Rodrigo quedó hecho mierda por esa frase que se le grabó en la memoria, ¿cuántas veces en su vida volvería sobre esa frase? ¿Por qué esta frase tendría tanta permanencia en su vida? Muchos años después iría a tratamiento y me contaría cómo recordaba esa frase y cómo ella le agarró la cara y le dijo: “¿Entendés lo que eso significa?”

Rodrigo mantuvo la mirada apretada en el suelo, era lo único que le quedaba, era lo único... Ella se levantó y le dijo que le gustaría que vayan a la casa y que se despidiesen haciendo el amor Rodrigo se levantó, recordaría cada baldosa del piso y cómo fue llegar hasta la puerta del departamento de ella, entrar, ir hacia su habitación, la presencia de cada recorrido, cada objeto que encontraba, también ese beso y ese aliento que quizás...

No sabía si estaba muy excitado ni si tenía tanta bronca pero no pudo seguir, se levantó y se fue. Dejó la casa, dejó de verla por un tiempo, luchó para dejar de estar enamorado pero siempre se quedó pensando el comentario que le había hecho acerca de que todos los hombres eran iguales.

Sigo caminando y al ratito aparece otra paciente, una mujer de 35 años, Elena, quien tiene dos hijos chicos. Su marido está en el trabajo y ella cuida a sus hijos, a la casa y es una mujer a dieta. Había “soportado” dos embarazos y dos partos y del segundo había quedado con 13 kilos de más que ahora quería adelgazar. Comenzó la dieta durante el tratamiento y contaba lo harta que estaba de ella. De las prohibiciones que le impedían comerse un buen asado, una buena comida y de tener que comer “verduritas”, ésas

que en otro momento no hubiera ni considerado alimento. No soportaba más seguir comiendo “verduritas” y ese mismo día había dicho: “Algo dulce, por Dios”. Si al menos pudiera comer algún postre. La dietóloga presionada por el hambre de la mujer a dieta, le dio un postrecito pero agregando, como burlándose, que eso podía representar el quiebre de la dieta.

Elena, dejando de lado el postrecito, me cuenta la última pelea que ha tenido con el marido. El marido le había salido con una andanada de cuestiones: “¡Cómo es posible que te vayas los fines de semana!, ¡que te encierres en una parte de la casa y que no quieras que nadie te moleste! ¡Cómo es posible que algo que pasa te lo acuerdes tanto tiempo!, ¡que hasta que no logres vengarte no te lo olvides! ¡Cómo es posible que no me hables por varios días cuando te enojas conmigo!”

El marido ponía voz de mando “de éstas que sólo debería poner en su oficina y con su secretaria, ¡Y ahí estallé!”, Elena asegura: “Le hubiera partido una botella por la cabeza”. De eso se vengaría, juraba venganza.

Decía que los esposos estaban todos cortados por la misma tijera, había hablado con muchas amigas casadas y todas decían lo mismo: “Quieren que hagas lo que quieras, siempre y cuando, hagas lo que ellos quieran”.

Sigo caminando por el sueño y me encuentro con Cecilia quien dice que todos los hombres son unos obsesivos. Todo había pasado de esta manera: Marcelo era la pareja de Cecilia y llegaba a su casa. Tenía planificado regar las plantas y sobre todo quería rociar una que estaba abichada con un *spray* especial y después tomarse un rato para regar las otras plantas. Su planificación también incluía que su esposa, Cecilia, no estuviera en casa. No debía estar pues era día martes y, como todos los martes, tenía una actividad cultural. Pero rápidamente la desilusión y la angustia; la mujer, su esposa, estaba en casa y, además de estar en casa, lo estaba esperando.



Figura 9

Ella supuso que estaría contento con la sorpresa porque durante su ausencia ella había pensado en él, no había pensando muy bien de él, hay que admitirlo pero ¡había pensado! Esto la enterneció tanto que decidió esperarlo para decirle que, si bien ella había soñado de chica con el príncipe azul y a pesar de que él era gordito (perdón, una incipiente panza) y pelado (perdón, una incipiente calvicie), era él.

El encuentro no dejó de tener su aspecto duro cuando él dispuesto a agarrar la manguera y dejar que el agua corriera comprobó ya con angustia que la mujer había regado las plantas y que a la planta abichada que había que curar, le había cortado la parte enferma con un tizeretazo de raíz y ahí donde esperaba rociar con su *spray* salvador, sólo quedaba la marca geométrica y tajante de un corte hecho en el tallo, ahora ya podado.

¡Pobre hombre! y la mujer lo miraba, suponía que esa cara que le estaba poniendo le haría comprender a su esposo que ella, en ése y sólo en ese momento, tenía ganas, ¡que hoy tenía ganas! Ella tenía ganas ahora y lo seguía por toda la casa, mostrándose de lo más contenta, porque estaba ahí el príncipe azul.

A pesar de todo, el encuentro ocurrió. Él observó cómo ella se relamía la boca y vio lo que nunca había observado, su esposa tenía la boca parecida a una tijera, nunca lo había observado. Ella miró la cara de su esposo y vio lo que nunca había visto, una cara de sufrimiento atroz, la desesperación en su rictus.

La escena cambiaba rápidamente cuando se encontraron las miradas, se empezaron a reír, después de todo se llevaban bien, la mirada llorosa de él y ella pensando en el príncipe azul, así fue aquel encuentro, uno más, otro más.

Sigo caminando en el sueño y me encuentro con Lorena, una mujer de 24 años muy reflexiva, muy linda y muy poetisa que estaba pensando por qué los príncipes azules tenían que ser azules y cómo sería la excitación sexual de ese príncipe azul.

La excitación de la mujer se producía, decía en ése y sólo en ese momento; en cambio, los hombres parecían estar siempre excitados. Sería como el hombre siempre listo, decía. El otro día había escuchado en la televisión a un cómico que hablaba de la diferen-

cia entre la excitación en un hombre y en una mujer: la mujer era como un horno, había que preparar la cena, prender el horno, esperar que se caliente el horno, poner el pavo, dejar que se caliente y cuando está a punto, ¡servir y comer...! En cambio la excitación masculina era como un microondas, sacás del freezer, desenvolvés y pones el alimento, das vueltas el timer, unos segundos y ya está.

Lorena pensando en el príncipe azul se deja tomar por los colores, siempre le habían gustado las muñecas negras y entonces subiendo de las muñecas a los hombres, decía que los príncipes debían ser negros...

- 3 -

Eran todos pacientes y yo escuchaba cada vez con más fuerza la prohibición del sexo en tratamiento, la descarga “por fuera”, el dispositivo en seco. ¿Se podría vivir sin sexo? El sexo no descargado, sostiene Freud, ha llevado a las más variadas formas de represión del mismo pero su ingenio no tiene igual para retornar con los trajes y antifaces más disparatados, para seguir insistiendo que su presencia tiene que ser respetada. Freud sostiene que la represión es el retorno, que la represión es fallida. ¿Debería encontrar otra manera de hacer con el sexo que no tuviera el signo de una represión?

Quizás había que cambiar el modo de pararse frente a la prohibición, los mecanismos frente al cual tratamos de respetarla o transgredirla no debían ser represivos. Pero ¿cuáles?

La mirada analítica crea las características de sus límites: el marco del fantasma y la letra masoquista, los diferentes tipos de goces y una prohibición de descarga sexual directa. Amor, goce y sexo se entrelazan de una manera original en el encuentro entre un analizante y un analista.

La apertura de dos lados permite tomar la prohibición de otra manera pues en el campo del sentido es posible, además de hacer síntoma de la prohibición, el goce de la privación. Este camino permite al analista recorrer otros senderos que los de la presencia mortificante del masoquismo en la posición del analista.

El análisis personal resulta imprescindible para transferir esa prohibición de descarga sexual, constituyente del dispositivo analítico, en un elemento que abre una nueva puerta más allá de lo universal sostenido en la frase onírica y repetitiva que dice que todos los hombres son iguales.

Del otro lado, está la posibilidad de llevar adelante una prohibición sin quedar frente al dilema del cuento de Kafka donde un hombre se encuentra con una guardia en la puerta que evita su entrada y se queda en estado de deliberación acerca del quehacer. El hombre queda angustiado frente a la prohibición, sin saber que hacer y detenido en la posición de amante, en posición de suplicante. Le daría todo al guardia para que lo dejara entrar.

El hombre equivoca la estrategia y sólo al final descubre, ya cuando es tarde, que esa puerta estaba abierta para él, que nadie había pasado ni nadie pasaría después de él. El guardia se levanta y cierra la puerta de su singularidad.

El hombre no ubicó la nada, pensó que todo era compensable e intercambiable, y que, tarde o temprano, el guardia cambiaría su parecer. La esperanza es lo último que se pierde, dicen pero también es lo que al hombre no le permitió pensar en la nada. En el camino que se abre cuando un hombre se renombra, crea su propio nombre y con él se anima hacia los caminos inciertos que existen pero no existen.

- 4 -

El analista fuma arriba del hongo porque está en tensión, se mantiene en buena forma porque no abandonó la tensión, es cierto que a veces es un poco cascarrabias con una nena medio perdida en un campo de cambios permanentes pero no le dice qué es lo que tiene que hacer, ni le da ejemplos, ni le habla de toda su historia ni de toda su genialidad.

El analista fuma y sublima la necesidad de descarga sexual. Sublima, palabra freudiana y la manera de pasar por el cerco de la represión sin retornos en los órganos genitales.

La tensión del analista: es tanto por el masoquismo en la letra del fantasma como por la sublimación de las pulsiones sexuales y los diferentes tipos de goces que se abren en el camino.

Tensión en la propia subjetividad: entre el yo y el superyó, entre las realizaciones y el “haber permanecido por debajo del ideal” (Freud, 1933). Las tensiones tienen un gran tema de desarrollo que es justamente el masoquismo moral, descubierto por la mirada analítica.

La necesidad de castigo producto de una conciencia inconsciente de culpabilidad. Es esta “necesidad” la que constituye la moralidad. Si el masoquismo es primario, el germen de la moral estaba en el masoquismo. El masoquismo es estructural al hombre y no es la vuelta sobre sí del sadismo, la mirada analítica descubría además de diferentes tipos de goces, el germen de la moral.

La singularidad del tratamiento del goce sexual sin su descarga, puede ser una prohibición que la proyección de analistas respeten o también puede permitir vislumbrar una puerta posible de atravesar. Un campo que nos puede llevar a entrar a ese otro lado tan marginalizado, con esa rara presencia y la novia de ese paciente de 19 años intentando encontrar, en un camino desconocido, un goce singular más allá del goce masturbatorio del pene/clítoris.

3-4 Las imprecaciones a la mujer

La masturbación a la que se hace referencia en la historia de los siglos XVIII y XIX es la masculina, aquella que muestra, como dice Michel Foucault, “un chorreo de adentro hacia fuera” que conduce a un hombre así debilitado a la enfermedad y a la muerte.

La masturbación femenina no conlleva ese porvenir fatalista sino que es mandada a la inexistencia. Si realizáramos un debate hoy mismo con mujeres acerca de la masturbación, no nos sorprendería escuchar:

- Es un capítulo muy escondido dentro de la sexualidad femenina.
- Tengo confianza en mis amigas que me podrían contar cualquier cosa sin embargo, de ese tema no se habla nada.
- Muchas amigas dicen y es digno de confianza, ¿por qué me irían a mentir que jamás se han masturbado?

La masturbación femenina conduce, dentro del campo de la sexualidad femenina, a un terreno donde aparece la imprecación de una inexistencia. No es un secreto que sobre el género femenino siempre ha caído un complicado y reforzado acto represivo cuya diferencia con el masculino estriba en la adición de un gesto de imprecación que conduce a una “marginalización”, a una puesta al margen.

No llama la atención que mujeres digan que jamás se han masturbado y que hombres digan que muchas mujeres no sienten esa necesidad apremiante que sienten ellos.

La cuestión del género y la masturbación abre el tema de la diferencia de los sexos, la constitución fisiológica, el surgimiento de la representación del ser sexuado, las diferencias en las limitaciones sociales y las diferencias en cuanto a los mecanismos represivos.

La masturbación femenina ha conllevado el gesto categórico de la supresión. Una escena infantil que cuenta una mujer refiere a ella misma cuando nena metiéndose a la cama de los padres y tocándose a sí misma. Inmediatamente aparece el manotazo del padre y ino se habla más del tema! La nena hace de cuenta que nada pasó, a partir de ahí tiene dificultad para mirar a la cara a su padre.

La masturbación femenina no es destinataria ni siquiera de una

mirada, el padre responde con el sopapo y la afrenta de no llevar hacia el hecho ninguna palabra sino la vergüenza de lo que no debería haber pasado.

- 1 -

Con relación a las mujeres existen dos temas que resultan más convocados a pasar al discurso de la causalidad: las escenas de abuso que sufren algunas mujeres en su temprana infancia y a lo largo de su vida y el momento considerado aceptable para tener la primera relación sexual, la llamada iniciación sexual.

La iniciación sexual es un tema cultural y está siempre en debate. ¿Cuál es el momento “adecuado” para que una mujer tenga su primera relación sexual, “entregue su virginidad”? ¿Con quién? ¿Con qué grado de compromiso? ¿Cómo debe ser tratada por el otro en ese momento iniciático?

Unos padres vienen a consultar y esperan que el profesional diga algo con respecto al tema. No son infrecuentes las consultas que tienen entre sus motivos el debate entre padres e hija acerca de la iniciación sexual y muchas veces nos toca acompañar a la hija en este tema en momentos en que los padres no quieren saber nada de eso, o no pueden saber nada de eso. Los padres sostienen que su hija es demasiado chica, que no es el momento adecuado, ni la persona adecuada y le dicen: “Si empezás ahora, ¿qué te va a quedar para el futuro?” Pensaban que la hija no estaba suficientemente madura y me pedían que le tomara una batería de tests donde apareciera lo acertado de sus opiniones y la “normativización” del momento “adecuado”.

El otro tema es el del abuso. Ya Freud cayó en la celada de observar que casi toda mujer atesora una escena de abuso en su causa. Freud duda de la moralidad de su época por la llamativa asiduidad en que padres y otros personajes cercanos abusan de sus pequeñas hijas. Freud analiza esas historias de las llamadas histéricas y va construyendo la noción de fantasma, que no exime de pensar la realidad donde una chica es abusada así como un chico es pegado.

Este tema del abuso y su jurisprudencia y la iniciación sexual constituyen los temas a través de los cuales el poder se introduce en la intimidad del otro y marca goces que se multiplican de manera diferente en el cuerpo femenino y en el cuerpo masculino.

- 2 -

En una primera lectura, Freud parecería propiciar la identificación entre el género femenino y la complacencia en el dolor con el concepto de masoquismo femenino. Esta identificación por venir de un hombre de ciencia renombrado fue tomada en serio y comprendido de una manera que no ha tenido en cuenta todo el andamiaje conceptual en el que fue sostenido. Esta conceptualización aislada llega al campo de la praxis social y es tomada en una primera lectura como una imprecación al sexo femenino de masoquistas.

La imprecación al sexo femenino fue una constante histórica. Cada época se detuvo de manera diversa tratando, con un gesto, de decir la palabra que englobe a todas las mujeres definiéndolas en su negatividad. Esta imprecación ha sido tan diversa a lo largo de la historia que resulta necesario detenerse en ella y decir que esta imprecación forma parte de la constitución de un hombre como perteneciente al género masculino.

Un hombre es puesto frente a un deber ser: debe comportarse como un hombre. Y es puesto frente a una polaridad, se constituye en esa polaridad, una axiología de arriba-abajo, de fuerte-débil, de activo-pasiva, de sádico-masoquista. La subjetivación de un hombre suelta una imprecación que si bien nombra una parte de sí mismo es eyectada de sí y se deposita en lo que no es, en el otro sexo, en el otro lado.

Los hombres necesitan ubicar la contraparte negativa de sus cualidades potentes, superiores, activos, fuera de sí. La polaridad se constituye en la propia historia, en la misma constitución del hombre, en su infancia aparecen impulsos pasivos, masoquistas, “inferiores”; lo cual hace pensar al hombre que no está a la altura de la hombría requerida.

El hombre se constituye en ese deber ser y en una prohibición: la prohibición de entregarse a otro hombre. No solamente entregar el ano a otro hombre sino sobre todo no ser tomado como objeto de goce por otro hombre.

3-4 El complejo del analista

Hablar de la *Lengua de mujer* es hablar de sexualidad femenina. Es un tema que nos interesa, es una cuestión personal, clínica y también un enigma. Nos lleva a pensar en el porvenir, en lo que va a pasar y sólo después de varias caídas por agujeros desconcertantes, decimos algo de los personajes que salen a nuestro paso.

El libro que aquí termina comenzó por malentendidos, frases que hemos escuchado que nos llamaron la atención como “la mujer no existe” o “a las mujeres les gusta sufrir”. Estas frases nos llegaban cerradas y nos decían que no todos podrían entender eso que querían significar y que sólo después de darle vueltas y vueltas al asunto, las podríamos abrir y que por fin esa “no existencia” no sería sólo un punto más allá de nuestro estiramiento intelectual sino que aparecería lo sentido, lo que sólo a través del cuerpo: como el rumor, el olor, el gusto de esa particular no existencia se siente.

Poner el cuerpo a diferencia del masoquismo histérico que habla de la hipoteca del cuerpo, para el masoquismo del analista abre una nueva forma de retumbar entre el inconsciente, los síntomas, la represión y lo suprimido. Esa forma de retumbar cayó en esta oportunidad para el lado de la mujer y esas cuestiones: la relación entre la mujer y la política, ésta que se mete hasta dentro de los órganos genitales, marcando qué se espera de nosotros y cuál es el camino normativizado a seguir en nuestra relación con los otros y también la relación de la mujer con lo innombrado, con los cuentos que todavía no hemos contado y que nos esperan en la angustia de esa hoja aún en blanco.

Hemos trabajado la cuestión de la mujer en dos niveles: el nivel político, lucha por la igualdad de derechos, la no discriminación en una axiología de sexos fuertes y débiles y en otro nivel donde se plantea un campo marginalizado, un campo que aun suprimido nos aporta una sensibilidad especial y la posibilidad de encontrarle una salida a la difícil cuestión sintomática de la posición del analista.

Tanto hombres como mujeres tendrán que ingeniárselas para soportar ese malestar, la sensibilidad de la nada, la competencia

por lo que el otro tiene o no, es o no. Lo fundamental de ese otro lado plantea la inadecuación entre el goce, el sexo y el amor.

El amor es correspondido. El goce donde busca su centro encuentra la insensibilidad, constata la nada como punto fundacional del deseo. El sexo tira abajo todo el armazón de razones que quieren normativizarlo.

- 1 -

Los malentendidos también surgieron de la pluma freudiana, de la lengua freudiana, del sexo, el seso y la política freudiana. Al hablar de masoquismo femenino se estimuló ese malentendido estructural donde se piensa que un sexo está enfrentado al otro, que si se dice femenino se habla de las mujeres solamente y que los hombres quedan al margen de esa soportabilidad del Otro.

Después Lacan intentó aclarar, hablando de lado hombres y lado mujer, cómo haciendo esa diferencia no tanto del género sino del plural y del singular, doblemente remarcado porque el campo de los hombres englobaba tanto a hombres como a mujeres, a lo universal y el campo de la mujer no englobaba más que a la inexistencia de La mujer, la existencia tan especial de lo singular.

Pero el malentendido es estructural y por más que nos esmerezmos por intentar llevar luz, una mirada de comprensibilidad, de ordenamiento, no será más que un intento de dar sentido en el campo de lo desconocido y como decía el Marqués de Sade, hablar es la mejor forma de detener las palabras y amplificar el deseo, el amor, el goce y el sexo.

Es la cuestión personal, esa que más allá de los viejos, se abrió una tarde, después del golpe en la cabeza contra las baldosas y un mirar para el lado donde estaba ella. Ella fue una referencia en aquel momento y también ahora, para que este libro alguna vez comenzara.

BIBLIOGRAFÍA CITADA:

- ALEXANDRIAN, *Historia de la literatura erótica* (1989), Planeta, Barcelona, 2000.
- ALLOUCH, JEAN, *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca* (1995), Edelp, Buenos Aires, 1996.
- ALLOUCH, JEAN, *El psicoanálisis, una erotología de pasaje*, Litoral, Córdoba, 1997.
- ANDAHAZI, FEDERICO, *El anatomista*, Planeta, Buenos Aires, 1998.
- CARROL, LEWIS, *Alicia en el país de las maravillas* (1865), Porrúa, México DF, 1993.
- COSENTINO, JUAN CARLOS, *Las resistencias en la práctica freudiana*, Manantial, Buenos Aires, 1987.
- DUMAS, ALEJANDRO, *El conde de Montecristo*, Edimat Libros, España, 1998.
- ENSLER, EVE, *Monólogos de la vagina* (1998), Planeta, Barcelona, 2000.
- ESCOHOTADO, ANTONIO, *Las drogas. De los orígenes a la prohibición*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.
- FERNÁNDEZ, ANA MARÍA, *La mujer de la ilusión*, Paidós, Buenos Aires, 1993.
- FOUCAULT, MICHEL, *Historia de la sexualidad* (1976), Siglo veintiuno, España, 1977.
- FOUCAULT, MICHEL, *Los anormales* (1999), Fondo de Cultura Económica de la Argentina, Buenos Aires, 2000.
- FREUD, SIGMUND, *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid y Amorrortu, Buenos Aires: La organización genital infantil (1923), El problema económico del masoquismo (1924), La feminidad (1933).
- HERREN, RICARDO, *La conquista erótica de las indias*, Planeta, Buenos Aires.
- KOJEVE, ALEXANDER, *La dialéctica del amo y del esclavo en Hegel*, La Pleyade, Buenos Aires.

KAPLAN, HELEN, *La nueva terapia sexual*, Alianza Editorial, Madrid, 1978.

LACAN, JACQUES, *El Seminario 20. Aún* (1975), Paidós, Buenos Aires, 1981.

LAURENT, ERIC, *Las posiciones femeninas del ser* (1998), Tres Haches, Buenos Aires, 1999.

LE GAUFÉY, GUY, *Anatomía de la tercera persona* (1998), Edelp, Buenos Aires, 2001.

OÉ, KEZAMBURO, *Una cuestión personal* (1964), Anagrama, Barcelona, 1989.

PÉREZ, CARLOS, *Masculino-femenino o la bella diferencia*, Paidós, Buenos Aires, 1982.

QUIGNARD, PASCAL, *El sexo y el espanto* (1994), Cuadernos del Litoral, Córdoba, 2000.

SADE, *La filosofía en el tocador*, Libros Etre, Argentina.

SAMAJA, JUAN, *El lado oscuro de la razón*, JVE, Buenos Aires, 1996.

SHAKESPEARE, WILLIAM, *Obras completas*, Aguilar, Madrid.

SOLER, COLETTE, *La maldición del sexo*, Manantial, Buenos Aires, 2000.

REVISTA LITTORAL 11/12, *La declaración de sexo*, E.P.E.L., Córdoba, junio de 1991.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA:

ANOUILH, JEAN, *Antígona* (1952), Losada, Buenos Aires, 1983.

DIO BLEIMAR, Emilce, *El feminismo espontáneo de la histeria*, Adotraf, Madrid, 1985.

GIBERTI, EVA Y FERNANDEZ, ANA MARÍA, *La mujer y la violencia invisible*, Sudamericana, Buenos Aires, 1989.

FERNÁNDEZ, ANA MARÍA, *Las mujeres en la imaginación colectiva*, Paidós, Buenos Aires, 1992.

KRAFFT-ÉVING, RICHARD VON, *Psycopathia sexualis*, La Máscara, Valencia, 2000.

MILLOT, CATHERINE, *Nobobaddy. La histeria en el siglo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988.

MILLOT, CATHERINE, *Exsexo. Ensayo sobre el transexualismo*, Catálogos-Paradiso, Buenos Aires, 1983.

NASIO, JUAN DAVID, *Los gritos del cuerpo*, Paidós, Buenos Aires, 1996.

PÉREZ, CARLOS, *Lectura de la sombra. Psicoanálisis y literatura*, Letra Viva, Buenos Aires, 2000.

TUBERT, SILVIA, *Mujeres sin sombra*, Siglo Veintiuno, Madrid, 1991.

ILUSTRACIONES:

Figuras 1, 2, 3, 5, 6, 7, 8 y 9 extraídas de Néret, G., *Erotica Universalis*, 2001, Vol. I.

Figura 1: pág. 107 - Hans Baldung Grien - *The Three Witches*, 1514.

Figura 2: pág. 247 - Borel and Elluin - *Engravings for Parapilla*, 1782.

Figura 3: pág. 289 - *Engravings accompanying the 1797 Dutch edition of de Sade's La Nouvelle Justine or The Misfortunes of Virtue*.

Figura 5: pág. 419 - *The Virgin's Dream*.

Figura 6: pág. 490 - *The Athenian Women in Distress*, 1896.

Figura 7: pág. 295 - *Engravings accompanying the 1797 Dutch edition of de Sade's The Story of Juliette, her sister, or The Prosperity of Vice (Sequel to La Nouvelle Justine)*.

Figura 8: pág. 445 - Eugene Le poitevin from the sequence *Erotic Deviltries*, 1832: The tree of Life.

Figura 9: pág. 49 - Greece - *Theseus and Ariadne*, 7th C BC

Figura 4: Tenniel, John, *Alicia en el país de las maravillas*, Porrúa, México D.F., 1993.